

2007 ① GCL

A

+ .158329

C .1199426

ROMANCIERO

ALABÈS

POR

RICARDO BECERRO DE BENGOA

CRONISTA HONORARIO DE VITORIA

Ilustrado con dibujos del mismo autor

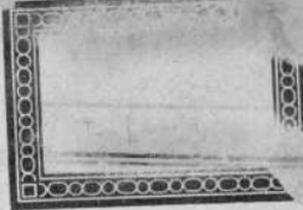
VITORIA

Establecimiento Tipográfico de la Viuda é Hijos de Iturbe

SAN FRANCISCO 25 Y ARQUILLOS 8

1885





ROMANERO

ALABES



RICARDO
BECERRO DE BENGOA,
Cronista de Vitoria.



R. 122619

HÆC EST VICTORIA QUÆ VINCIT.

ROMANCERO ALABÉS

POR

RICARDO BECERRO DE BENGOA

CRONISTA HONORARIO DE VITORIA

CATEDRÁTICO DE FÍSICA Y QUÍMICA

ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LA HISTORIA

PRESIDENTE DEL ATENEO DE PALENCIA.

ETC. ETC.

(Obra ilustrada con 16 dibujos del mismo autor.)

VITORIA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA VIUDA É HIJOS DE ITURBE

San Francisco 25 y Arquillos 8

1885

Es propiedad del autor.

Á MI MUY QUERIDA CIUDAD DE VITORIA,

A LA MUY NOBLE Y MUY LEAL

PROVINCIA DE ALAYA,

dedico este tributo de filial cariño

Ricardo Becerro de Bengoa.

AL LECTOR.

Debo á la ciudad de Vitoria muchas y muy repetidas pruebas de afecto y de honrosa distincion, y entre otras, la incomparable de ser su *Cronista*.

He querido corresponder á ellas, escribiendo un resumen de las glorias de Alaba, que le envío hoy, desde lejos, como una humilde manifestacion más de mi reconocimiento.

Este trabajo es la historia de mi tierra, en sencillos romances. No soy poeta; no he pensado en hacer una obra poética, sino descriptiva y séria, dándole una forma popular.

Conste, que en ella, para muy poco ha entrado la imaginacion. Todo cuanto contiene es histórico y esta fundado, ó en los restos arqueológicos que poseemos, ó en las crónicas ó en sabidas tradiciones.

La he escrito tras larga ausencia de Vitoria, en Castilla, donde conservo cada dia con más afan el cariño á mi pueblo, y cuantos volúmenes, notas, estudios y dibujos relativos á él voy recogiendo.

Aspiro á que sea este libro una curiosidad para los hombres estudiosos, y además, un álbum de recuerdos para mis paisanos, á los que ruego, que si les agrada, lo opriman con cariño contra su corazon, cuando piensen en el amor que debemos á nuestra querida y desgraciada tierra.

De mi corazon brotó la idea de publicarlo, y él ha sostenido á la cabeza en la pesada labor de estudiarlo y escribirlo.

Palencia 1.º de Junio de 1885.

ÍNDICE.

	Páginas
<i>Euskaldunac</i> —Iberia—Euskalerría.	9
<i>Gaelac</i> —Los Celtas—Eguilaz—Anda— Euskalmendi—Los dólmenes.	19
<i>Iruña</i> —Euskaria y Roma—La diosa Tu- tela—Roma y Euskaria.	37
<i>La tierra de refugio</i> —Los Moros—Alonso II—Alonso el Magno—Cellorigo.	55
<i>La Cofradía de Arriaga</i>	77
<i>Los Belas</i> —Fernan Gonzalez—Los dos Condes—En Leon y en Monzon.	92
<i>La Varona</i>	100
<i>Doña Urraca</i> —El conde don Gomez— Furtado.	108
<i>Estibaliz</i>	116
<i>Victoria</i> —Gazteiz—Abendaño—La carta al Zadorra—Armentia—Baeza.	119
<i>Gamboa y Oñez</i> —Las panelas del Zadorra —Arrato—Urcabustaiz—Ullibarri- Gamboa.	143
<i>Doña María la Grande</i> —Esposa y reina— El conde Don Lope—Vitoria corte de Castilla.	158
<i>El Pacto de Arriaga</i> —En Búrgos—La vo- luntaria entrega—Las nuevas villas— Los Caballeros de la Banda.	172
<i>El Salado</i> —Algeciras.	193
<i>La batalla de Nájera</i> .—San Róman de As- carza—Zaldiaran—Inglesmendi—Rui Fernandez de Gauna.	200
<i>Ayala y Mendozas</i> —En Mendoza y en Quejana—Aljubarrota—El gran Can-	

ciller Ayala—El gran Cardenal Mendoza.	210
<i>Los señores y los pueblos</i> —Oñez y Gamboa—Los señores extraños—Las hermandades—Irurac-bat—Ayaldas y Callejas—Aramayona libre.	233
<i>Los reyes Católicos</i> —Fernando V en Guetara—La entrevista de Vitoria—Juramento en el portal de Arriaga.	265
<i>Judimendi.</i>	287
<i>Los Comuneros alabeses</i> —Las Comunidades—El conde de Salvatierra—Los Comuneros de Vitoria—La batalla de Durana.	294
<i>Los Hijos de Alaba.</i>	321
<i>Los reyes y los señores.</i>	330
<i>Don Simón de Anda.</i>	334
<i>La Sociedad Bascongada</i> —La invasion francesa.	338
<i>Trafalgar.</i>	344
<i>La francesada</i> —Fernando VII en Vitoria—Los guerrilleros—La batalla de Vitoria.	347
<i>Las Juntas.</i>	365
Nota general.	377

Impresa esta obra lejos de la residencia del autor, y entre muchas ocupaciones de este, no ha podido dedicarse con el cuidado necesario, á la correccion de las pruebas, por lo cual se han dejado pasar algunos errores de original y de composicion, que fácilmente subsanará el que leyere, con su buen criterio, por ejemplo, *arrianos* en lugar de *arianos*; San Roman, por San Róman; denominaron por dominaron; alguna palabra que falta en los versos, etc. etc.

EUSKALDUNAK.

LOS BASCONGADOS.

I IBERIA.



DESIERTA yace la tierra
que Europa un tiempo será,
desde el mar de mediodía
al ignoto, helado mar.

Del oriente, como el sol,
en su marcha natural,
buscando horizonte y vida
avanza la humanidad,
las inmensas soledades
del continente á poblar,

Desbordados, como rios,
cuyo nacimiento está
en las opuestas vertientes
de una cordillera y van,

separándose en su curso
con el tiempo más y más,
hasta que el tiempo, en un cáuce
mismo, los vuelva á juntar,
así, desde las estepas
asiáticas del Turan,
por el occidente vienen,
y por el rumbo glacial,
gentes que doquier se esparcen,
poblando la inmensidad
del suelo, en que Escandinavia
y Rusia se han de formar.
Tambien del oriente salen,
en las faldas del Iran,
razas, que inundan la tierra
hácia el sur occidental,
y en las playas se establecen
del Interior tibio mar.

Los Pelasgos á la Grecia,
futuro nombre darán,
los Ilirios en la Albania
asientan su libertad,
los Sicarios, en la isla,
que alumbra y mueve un volcan,
se detienen, y hácia el norte
el pueblo ligurio va,
costas que de Italia y Francia
han de ser, á dominar.

Del mundo al confín extremo,
la Iberia, poblada ya,
las invasiones de oriente
detiene; no imperarán

aquí ni el toscano ligurio,
ni el siciliano isleño audaz,
ni el egipcio poderoso,
ni el fenicio, hijo del mar.

Guarda el ibero las costas
que hácia tales pueblos dan;
es el alto Pirineo
invencible valladar;
en las atlánticas playas
domina; no hay más allá;
y en el interior, las selvas,
que nadie pisó jamás,
en múltiples cordilleras
le amparan. Si ha de llegar
á poblarlas, paso á paso
toma el abierto caudal
de los ríos é invadiendo
la salvaje soledad,
conforme su raza aumenta
se estiende su imperio más.
Así, de las altas cumbres
del norte avanzando vá,
por el *Ir-bero* anchuroso
hácia el amplio litoral.

¿Qué pueblo es éste?, pregunta
el oriente, al encontrar
la raza que le detiene
en su carrera triunfal?

Esta pregunta los siglos
en vano repetirán,
y del ibero el origen
el mundo nunca sabrá.

Lo sabe él mismo? Su historia
no se ha contado jamás;
su raza es raza distinta
de la ariana y del Turan;
su lengua ni semejanza
con otras lenguas tendrá;
su espíritu independiente
con fiera tenacidad,
aunque se mezcle con otros
de ellos se ha de emancipar,
y al través de las edades
el *Euskalduna*, (que tal
el ibero se apellida
á sí mismo, al indicar
la esencia de ese lenguaje,
que une á su raza especial)
ha de ser en raza y lengua
siempre el mismo: *Beti-bat*.

¿Vino del Norte? Al turanio
precedió en la antigua edad?.

Cuando flotaba la Atlántida
en el anchuroso mar,
uniendo tal vez dos mundos
que hoy separados están,
¿dió á este pueblo asiento y vida
esa Atlántida quizá?

¿Subió de la Libia ardiente
el nómada hijo de Kham,
cruzando el fácil estrecho,
nuestra comarca á poblar?

Estas preguntas los siglos
en vano repetirán,

y del ibero el origen
el mundo nunca sabrá.

II.

EUSKAL-ERRIA.

PASAN los siglos: se cambian
con su potencia los pueblos
y nuevas gentes invaden
la tierra y el mar. Por ellos,
á las playas de levante,
atrevidas, van viniendo
aventureras naciones
que el hambre impulsa; y el tiempo
á fuerza de mucha sangre,
y á costa de largo esfuerzo,
consigue hacer que se rompa
la unidad del mundo ibero.

Un dia, Egipto, Fenicia,
Grecia despues, de su imperio
en la combatida costa
de levante y sur, han puesto
la señal: las invasoras
colonias con el ingenio
de sus galas, con el oro,
que aquí jamás vió el Ibero,

seducen algunas gentes,
para dominarlas luego.

En tanto, resisten siempre
de sus sierras, en el centro
Bárdulos y Bastetanos
y Túrdulos, que erigieron
á *Iliberri* en los vergeles
del Anda-lúxico suelo.

Otras indomables tribus,
por las aguas del *Ir-bero*
arriba, buscan amparo
en torno del Pirineo,
ó Auñemendi cual se llama,
siempre en el euskaro pueblo,
donde sus hermanos llenan
del norte el ámbito estrecho,
y donde nunca triunfante
quedó el invasor guerrero.

Allí el euskalduna tiene
desde fabulosos tiempos,
su predilecta comarca
su ley, su vida y su centro.

Bravo como sus montañas,
fuerte cual los elementos,
puro como el aire libre,
libre como el mar inmenso,
pobre cual su pobre tierra,
oscuro como su cielo,
un sólo amor, sólo un Dios,
una sólo lengua dieron
energía y fortaleza
á su espíritu y su cuerpo.

Su amor: la familia; en ella
la mujer parte el imperio
con el jefe, así en el campo,
al secundar sus esfuerzos,
como en la guerra, á su lado
con su ayuda y con su ejemplo.

Su Dios: el que en las alturas
Señor, evocan los pueblos:
Jaun-goikoa, que á los mundos
dió luz, vida y movimiento.

Su lengua: el *euskara* insigne,
que á las cosas y sucesos
pinta, con sólo nombrarlos,
con maravilloso acierto.

Ayer, en las altas cimas
del euskaro Pirineo
vivió, quitando á las fieras
palmo á palmo todo el suelo,
la afilada acha de piedra
en los combates blandiendo,
despues, en *bordas* chavolas,
en montañés campamento
reunidas las familias,
por los valles se extendieron,
formando en fraternal liga,
libres y autónomos pueblos,
por los ancianos guiados
y á ningun poder sujetos;
libres en cuanto á su vida
comun toca; en los agenos
negocios, si se amenazan
su libertad ó gobierno,

unidos todos, luchando
de su independencia al eco.

Los frutos del bosque explotan,
fundan en el mar sus puertos,
labran los valles, aciertan,
en el mundo los primeros,
á obtener de rojas piedras,
en la ardiente fragua, el hierro,
que á las silíceas armas
y á los venablos de hueso
sucede, cuando la *ezpata*
surge en el campo guerrero.

Al aire, flotante llevan,
sin más amparo, el cabello;
con rudas pieles envuelven
en toda estacion el cuerpo;
calzan la *abarca*; el *maquilla*,
que el arte adornó en el fuego,
sirve de apoyo y defensa;
y en el *jujujú!* tremendo
lanzan su aviso las gentes,
cuando se ven desde lejos.

Les manda el jefe más bravo,
soldado y pastor á un tiempo,
que en cuanto deja las armas
vuelve á su campo modesto.

Los poetas *cohlakaris*
entonan cánticos bellos,
en honor de nuestras glorias,
de los grandes y los buenos.

Y en la alta cruz, el *lau-buru*,
que alza horrible en los cerros,

pagan con su vida el crimen,
los malos hijos del pueblo.

Tambien tras de la alta sierra
del Pirene, espacio extenso
el euskalduna domina
del mar en el corbo seno;
y aquí, en la region ibera,
tienen sus nombres diversos
las comarcas, que en euskara
indican el sitio expreso,
en que las gentes habitan,
su procedencia diciendo:

Es *Goiko-euskua* la alta euskaria;
Be-euska-ia la baja; luego
Ara-ba el valle estendido;
son *Basocok* lo que hicieron
de su vivienda los bosques
del gigante Pirineo;
y *Nava-erría* el país llano,
desde Basconia al *Ir-bero*.

En el nombre de este rio
se fijan los extranjeros,
cuando á sus bocas llegaran
en el amplio mar Interno,
para llamar á las gentes
que aquí encontraron: *Iberos*,
é *I-beria* á toda la tierra,
en que habitaba este pueblo.
A la region elevada,
en la parte alta del Ebro,
donde Iberia victoriosa
resistió al poder ajeno,

se le llamó *Gan-t-ibéria*,
ó *Can-ta-bria* con el tiempo,
esto es; la Iberia de arriba,
tan gloriosa en sus recuerdos.

GAELAK.

LOS CELTAS.

I

EGUILAZ.



L. brillar el sol un dia
por el Araz escarpado,
distinguese en las montañas
conmovedor espectáculo.

Inmenso tropel de gentes,
fieros *irrinztis* lanzando,
puebla las sendas del valle
y las cimas de los altos.

En las vegas de Iruraiz
desde Arbulu hasta Luzcando,
de Agurain en la llanada,
de Asparrena en los peñascos,
arabeses euskaldunas
invaden todo el espacio.

Las achas de piedra mueven,
las laias, picas y dardos,
y á Jaungoikoa apellidan,
al pedir al cielo amparo.

Fijas las miradas tienen
de Eguino en el risco bravo,
y en la pendiente de Laumbe,
y en la angostura, que entrambos
dejan, y que á la Borunda
desde Araba forma el paso.

Allí vigilantes corren
muchos guerreros euskaros,
hácia el oscuro horizonte
de Nava-erría mirando.

Y á sus gritos y señales,
con arrogancia lanzados,
arrogantes y animosos
contestan los de los campos.

¿Qué ocurre? Los euskaldunas
saben que el celta afamado,
el guerrero incomparable,
dirige á Araba sus pasos.

No le bastan las victorias,
que su poderoso brazo
logró, la Galia y Bretaña
y la Hibernia dominando.

Escala del Pirineo
los más difíciles pasos,
deja el suelo en que diez siglos
tuvo sus bosques sagrados,
y busca de Iberia el sol,
los tesoros y otros campos
en que quepan, los que sobran
en el territorio galo.

De monte en monte ha corrido,
la noticia, cuando el basco

desde sus cimas nevadas,
le vió avanzar por los llanos.

“¡Gaelak! ¡Gaelak!,” gritan,
“¡el celta!, el celta!,” asustados,
que de antiguo tiene fama
de guerrero y sanguinario.

Y ante el peligro seguro,
de Euskalerría los bravos,
acuden en son de guerra
á los arabeses campos.

Van sus mujeres con ellos,
los niños y los ancianos,
pues es preciso que al celta
se opongan todos los brazos;
unos con achas de piedra,
con el *lancea* afilado
otros, que adquirir pudieron
el mortal hierro beuskaino;
la terrible *malla* al fuego
endurecida y con clavos,
de cobre el limpio cuchillo
en la Bastulia templado,
ostentan otros, y algunos,
sin otra arma que sus manos,
con las uñas y los dientes
han de cumplir como bravos.

Horroroso clamoreo
de pronto atruena el espacio,
y de las cumbres de Eguino
y Laumbe, grandes peñascos
hácia la garganta ruedan,
con maña y furia lanzados.

Ya está el gael atrevido
en Araba, y á su paso
la masa de combatientes
euskaldunas, como el rayo
en rudo tropel se lanza,
á Jaungoikoa invocando.

Mas ah! montañeses fieros
á la guerra no adiestrados,
contra enemigo tan fuerte
salen á luchar en vano!,
y por los corceles celtas,
cual espigas de un sembrado
ante el huracan, barridos,
ruedan, al ir avanzando.

¡No importa! á los que perecen
suceden otros, y al cabo,
horrible monton de muertos
al invasor cierra el paso.

Al amanecer la lucha
comenzó; ya se ha ocultado
el sol y aún sigue espantoso
de la matanza el estrago.

Con las tinieblas la muerte
al fin encuentra descanso,
y en la oscuridad, no lágrimas,
sino rios desbordados
de furor y de venganza,
corren por todos los labios.

Nuevo dia y lucha nueva;
á Laumbe el celta ha escalado,
la peña de Marutegui
pisa su planta, en Atao

pronto estará y por la espalda
podrá embestir al euskaró.

¡No importa! nuevas legiones
de euskaldunas van llegando,
y desde Munain y Ocariz
hasta Urrabieta y Orrao,
contra el enemigo forman
fiero valladar humano.

En una noche, la luna,
de Zurbe tras de los prados,
eleva su faz, y el celta
á la deidad invocando
avanza; tiemblan el cielo
y la tierra ante el espanto;
¡noche horrible! ni un ibero
queda con vida en el llano,
si bien los celtas, con creces,
la gran victoria pagaron.

Al lucir la triste aurora,
el invasor angustiado,
con terror contempla yertos
á sus caudillos más bravos;
y en la siniestra hecatombe
donde murieron, más altos,
porque sobre ellos cayeran,
al morir también magnánimos,
los caudillos euskaldunas
yacen, el arma empuñando.

Aquel sitio, horrible, triste,
en nuestros recuerdos, *malo*,
Egui-latz, entre las gentes,
desde entónces fué llamado.

II.

ANDA.

DESERTOS están los valles
 y en la salvaje aspereza
 de los montes, el euskaro
 su desventura lamenta.

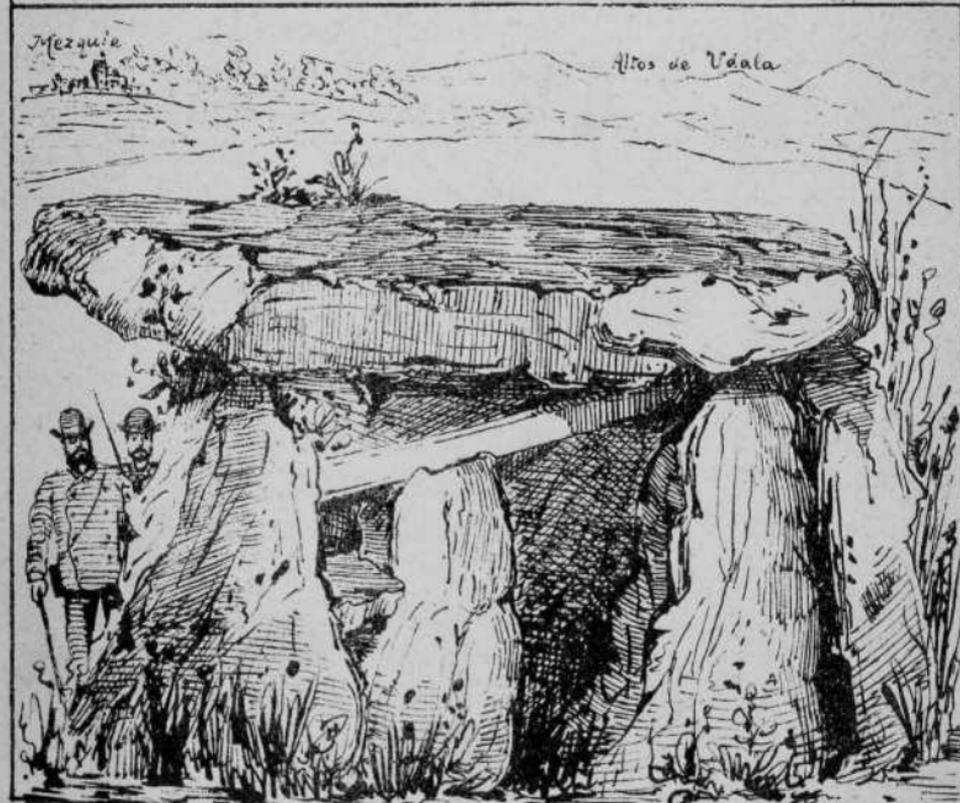
Por las colinas y valles
 de la comarca arabesa,
 como gigante avalancha
 los pueblos inunda el celta

Y pues que se le resisten
 las altas cumbres de Elguea,
 de Arlaban y Aramayona,
 sobre las de Encia trepa,
 fortifica el Atezarra,
 cruza el paso de Eguileta,
 y desde Izarza y Doroño
 y Zumelzu á la Oca llega.

El Zadorra le abre paso
 del *Ir-bero* á la ribera,
 y por el Bayas arriba
 pasa el portillo de Techa.

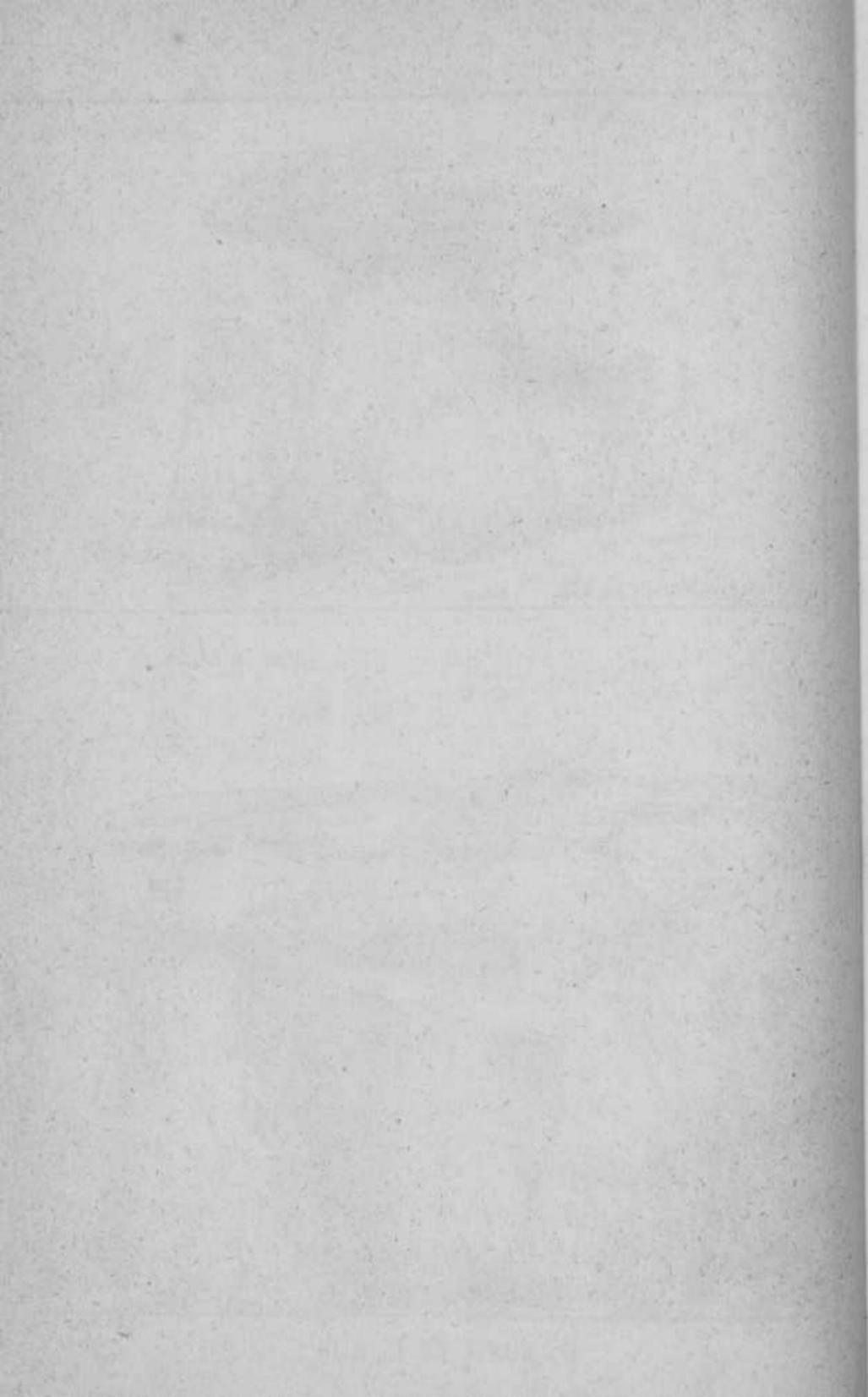
Dentro del valle, animosos
 los euskaldunas le esperan,
 arabeses y beuskainos
 de Orduña, Altube y Gorbea.

Romancero Alabes.



Dólmen de Eguilaz.

R. Becerra



Desde el pico de Marinda
parte la señal guerrera,
que se repite en Guibijo
Badaya, Arcamo y Abecia.

Y de sus cumbres al valle
los euskaros se despeñan,
la muerte y terror sembrando
en las filas extranjeras.

Ni los cascos relucientes,
ni las célticas saetas,
ni sus mortíferas hachas
de bronce, en la Euskaria nuevas,
ni los fogosos corceles
al montañés amedrentan;
y al compás con que la muerte
un tropel y otro despeja,
nuevos euskaros acuden,
desde las vecinas sierras,
á las que sin duda viene
á luchar la Euskaria entera.

Tinto en sangre el Bayas corre,
y hácia el portillo de Techa,
como las aguas se escapan,
huyen vencidos los celtas,
ambas orillas dejando
de cadáveres cubiertas.

Sobre su asiento de mármoles,
en la reducida aldea,
el victorioso euskalduna
su inmenso triunfo celebra;
y en memoria de sus muertos
muchas familias se quedan

á vivir, en la pendiente
 marmórea de la sierra;
 y un pueblo, en dos grandes barrios,
 de la poblacion modesta;
 forman, que, *el grande*, se llama,
Anda; y que siempre conserva
 de la gloriosa victoria
 la fama imperecedera.

III.

EUSKALMENDI Y GAELAMENDI.

DE triunfo tan memorable
 veloz corre la noticia,
 y á su extraordinario influjo
 los euskaldunas se animan.

El llano arabés ocupa
 el celta, entre cuyas filas
 las muchedumbres aumentan
 con las que Galia le envia.

Tambien en las pirenáicas
 cordilleras, que avicinan
 al llano, todas las gentes
 de la Euskaria se concilian,
 para luchar en demanda
 de su libertad querida.

Allí acude el basco rudo,

que el alto Pirene habita;
el goikoeuscoano animoso,
que en mar y tierra domina;
y el indomable beuskaino,
que ántes muere que se humilla.

Todos, al pueblo arabés,
su hermano, dan á porfía
gentes, armas y alimentos,
que son génio, fuerza y vida.

—¡No hay que aguardar en la sierra
al celta!—unánimes gritan;
—¡al llano; al llano, bajemos,
que él no subirá á las cimas!.

En Arlaban, congregados
los caudillos, con la vista
las márgenes del Zadorra
solícitos investigan,
y á sus órdenes las gentes
euskaldunas, largas filas
de combatientes esparcen
por las cercanas colinas.

En la tierra de Ubarrundia,
del Urquiola en las orillas,
desde Nafarrate á Araca
unos tras otros se apiñan.

En los altos de Gamboa,
en Réstia y Doipa se agitan
las avanzadas, que ardientes
empezarán la embestida.

En la baja Arrázua el celta,
del rio en la izquierda orilla
hasta Iruraiz, vá estendiendo

sus legiones aguerridas.

No se hace esperar la seña,
que en los corazones vibra,
del combate: los euskaros
descienden hasta la línea
del Zadorra, y el estruendo
de la batalla se inicia.

Cien veces, los adiestrados
guerreros celtas, las cimas
de Araca y Réstia coronan,
y otras cien veces seguidas
las pierden, y el manso río
repasan y se cobijan,
al amparo que les presta
su fuerte caballería,
en la que el furor euskaros
malogra sus récias iras,
después que á los asaltantes
rechazados aniquila.

Nuevos resfueros sostienen
al celta, y también se animan
los euskaldunas con otros
que Beuskaia les envía.

En la monstruosa batalla
los esfuerzos se equilibran,
y sin cambiar de terreno
luchan uno y otro día.

Una mañana, del campo
celta, en apretada fila,
un grupo de prisioneros

euskaros, hácia la orilla
del Zadorra, demandando
tregua, ansioso se aproxima.

Con ellos, diez jefes celtas
en sus corceles caminan,
y verdes ramas de roble
en lo alto, al marchar, agitan.

A un jefe basco, que al paso
les sale, le comunican
que Neton, el invencible,
que á los celtas acaudilla,
desea al de los euskaros
dirigir su voz amiga,
solicitando una tregua
que la muerte hace precisa,
y que, como en noble signo
de su lealtad, le envia
los prisioneros euskaros,
que al sacrificio destina,
libres y sanos, rogándole
que su peticion admita.

Pronto el rumor de la tregua
á todos se comunica,
y con pareceres varios
la proposicion se estima.
“¡Guerra, mientras quede en Áraba
un extraño!”, el pueblo grita,
siguiendo á los jefes celtas
que el euskaros ampara y guia.

En una aldea hacen alto,
y de Arlaban de las cimas
un anciano venerable,

apoyado en su maquila
baja, con varios caudillos,
que forman su comitiva.

Es Aitona, el que de Arriaga
en el Lucua vivía,
á Áraba dando consejo
en su existencia tranquila,
y que hoy, como el más antiguo,
rige, en la lucha emprendida.

La proposicion del celta
le exponen, y determina
oir á sus compañeros,
los jefes de las familias
euskaras, y en aquel punto,
sin perder tiempo les cita,
bajo los frondosos árboles
del monte, que por la dicha
reunion, *Mendi-bil* llaman
desde aquella fecha misma.

La junta de los guerreros,
en la tregua convenida,
para tratar con Neton
como única base, indica,
que abandone á Áraba toda
en el plazo de ocho dias.

Aitona despues, con ellos
al Zadorra se aproxima
y Neton con sus soldados
viene tambien á la orilla,
mientras que atruenan el aire
los *ujujús* y los vivas,
los cánticos de los celtas,

y los cuernos y bocinas.

Pasa Aitona el río y ambos
guerreros, en las megillas
ósculo de paz se imprimen,
como santa garantía.

Neton la exigencia escucha
de los euskaros, y avisa
al gran sacerdote celta
Baudó, jefe de los druidas,
que por aquel prevenido
trae la paz, en bronce escrita.

Y entre el concurso guerrero,
que en torno de ellos se apiña,
inmenso bosque de lanzas
reuniendo, que al sol brillan,
el sacerdote, con voz,
que en todos los pechos vibra,
dice:

*Ante el valor heróico
de vuestro pueblo, se inclina
Neton y la paz desea
con estas bases precisas:*

*A las regiones desiertas
que del Urbion más arriba
están, marcharemos presto
dejando á Áraba tranquila.*

*A cuantos celtas mañana
en ese rumbo nos sigan,
Áraba dejará el paso
libre y les dará su guía.*

*Respetareis los sepulcros,
que según costumbre antigua,*

*levantaremos en Araba,
de esta contienda á las víctimas.*

*Para que sepan los siglos
que este pacto no se olvida,
cien guerreros os daremos,
si nos dais otras cien hijas.*

*Aquí en el alto Gael-dui
tendreis nuestra raza viva,
y nosotros formaremos
allá la nacion celti-íbera.*

*Neton, su lanza de bronce,
en oro egipcio embutida,
entrega á Aitona, cual prenda
de eterna amistad bendita.*

Oye el concurso las frases
del anciano y sábio druida,
que en Aitona su mirada,
buscando respuesta, fija.

“Veo que vuestra nobleza
iguala á la valentía.—
responde Aitona,—yo acepto
esas cláusulas leidas.

Idos pues, y Dios os guíe
en vuestras grandes conquistas,
que aquí, de este compromiso
responderán nuestras vidas.

Vuestros hijos, hijos nuestros
serán, llevad nuestras hijas,
que de guerreros tan bravos
no mancharán la familia.

Mi hacha de piedra sagrada,
entre los rayos venida,

y que heredé de mi padre
tomad, Neton, ella afirma
de nuestros pueblos guerreros
la eterna amistad bendita.

No sabe escribir mi raza
ni jamás en esas cifras,
que el tiempo borra, los pactos
consagró: cosa es sabida
que palabra de un euskaro
se cumple en cuanto está dicha.,,

“¡Bici Gaelak!,, exclama,
y en ardiente gritería,
celtas y euskaros expresan
el placer que les anima,
y caudillos y soldados
cambian sus armas queridas,
y las gentes arabesas
al llano se precipitan,
buscando én sus pobres pueblos
el hogar de la familia
en la invasion ocupado,
y merced á la energía
y al sacrificio de muchos,
recobrado en aquel dia.

IV.

LOS DÓLMENES.

POR algun tiempo los celtas
su despedida retardan,
porque en construir se ocupan
las sepulturas sagradas.

Con grandes troncos rodados,
de lo alto de las montañas,
inmensas moles de piedra
hácia las llanuras bajan.

En *Eguilatz*, en el sitio
malo, de la gran jornada
grandioso dólmen elevan,
en que sus héroes descansan.

Tres, de *Arrizala* en el campo,
con ménos pompa levantan,
á los que heridos murieron
allí, en pós de la batalla.

En los inmediatos valles,
desde *Agurain* hasta *Il-arraza*,
cada legion á los suyos
otros numerosos labra.

Colosales negros mármoles,
á la derecha del Bayas,
forman las grandiosas tumbas
de los vencidos en *Anda*.

Neton, que se alcen, ordena,
en el campo de matanza,
donde seis dias lucharon
entre *Betoniú* y *Durana*,

á los celtas un sepulcro
y otro igual á los euskaras.
Gaela-mendi al primero,
á el alto, el pueblo le llama
y *Euskal-mendi* al inmediato,
que está al borde de las aguas.

Así, al través de los siglos,
las piedras y las palabras
harán saber á las gentes
la historia de estas campañas.

Antes de partir, los druidas
celebran fiesta sagrada,
sobre los montes de tierra
que las sepulturas tapan,
como es antigua costumbre
entre gentes de su raza.

De noche, en el plenilunio
la luz misteriosa y clara
alumbra en Gaelamendi
la última fiesta acordada.

Baudo, el grave sacerdote,
lleva en su cabeza cana
verde corona de hiedra,
y sus vestiduras blancas
con cinturon de oro y púrpura
ciñe; en la diestra elevada
de amuleto misterioso
el santo muérdago saca,
lo muestra al pueblo y entona
su lastimosa plegaria
á Pikolo, de los muertos
triste dios, que el celta aclama.

La hoguera enciende en la cima
del túmulo, y la apiñada
muchedumbre, con respeto
en las ondulantes llamas
cree que bullen los espíritus
de sus muertos. Terminadas
de los druidas las canciones,
vibran las sonoras arpas
de los bardos, que á Taran,
fuerte dios de las batallas,
entonan sagrados himnos,
en que proteccion demandan.

Toda la noche la fiesta
se prolonga y cuando lanza
de nuevo Bel, el gran dios,
el sol, sus rayos, la marcha
emprenden los bravos celtas,
del *Irbero* hácia las aguas.

Animosos euskaldunas
jóvenes les acompañan,
y al otro lado del rio,
que tambien es tierra euskara,
del monte *Ur-bi-on* la aspereza,
en busca del Duero, escalan.

En sus desiertas orillas,
por la anchurosa comarca
se extienden y un pueblo forman
de sangre celta y euskara,
mientras que en *Áraba* quedan
las piedras y las palabras
que recuerdan á las gentes
la historia de estas campañas.

IRUÑA.

I.

EUSKARIA Y ROMA.



AS alabesas llanuras,
en el curso de los siglos,
paso obligado de gentes
de Galia á la Iberia han sido.

En la paz, seguras marchan,
como entre pueblo de amigos;
en la guerra... ¡cuánta sangre,
en ese paso han vertido!

Desde la invasion horrible
del celta fuerte y altivo,
corrió venturoso el tiempo,
sin que audaces enemigos
amenazaran la tierra
del euskalduna tranquilo.

La Galia, más que legiones
de guerreros, peregrinos
en numerosas familias

envió á su pueblo celtibero,
y de Gallecia al confin,
del celta postrer asilo,
y de la Borunda al Ebro,
segun pacto bien cumplido,
en dilatadas centurias
estuvo abierto el camino.

Ni de Cartago las gentes,
ni de Roma los caudillos
á la recóndita Euskaria
se acercaron. A sus hijos,
en las grandiosas campañas,
Aníbal llamó solícito,
y bien alto su renombre
quedó en el mundo latino.
Mas tarde, Roma potente,
con su génio precavido,
al euskaro como aliado
buscó, no como á enemigo.

Jamás, con marcial estruendo
de la alta Iberia en los riscos
penetró, el resto de Hispania
al unir á sus dominios.

La abatida celtiberia
demanda un dia el auxilio,
contra el coloso romano,
á los montañeses ínclitos,
y de Gallecia á Basconia
de guerra se escucha el grito.

El emperador Octavio

la lucha dirige él mismo,
al frente de las legiones,
que al mundo entero han vencido.

En Sasamon, tierra llana,
lejos de todo peligro,
su campo asienta, y envía
contra Asturica á Carisio,
y contra Cantábria toda
él vá, con el bravo Antistio.

Por largo tiempo, y en vano,
combaten al enemigo;
hasta Arrazola penetra
y le asombra el heroismo
de un pueblo, que ahogado en sangre,
se revuelve siempre vivo.

Por el orgullo embriagado,
al mirarse detenido
y sin poder, ante un pueblo,
escaso, indomable y mísero,
se desespera, y á Roma
vuelve iracundo, abatido
y con justicia se niega,
del triunfo, el honor altísimo
á aceptar, cuando le aclaman
los cortesanos sumisos.

Mientras tanto, sus legiones,
que Agripa manda, han podido
triunfar en Bellica un día,
llegar hasta el pié del Hirnio,
y ante el valor del euskaro
perder el campo invadido.

De nuevo Octavio á Cantábria

vuelve, á los pueblos cautivos
impone su ley, y á Roma
regresa. Aquel dia mismo
desde Basconia á Gallecia
el montañés atrevido
se alza de nuevo; en sus valles
domina y el yugo indigno
de los romanos sacude,
al resistir siempre invicto,
de Emilio y de Cayo Furnio
y del gran Publio Carisio,
las invencibles legiones,
de soldados aguerridos.

Agripa desde las Galias,
acude á Hispania solícito
á dominar á los cántabros,
y en la Euskaria, sorprendido,
vé de la legion Augusta
la derrota y desprestigio,
y vuelto á Roma no quiere
recibir el laurel inclito.

En la áspera cordillera
libre, como en otros siglos,
quedó el pueblo, y en el llano
de Áraba, abierto el camino
tuvo Roma desde entónces,
por sus armas defendido,
y á costa de su tesoro
imperial, trazado y fijo.



*Escultura del natural
En el Instituto de Viena.
1862. R. Becerra*

Estátua de la diosa TUTELA ó FORTUNA encontrada en las ruinas de IRUÑA.



II.

LA DIOSA TUTELA.

A la izquierda del Zadorra,
 en la mayor avanzada,
 que contra el áspero monte
 vecino forman sus aguas,
 y sobre tajado risco,
Iruña la fuerte se alza.

Por sus tres lados, al pié,
 la ciñe el río y la ampara,
 y en la cima, fuertes muros,
 por todas partes la guardan.

Es la ciudadela insigne
 por los romanos labrada,
 límite de sus conquistas
 contra la indomable Euskaria,
 que siempre detuvo el ímpetu
 del invasor en *Baraia*;
 (que así la vecina sierra
 por la detencion se llama.)

Como construccion altiva
 guarda la imperial calzada,
 que muy próxima, entre Benia
 y el alto de Jundiz pasa,
 en la renombrada vía
 de Astúrica á la Aquitania.

Desde sus muros observa
 la Oca, do el Zadorra marcha,



y las elevadas cumbres
por las que el camino baja;
y por oriente, á la vía
en largo trayecto guarda,
y es centinela avanzado
contra la sierra inmediata.

El viejo Fabricio Fusco
romano, en Iruña manda,
que allí heredó de su padre
Munacio tan noble carga,
y de Ambaico, ilustre abuelo,
el caudal y limpia fama.

Comprende la fortaleza
segun la latina traza
la basilica, el pretorio
el campo y bélicas cuadras.

Al oriente, sobre Benia
dá la puerta pretoriana,
y al ocaso, sobre el rio
por la poterna se baja.

Del Zadorra un ancho foso
se deriva y circunvala
el istmo, que al dar la vuelta
dejaron libres las aguas.

Los muros de cantería
con almenas apuntadas,
robustas torres sostienen
en sus extremas escuadras,
y á modo de celosías,
con récias vigas y tablas,
forman altos miradores,
que dardos y piedras lanzan.

Dentro del fuerte, en un tiempo,
tras de las cinco campañas,
refugio para soldados
hubo en las estensas cuadras,
y ocupacion para todos
en las altivas murallas.

Hoy, en paz el mundo entero,
tranquila y feliz la Euskaria,
más que como fortaleza,
Iruña sirve de estancia
al noble Fabricio Fusco,
á quien honran y acompañan
otros romanos, que en Benia
sostienen hacienda y casa,
y los euskaros amigos,
que de la sierra en las faldas
y del llano en las aldeas,
en vez de luchar, trabajan.

Iruña, entre los romanos,
de la que llaman Cantábria,
por su templo de la diosa
TUTELA tiene gran fama;
y á su fiesta anual acuden
los pueblos de la Calzada,
de Aracelli y de Tullonio
de Ibardulia en la comarca,
y de Deóbriga y Tullica
y de la insigne *Kara-astia*,
(la del propicio descanso
segun la acepcion euskara),
que á los Caristios dió nombre
en la division romana.

En los combates sangrientos,
que Octavio Augusto librara
fué siempre este territorio
temido. En Roma temblaban
las madres, cuando sus hijos
iban á luchar á Euskaria;
y á la diosa, que al guerrero
en sus conquistas ampara
y de desdichas le libra,
Fortuna ó Tutela sacra,
como á deidad protectora,
su feliz suerte fiaban.

De Flaminio los guerreros,
con desventuras amargas,
en las conquistas del César
corrieron estas montañas,
y cuando en Iruña un día
pusieron limite y raya
á la guerra, al guarecerse
tras de sus fuertes murallas,
alzaron sus herederos
á la Fortuna una estatua.

En el altar de su templo
y en alabastro labrada,
arrogante y colosal
la diosa Tutela se alza.

Es la gran *Fortuna dux*,
que en la vía de Aquitania,
á los viajeros protege,
como ántes sirvió de guarda
el soldado, en los combates
de la rebelion euskara.

En los que á su altar acuden,
puesta tiene la mirada
y sobre el mundo, adornado
de flores, fija sus plantas;
noble manto que se ciñe
á sus pechos y á su espalda
la subtúnica y la túnica
cubre; sus brazos avanzan
recogiendo los estremos
de aquel, como quien ampara
al que se acoge piadoso
á su proteccion sagrada.

Los artífices de Octavio,
en las obras de más fama,
que en el alto Capitolio,
y en el Quirinal se guardan,
se inspiraron, y esta diosa,
sin fugaz rueda y sin alas,
labraron y desde Roma
á Iruña vino. En las gradas
de su templo los romanos,
cuando léjos de su pátria
soldados ó caminantes,
el llano de Alaba pasan,
sus ofrendas á porfia
depositan en el ara.

Sobre el rico intercolumnio
del altar, su faz destaca
Marte, el venerable dios,
cuya alabastrina estatua
sangrientas luchas recuerda
y el ardor bélico inflama.

Como fortaleza, Iruña
 en la paz ya no es nombrada,
 mas, como altar de Tutela
 es memorable en Hispania;
 por esto, Fabricio Fusco,
 que las tradiciones guarda
 con fervor, el rico templo
 conserva junto á su casa.

III.

ROMA Y EUSKARIA.

DESDE Goto por Divina
 vienen con pausado andar,
 hácia Transponte un anciano
 y otros seis euskaros más.

El puente romano cruzan,
 de la poterna al umbral,
 en la muralla de Iruña,
 suben y llaman.

—¿Quién vá?

dice un esclavo, el portillo
 abriendo de par en par.

—Decid á Fabricio ilustre,
 contesta el viejo, que ya
 ante sus puertas nos tiene;
 el convite fraternal

aceptando: soy de Arrato
el antiguo Jaun; no más.

Y poco tiempo despues,
á donde aguardando están,
llega Fabricio y su brazo
al viejo de Arrato dá,
como antiguo camarada
de la guerra y de la paz.

En el vestibulum forman
con respetuoso ademán
los siervos: llenan el atrium
muchos convidados más,
y en el gran impluvium, patio
de aspecto casi imperial,
en bella exedra sentadas
matronas é hijas están,
con las damas, que á la fiesta
de Iruña, vinieron ya.

¡Con qué admiracion las gentes
euskaras, la magestad
de las columnas y cuadros,
la fuente monumental
y los mosaicos contemplan,
que lujo al impluvium dan!

A Julia, de Fusco esposa,
como obsequio singular,
cariñoso Arrato entrega
frutas, miel, blanco cendal,
que en Goto hilaron sus hijas
del lino, que Zuya dá.

Al templo el concurso marcha,
y en el afamado altar,

Fusco el sacrificio ofrece
 á Tutela. Un tanto atrás,
 Arrato con los euskaros
 se queda. Con dignidad,
 del extranjero los dioses
 supo siempre respetar,
 aunque mantiene en su pecho
 el culto al Jaungoikoá.

En el gran triclinium luego
 reposan y comen: van
 las damas y alegres jóvenes,
 tras el postre, á disfrutar
 los encantos de la huerta
 que en la antigua plaza está,
 y en cuyo anchuroso campo,
 según uso popular
 de Roma, juegos y bailes
 hizo Fusco preparar.

En tanto, el noble patricio
 departe ameno y jovial
 con Arrato, con Secundo
 su púpilo, y además
 con Marco Sempronio Flavio,
 de la calzada imperial
curator viarum, con Marco
 Gállico, del Quirinal
 como Sempronio, con Lendia
 con Guereño y Bolibár
 euskaros, y con el rico
 de Benia, Egnacio Vital.

—Esta, mi última visita
 de fijo, á Iruña será,

dice Arrato, y me parece
bien, nuestro adios celebrar.

—¿Por qué tan triste noticia,
contesta Fusco, nos dás?

—Porque la carga del tiempo
de sobra me pesa ya,
y con las próximas nieves
mis ojos se cerrarán.

—¡Todos moriremos!, dice
riendo, Egnacio Vital,
conque, de nuevo los vasos
del fresco vino llenad!

—Todo, ménos el imperio
del mundo que en Roma está,
replica Sempronio Flavio;
y Arrato añade—¡No tal!
tambien el imperio un dia,
sin remedio morirá.

—¿Por qué?

—Porque lo que es grande,
tiene término fugaz,
y sólo cuanto es humilde
y pequeño, dura más.

—Nuestro poder es inmenso
¿quién su vuelo abatirá?
dice Secundo.

—Los siglos,
que otros poderes traerán.

—En nuestros dioses, amparo
eterno, Roma ha de hallar.

—Con vuestro imperio esos dioses
tambien se aniquilarán,

y tal vez ese Dios pobre,
que hace al siervo nuestro igual
y que en Judea matásteis,
á Júpiter se impondrá.

—¿Por qué?

—Porque lo que pobre
y humilde es, suele llegar
á ser grande; y porque enseña
que es deber la caridad,
y porque aunque guste á pocos,
tiranos, gusta á los más
que son infelices; y estos
á los pocos se impondrán.

—Como tu raza, es extraña
tu manera de pensar,
oscura como la lengua
y atrevida sin igual,
dice Marco.

—Tambien pobre
y humilde la Euskaria está,
y por lo mismo su raza
y su lengua durarán
más que las vuestras.

—¡En broma
tus dichos hay que tomar!
contesta Fabricio.

—Espero
por mi Dios, que así será;
y cuando en Roma no existan
ni imperio, ni dignidad,
ni vuestra lengua latina
sepa el mundo pronunciar,

cuando Iruña envuelto en polvo,
bajo la tierra esté ya,
mi pueblo pobre y oscuro
libre, contento y en paz,
su independencia y su idioma
invariables mantendrá.

—¿En qué fundas, Jaun de Arrato,
afirmacion tan audaz?

—En que lo humilde y lo pobre
son parcos en el gastar;
y lo que poco se gasta,
sin remedio dura más.

Mi raza contra ninguna
raza se levantará,
mi lengua á ninguna lengua
querrá nunca dominar,
y, si prudente, el euskaro
á nadie reta jamás,
pobre, pero fuerte y noble,
con su lengua vivirá.

—¡Broma insigne!, dice Marco.

—¡Que siga! añade Vital.

—¡Ea, muchachos, las copas
de fresco vino llenad!

que por los tristes augurios
del euskaro, hay que brindar!

Y por Euskaria y por Roma,
de los tragos al compás,
en el triclinium los brindis
multiplicándose ván,
y el viejo Arrato, en bascuence,
repite con gravedad:

—“Mientras prudente el euskaro
 á nadie rete jamás,
 ha de ver vivas y fuertes
 su lengua y su libertad.”

IV.

En amistad invariable
 tranquilos pasan los tiempos,
 libre el euskaro en la sierra
 y de su gran via dueño
 el romano. Los fulgores
 del cristianismo á lo lejos
 aparecen y en Basconia
 de Jesús se alzan los templos.
 Es el quinto siglo: rige
 por encargo del Imperio
 Constanccio Patricio en jefe
 á Basconia, cuando fieros
 los bárbaros visigodos
 pisan el hispano suelo,
 y romanos y bascones,
 con indomable denuedo
 unidos, el paso atajan
 al poderoso extranjero.

Y lentamente, oponiéndose
 al visigótico reino,
 al brindar mentido apoyo,
 los Bascones, con el tiempo
 invaden Alaba y Rioja,
 y la montaña hasta el Ebro.

Cámbiase entónces de Iruña
la potestad y el aspecto,
y de Bascos y Romanos
el piadoso pensamiento
Jesús y Tutela parten,
en los altares diversos.

Contra el Bascon invasor,
que á Alaba domina artero,
del arriano Leovigildo
se agita el potente esfuerzo;
en las montañas de Amaya
lo destroza, sigue luego
la vía romana; de Alaba
se aparta el Bascon huyendo,
y hasta en los quebrados valles
de la Basconia, el acero
visigótico, las huellas
deja del furor sangriento.

Los perseguidos bascones
repan el Pirineo,
y entre La Soul y Labourd
arraigan el firme asiento,
de la que "Baja-Nabarra,"
se llamó desde aquel tiempo.

En la guerrera embestida
visigótica, ni resto
del poder romano queda
en el euskalduna suelo;
é informe monton de escombros
marcan en Iruña el puesto,
donde la gran fortaleza,
y donde el famoso templo,

en los anteriores siglos,
con tanta pompa se irguieron.

Sobre sus tristes despojos
alza el cristianismo un templo,
y bajo su pobre nave,
siempre, al través de los tiempos,
cuenta en su lengua al euskaro
tan admirables recuerdos.



LA TIERRA DE REFUGIO.

I.

LOS MOROS.



La alta peña de Ioar
y la cordillera toda,
por Toloño y Buradon
hasta Iturriotz y la Oca,
con aparato guerrero
los alabeses coronan.

La ribera ó Ibardulia
ocupa la gente mora,
que con Muza y con Tarik
llegó desde Zaragoza,
despues de haber asolado
éste, á Iliberri y á Córdoba,
á Toledo y á Leon,
á Amaya, Gijon y Astorga;
y aquel, á Sevilla, Mérida,
á Medina y á Carmona.

Bulle en la Euskaria escondida,
muchedumbre numerosa

de cristianos acogidos,
que pudieron en buen hora,
escapar desde Castilla,
ante la furia espantosa
del nuevo invasor triunfante,
tras de la infeliz derrota,
en que perdió don Rodrigo
con su pátria la corona.

En los valles alabeses,
y en nuestra llanura toda,
y de Guipúzcoa y Bizcaya
en los montes y en las rocas
asilo, pan y defensa
les dió Euskaria generosa:
cual las gentes de Toledo,
de Estremadura y Zamora
se acogieron, de Galicia
y Asturias, en la amplia zona.

En el vasto campamento,
que los fugitivos forman,
es Alaba un pueblo solo
á lo largo del Zadorra.

En él plebeyos y nobles,
de la gente visigoda,
sin remedio se confunden
y á la misma racion tocan,
que el refugio es corto y pobre
y la ocasion azarosa,
y el cristiano echa de ménos
lo que á los moros les sobra.

Dispuestos á pelear
los hombres las armas toman,

y las mujeres trabajan,
y su triste suerte lloran.

De las orillas del Ebro
de la feraz *Iberonia*,
el obispo con sus clérigos,
vino desde Calahorra
y la fé, culto y reliquias,
con solicitud piadosa,
aquí instaló, y su tutela
los acogidos imploran.

Sobre la antigua calzada
imperial, fué populosa
ciudad, que monton de piedras
y ruinas sólo es ahora,
Ar-mendia; allí el prelado,
de nuevo el mando recobra
de su grey, y con su auxilio
iglesia y pueblo se forman.

De las provincias hermanas
viene mucha gente moza,
á detener de los árabes
la invasion aterradora,
y entre los jefes, un jóven,
á quien don Alonso nombran,
de euskaros y de iberones
tiene la confianza toda.

Hijo es de D. Pedro el duque
de Cantábria y por la honra
de los cántabros pelea,
ya que á Cantábria le toca,
desde el Ebro al oceano
desde Asturica á Basconia,

salvar á Castilla entera,
cuando se salve á sí propia.

Con los valientes caudillos,
que le acompañan, coloca
al pueblo armado, del Ebro
en la enhiesta divisoria,
y la peña de Ioar
y la cordillera toda
por Toloño y Buradon
hasta Iturriotz y la Oca
con aparato guerrero
los euskaldunas coronan.

Viene Abdalacid, el hijo
de Muza, con grandes hordas
de africanos por la orilla
del gran río. Victoriosas
en la invasion, á sus gentes
nadie detuvo hasta ahora.

Al ver cual de entre las peñas
tantos euskaldunas brotan,
los poderosos caudillos
se detienen y se asombran.

Abdalacid arrogante
su intimacion belicosa
á los cristianos dirige,
que dos heraldos pregonan;
y al recibir la respuesta
entre flechas y entre rocas,
que desde la sierra llueven,
abrigo á lo lejos toma.

A un euskaro, sorprendido
por los suyos, interroga

sobre el pueblo, que insensato
así sus planes estorba;
y el euskaro, conduciéndole
del río sobre una loma,
la imponente cordillera
le muestra, y en misteriosa
lengua mezcla de latina
euskalduna y visigótica.

“Tras de esas altas montañas;
—le dice—se empinan otras,
Udala, Amboto y Gorbea,
aun más fuertes y escabrosas.

En ellas hay á millares
rudas gentes, que á estas horas
contra vosotros, sus cantos
de implacable guerra entonan.

Tras de ellas se alzan los riscos,
que al mar con sus faldas tocan,
el Aya, Hirnio, el Aralar,
que otros guerreros soportan.

Y mas allá, en Añumendi,
que eternas nieves coronan,
millares de bascos fieros
prontos á luchar asoman.

A ninguna extraña gente
la Euskaria su cerviz dobla,
y esos montes fueron tumba
de los Celtas y de Roma.

Para subir á Toloño
tal vez soldados te sobran,
pero ni tú, ni los tuyos
llegareis vivos á Urquiola.

No sufre el yugo mi pueblo,
y si yo lo sufro ahora,
aprende, como un euskaro
las viles cadenas corta.,,

Y de un golpe, desasiéndose,
llega al borde de la roca,
y salta, y desaparece
del Ebro en las tibias ondas.

Abdalacid arrogante,
aunque del caso se asombra,
impetuoso á la ribera
desciende, y por el Zadorra
á sus guerreros dirige
hácia el paso de la Oca.

Desde Toloño vá Alónso
como nube tempestuosa,
de pico en pico atajando
el curso á la gente mora,
que sin llegar al estrecho,
temiendo horrible derrota,
por órden del viejo Muza,
la acometida abandona.

Abdalacid se detiene,
por la actitud previsorá
de su padre y contrariado
vuelve; hácia Castilla trotan
los moros, mientras escuchan
los gritos de la victoria
que en las elevadas cumbres
los euskaldunas entonan.

Alonso á Asturias despues,
con sus indomables tropas

vuela y con el gran Pelayo,
parte en las campañas toma.

En premio de sus hazañas
Pelayo dá por esposa,
al bravo Alonso, á Ermisinda
su hermana, á quien éste adora.

Con ella comparte un dia
de aquel reino la corona,
y con justicia le llama
el Católico la historia.

II.

ALONSO II.

VICTORIOSO de los moros
y de la gente gallega,
y á rigurosas costumbres
la clerecía sujeta,
hácia el suelo de Navarra
se dirige el rey don Fruela,
con la guerra respondiendo
á cuantos le hacen la guerra.

En Alaba y á su paso,
en noble familia encuentra
bella mujer, doña Munia,
que al sólio asturiano eleva.

Hijo fué el segundo Alonso
de tan ilustre alabesa,
y cuando al trono le invitan
que con Silo compartiera,

el indigno Mauregato,
con emulacion perversa,
por los moros sostenido
sin trono ni hogar le deja.

Huye Alonso, recogíendose
de doña Munía en la tierra
y refugio incomparable,
entre parientes y haciendas,
libre del poder de Asturias,
en Alaba, el rey encuentra.

En sus apacibles valles
y con humilde apariencia
nueve años vive, luchando
á veces en la Bureba
y Rioja, contra los moros
con las alabesas fuerzas;
á veces, en los estudios
de religion y de letras
con el abad Pedro, el sábio,
discurriendo horas enteras;
y en su guarda y compañía
teniendo siempre á Jimena,
su hermana, que con el tiempo
madre de Bernardo fuera,
el que al Carpio unió su nombre
con fama y memoria eterna.

Con el rey Bermudo al cabo
á Oviedo Alonso regresa:
con él el trono reparte,
y el mando de aquella tierra,
y en victoriosas campañas,
de la cruz, el reino aumenta.

Para Pedro su maestro
funda piadoso en Valpuesta,
sede episcopal insigne,
con jurisdiccion estensa
y admirable colegiata
construye, donde antes era
pobre convento de monjas
en la comarca alabesa,
que en los años del destierro
sirvió de asilo á Jimena.

En su tiempo en Roncesvalles
le fué la fortuna adversa
á Carlomagno, y las crónicas
y la tradicion recuerdan,
que estuvo con los euskaros
Bernardo del Carpio en ella.

El pueblo de doña Munía,
que hospedó á su hija Jimena,
tal vez al noble Bernardo,
que de su sangre naciera
y que en Alaba tenia
deudos, memorias y tierras,
encargó como caudillo
la comprometida empresa
de unir á los alabeses,
con las euskaldunas fuerzas,
que á los guerreros de Francia
en Altabiscar vencieran.

III.

ALONSO EL MAGNO.

ALABA, noble refugio,
 que santa hospitalidad,
 á los pueblos y á los reyes
 en sus aflicciones das,
 tú, la que á Alonso el Católico,
 enseñaste á guerrear
 y al segundo Alonso el Casto
 diste madre, casa y pan,
 cuando en tí buscó remedio
 su desventura fatal,
 á otro Alonso abre tus brazos,
 que á tus puertas vá á llegar
 huyendo, al ver, que usurpada
 su régia corona está
 en Asturias, por el conde
 de Galicia su rival.

En los pueblos alabeses
 don Alonso halla la paz,
 que aquí asturianos no imperan
 y no le perseguirán,
 ya seguro, donde vive
 segura la libertad.

El conde Eylon, que acaudilla,
 cuando contra el moro van,
 á los alabeses, misero

sus celos deja notar
contra Alonso, propalando
que el de Galicia es leal
al quitarle trono y pátria,
y que él no defenderá
con las armas alabesas
al desterrado jamás,
si los rencores de Asturias
aquí pudiesen llegar.

Muy pronto los asturianos
acuden, mas no á intentar
que á don Alonso molesten,
sino ante él mismo, á besar
su mano, cuando le entregan
la investidura real,
despues que al conde gallego
usurpador, muerte dan.

Parte el rey, y á los leales
de Alaba ennoblece más,
y á sus hijos da en Oviedo
solares y dignidad.

Eylon, con fiero despecho,
sus celos quiere vengar
en los que en Alaba un dia
supieron á Alonso honrar,
y con horror de los pueblos,
á los que engaña falaz,
destierra, mata y enciende
la contienda fraternal
en la tierra, que maldice
su loca temeridad.

Desde Oviedo el rey Alonso

acude á poner la paz
y entre clamores del pueblo,
que bendiciéndole vá,
derrota á Eylon y se humillan
los que rebeldes están.

En la libre cofradía
de Arriaga, á la dignidad
de conde á Bela Jimenez
elevan en su lugar,
allá en Guevara, buscándole,
donde Bela llegó á alzar,
sobre las desiertas ruinas
de la romana ciudad,
con su castillo, su alcornia,
de España la principal.

Hacia Oviedo vuelve Alonso,
y preso lleva detrás
á Eylon, de hierros cargado,
que en la triste soledad
de perpétuo calabozo,
sus miserias pagará.

IV.

CELLORIGO.

Dos siglos casi se cuentan
desde que en España entraron
los moros, y aún en Castilla
hay que ganarles el campo.

La lucha Alaba sostiene
del Ebro en el otro lado,
y en su lengua denomina
los pueblos, al restaurarlos.

Allí estan Ircio, Bardauri,
y Galbárruri empinado,
Leiba, Ochánduri, Erramélluri
rio Iron, montes de Ayago,
hasta las cimas de Urbion
en el estendido espacio,
el origen euskalduna
de su historia pregonando.

En las conquistas primeras,
despues que el Ebro pasaron,
la alta y dilatada sierra
al dominar, los euskaros,
á los guerreros más jóvenes,
cual *ganancia ó adelanto*
dieron, como fuerte base
de los futuros estados,
y para que así constara
en los juveniles ánimos
Obarenez, que lo expresa,
á aquellos montes llamaron,
desde Oña y pico de Humion
hasta el Bilibio de Haro.

De allí adelante Castilla
tomó su primer arraigo,
al pié de los Obarenes
por los campos y collados,
y de nuevo fué *cabeza*
para el poder castellano

aquella tierra, cual antes,
cuando el interior poblaron
los celtíberos, *Bureba*
á la comarca llamando;
y en *Burebezca* pusieron
su centro más respetado,
más allá de *Bilde-leia*,
ventana-angosta, en euskaro,
donde hoy Pancorbo se asoma
en el hueco de los altos.

El conde Diego Porcellos
de Castilla tiene el mando,
y contra el moro pelea
en los pueblos burebanos.

Bela Jimenez ocupa
las cumbres del otro lado,
y en el fuerte Cellorigo
el alabés cierra el paso;
aquel sitio inespugnable
que domina extenso espacio,
Zel-uri-go: vigilante,
por escelencia es llamado.

Desde Zaragoza vienen,
las ciudades arrasando,
Abdalla Ben Lupo, el hijo
del rey moro toledano
y Almudar y Abuhalit,
cordobeses afamados,
en las orillas del Ebro
poniendo luto y espanto.

Diego Porcellos acude
por los riscos escarpados,

desde Ontoria hácia Foncea,
y en Larrate aguarda, en tanto
que Bela Jimenez manda
hasta Galbárruri el campo.

A un tiempo euskaldunas fieros,
y valientes castellanos
sobre las gentes de Córdoba
descienden de los peñascos,
y en ruda carnicería
mezclan su sangre en el llano.

Los ginetes andaluces
con furia atajan sus pasos,
y hasta los montes rechazan
á los audaces cristianos.

Intrépidos, por la altura
emprenden terrible asalto
y hasta el fuerte Cellorigo
suben, la muerte sembrando,
desde sus puertas el conde
Bela, se lanza arrojado,
el viejo obispo de Armentia
alza el lauburu en sus manos
y ante su ejemplo, siguiéndoles,
rompen del morisco bando
las filas los alabeses,
mientras que Porcellos bravo,
por la espalda al agareno
causa irresistible estrago.

A todo correr, huyendo
descienden avergonzados,
los caudillos cordobeses
hasta los valles lejanos,

y en las sombras de la noche
se pierden, allí dejando
rico botin y trofeos
que en sus campañas robaron.

Bela y Diego se confunden
en fraternal entusiasmo,
y el triunfo insigne celebran
alabés y castellano,
con las banderas unidas
de Cellorigo en los altos.

Alaba, que allí concluye
y Castilla que ha empezado
allí su reino, orgullosas
se estrechan en un abrazo.

A Arriaga Bela Jimenez
vuelve, en Armentia dejando
de los moros los trofeos
y los bélicos regalos,
que eternicen la memoria
de los alabeses bravos.

Diego Porcellos avanza
de Castilla por los campos,
y en honor de la *Bureba*
funda á *Búrgos* afamado,
cabeza de sus dominios
y del reino castellano,
dándole idéntico nombre
que el Euskalduna vocablo,
y una *cabeza* en sus armas,
como afirmacion, pintando,
que despues *Caput-castellæ*
todos los siglos llamaron.

La Cofradía de Arriaga.



E laureles coronado
don Bela al sepulcro baja,
cuando los últimos años
del siglo noveno pasan.

Los ancianos que gobiernan
la Cofradía de Arriaga,
por pregon, segun costumbre,
juntar la asamblea mandan.

Preciso es nombrar caudillo
ó *conde*, que así le llaman,
que en los negocios guerreros
se encargue de nuestras armas.

Y como es libre en sus leyes
el pueblo, tan noble carga,
al que más títulos tenga
con libertad ha de darla.

Por los revueltos caminos,
que se abren en la llanada
acuden las hermandades,
que están en la tierra baja.

Y por puertos y colinas
los de los valles avanzan

hacia el bosque dirigiéndose,
donde su deber les llama.

Lucua es el bosque famoso,
que en gran trecho se dilata,
de mil encinas poblado
entre Avendaño y Arriaga.

En su descampado centro
se alza vetusta una casa,
con estenso cobertizo
y de asientos rodeada.

Y á orillas del Avendaño,
que sirve al bosque de raya,
está de San Juan la ermita,
en una anchurosa campa.

Tosca verja de madera
tres de sus muros encuadra
y rústico sotechado
la vuelta del templo ampara.

A la placentera sombra
de las encinas aguardan
los que en carros y á caballo
ó á pié á las Juntas llegaran.

Los leales procuradores
que las cofradías mandan,
poco á poco se reúnen
de *Lucua* en la portalada.

Allí están Malizaeza
Gamboa, Ubarrundia, Arrázua,
Barrundia, Iruraiz, Eguilaz
y Andollu representadas.

Allí Langrarez, Murielles,
Divina, Cuartango, Arraya,

Romancero Alabes.



R. Becerra



Ermita de San Juan en el campo de Arriaga.



Fornellos, Añana, Uda
y Gobía y Osingaña.

Allí los lejanos pueblos,
que los nuestros conquistaran
Pancorbo, Obarenez, Ircio,
y Valderejo y Miranda.

Allí están los caballeros
que por su hacienda y sus lanzas
tienen algun señorío
propio, en los lugares de Alaba.

Allí el Obispo de Armentia
acude, al cual acompañan
de Ocoitza, Bujedo y Bér gala
abades de mucha fama.

Y los de Quejo y Bolíbar
Mañarrieta, Albeniz, Gauna,
que el culto en la noble tierra
desde lo antiguo consagran.

Y á tan lucido cortejo,
con bulliciosa algazara,
innumerables familias
sirven de escolta y de guarda.

Que es fiesta alegre y querida,
de San Juan en la mañana
la de *las Juntas*, que el pueblo,
hace en los campos de Arriaga.

Al pié de los altos árboles,
que en corro adornan la estancia
del anciano *Jawn*, justicia
que en la Cofradía manda,
los procuradores toman
asiento, y tras de la alzada

mesa de piedra, que el puesto
de la presidencia marca,
los cuatro jefes se sientan
y el Obispo; abandonada
se vé una silla ostentosa,
á la del Jaun inmediata,
y ante ella, con ricos lutos
cubierta, se vé una espada.

El Obispo se descubre,
el concurso se levanta,
y hácia el templo de San Juan
en órden todos avanzan.

Distingue el altar, de lejos,
la multitud apiñada
y en silencio oye la misa,
que tres sacerdotes cantan.

Despues vuelven *los junteros*
á la asamblea sagrada,
y el anciano Jaun, en pié,
les dirige éstas palabras:

“Puesto que Bela murió,
un conde nos hace falta
que ocupe esta noble silla
y empuñe esta honrosa espada.

Libres sois, y como tales,
con nobleza en la palabra,
decid lo que habeis pensado,
y quién será Conde en Alaba.”

El procurador de Eguilaz,
venerable por sus canas,
por su historia de soldado
y por la hacienda que labra,

en señal de que ha de hablar,
su maquilla el primero alza;

Y dice: "El Conde don Bela
de la estirpe de Guebara,
ha honrado por muchos años
á nuestro pueblo, su pátria.

Deber sagrado es honrarle,
ya, que entre nosotros falta;
yo propongo que el condado
siga en uno de su casa.

Hoy, Sancho Belez su hijo,
contra los moros arraiga
los laureles, que su padre
con nuestros hijos lograra.

Y á quien tal sangre en las venas
tiene, de molde le cuadra
el heredar de su tierra
la jefatura y la espada.

Todos sabeis cuánta gloria
en Aybar, Sancho lograra,
cuando mataron los moros
á los reyes de Navarra.

Al lado del rey García
cayó su infeliz Urraca,
moribunda, sin amparo,
huérfana y embarazada.

Al recojer Sancho Belez
su último aliento, repara
que por la herida del vientre
un niño sus manos saca.

Y las régias vestiduras
rasgando, con hábil traza

á un infante vivo y sano
arrancó de las entrañas.

Huye con él, se retira
á su torre de Guebara,
y allí le oculta, y por eso
Ladron las gentes le llaman.

En su señorial palacio
le educa, y segun la usanza
alabesa, como á un hijo
del campo le viste y calza.

Sancho por nombre le puso,
y las gentes de Nábarra,
que á besar su mano acuden
le apellidan *Sancho Abarca*,
porque el rústico calzado
como nuestros hijos gasta,
mientras su hermano Fortun
luce las régias sandalias,
bajo el nabarro dosel,
como soberbio monarca.

Quien es alabés tan bravo,
y quien á reyes ampara,
como jefe y como padre
nos amparará mañana.”

Nuestra asamblea aplaudiéndole,
dice: ¡Guebara, Guebara!;
y á Sancho Belez, unánime
como nuevo Conde, aclama.

El viejo Jaun, que preside,
en pos del de Eguilaz habla:
“Prudente es, dice, el acuerdo,
porque la amistad arraiga

con los nabarros, que á Sancho
por su valor idolatran.

Con Castilla, por su padre
nos unió amistad sensata,
y así con ambos vecinos
la paz quedará arraigada.

Y si ha de ser nuestro empeño
el quererla y conservarla,
si sólo en contra del moro
se han esgrimir nuestras armas,
busquemos prenda segura
en qué arraigar nuestra calma;
y jamás del castellano,
ni del nabarro la espada
traigamos en contra nuestra,
que sangre que se derrama
en fraternales discordias
á un tiempo aniquila y mancha.

Pues somos pobres y pocos
sepa en todos tiempos Alaba,
conservar sus libertades
respetando las extrañas,
cual lo hacen nuestros hermanos
en Guipúzcoa y en Bizcaya.

En las discordias ajenas,
ellos entre sí las hayan,
á su amistad demos todo,
pero á sus miserias nada.

Y pues Sancho es garantía
de noble paz en Nabarra,
y la de Castilla es noble,
bien está el mando en Guebara,

Antes que dé la asamblea
su sesion por terminada
el viejo Obispo de Armentia
les dirije estas palabras:

“Ya sabeis que por el centro
de nuestra pobre comarca,
el camino de Santiago
de Borunda al Ebro pasa.

De mártires y de santos,
que peregrinos se llaman,
es hoy anchurosa vía,
la que fué imperial calzada.

Y diariamente en las puertas
de vuestras humildes casas,
esos pobres caminantes,
noble socorro demandan.

Ayer á Armentia llegaron,
desde la Francia y Germania,
muchas piadosas familias
que hácia Compostela marchan.

Y los niños y mujeres
que vienen, tan tristes lástimas
miserias y pesadumbres
contaron, que al pueblo espantan.

Yo, de mi pobre peculio
les dí cuanto me restaba,
pero son muchos y es grande
su positiva desgracia.

Para que el Señor bendiga
á las hermandades de Alaba,
coronad esta asamblea
con vuestras amantes dádivas.

Que los pobres peregrinos,
del Apóstol ante el ara,
han de pedir por nosotros
y Dios oirá sus palabras.,,

Y, con la mano estendida,
dejando correr sus lágrimas,
como pidiendo limosna,
el prelado se levanta.

Cien manos con sus ofrendas,
hacia la mesa se lanzan,
en la Junta y á porfía
dinero y joyas regalan.

Y clérigos y guerreros
y labradores y damas
lo mejor de sus comidas
á los peregrinos mandan.

Luego, por la fresca sombra
del bosque se desparraman,
y en mil amistosos corros
sus provisiones despachan.

Suena el tamboril euskaro
al fin, en la hermosa campa,
y junteros y señoras
patriarcal *aurresku* bailan.

Y cuando ya por la noche
en las aldeas cercanas
se recojen, á lo lejos
brillan grandes luminarias.

Que, en Avendaño y Gazteiz
Ari, Betonio y Gamarra,
y de Cigoitia en los altos
y del Gorbea en las faldas

en honor de la asamblea
se encienden grandes fogatas.

Otros tres días las Juntas
en graves sesiones pasan,
en que intereses y pleitos
de las hermandades tratan.

Y nuevos jefes se nombran
de arraigo, talento y canas,
que por otro año gobiernen
la independiente comarca.

En tanto, la fiesta sigue,
y no hay época más grata
que aquella en que se reúne
la Cofradía de Arriaga.



LOS BELAS.

I.

FERNAN GONZALEZ.



ICTORIOSO Sancho Abarca
en las orillas del Ebro
en Sobrarbe y Ribagorza
en Montes de Oca y el Duero,
Con su belicoso espíritu
nunca al descanso sujeto,
cuando á los moros no encuentra,
á Castilla mueve pleitos.

Y de la Rioja y sus montes
el dominio pretendiendo,
hasta en tierra de Bureba
saca el señorial impuesto.

A su lado Sancho Belez,
de Alaba el gran caballero,
en sus empresas le ayuda,
cual le ayudó de mancebo.

Y sin fijarse en el límite
de los prudentes consejos,
que diera la Cofradía
en los negocios guerreros,
los soldados alabeses,
animados por su ejemplo,
en moros y castellanos
enrojecen el acero.

Fernan Gonzalez el Conde,
tiene en Castilla su imperio,
y á los audaces moriscos
pone victorioso freno.

Rechaza de Sancho Abarca
los ambiciosos proyectos
y al campo nabarro envía
de paz, fieles mensajeros,
para que el trato respete
que de antiguo se impusieron.

Abarca con burlas oye
las súplicas y respetos,
y por Castilla adelante
se mete con sus guerreros.

No sufre el Conde Fernan
al nabarro mucho tiempo,
y en los campos de la Rioja
sale animoso á su encuentro.

Triste jornada tuvieron
en aquel día sangriento,
en que Castilla y Nabarra
labraron su propio duelo.

Por sus iras impulsados,
Sancho y Fernan combatieron.

y el buen Conde de Castilla
dejó al rey nabarro muerto.

Defendiéndole con furia,
hasta el último momento,
allí Sancho de Guebara
sin vida quedó en el suelo.

Y el de Castilla, en su sangre
bañado, y de heridas lleno,
á cambio de la victoria
perdió á sus mejores deudos.

Rioja á su poder sujeta
queda, y en Alaba luego
por vengarse de su Conde
va destrozando los pueblos.

No tiene la Cofradía
ningun soldado dispuesto,
porque con don Bela todos
en la lucha perecieron.

Y el de Castilla vengándose
en los alabeses ciego
las hermandades sujeta
al dominio de su acero.

En Gorbea recogidos
los procuradores presto,
á Bela Sanchez, el hijo
de Sancho, el condado dieron.

Fernan en tanto, en Guebara
al palacio pone fuego,
y á sus habitantes lleva
á Castilla, como siervos.

Cuando la fortuna cambia
cambian los hombres perversos,

y los más interesados
son los traidores primeros.

En vano Bela á los ricos,
que á su padre enaltecieron
acude, en sus corazones
no hallan sus palabras eco,
y los que por ser más nobles
debieran dar digno ejemplo,
ante el vencedor humillan
sus frentes, ruines y arteros.

Bela Sanchez á Navarra
lleva á su madre y sus deudos;
y á Fernan y á sus secuaces
jura implacable ódio eterno.

En tanto á Castilla vuelve
el vencedor, y el gobierno
de Alaba en los Sarracinez
y Murielles deja puesto,
y á Munio Munioz y á Arrúmelliz
y Zahageli y á Obeco
Nuñez y á los Godesteos
ricos-homes, que á Guebara
armaron continuos celos,
y que ahora son cortesanos
del castellano altanero,
la guarda y órden confía
del desventurado suelo.

Bajo su amparo y tutela,
como alabeses, siguieron
la Cofradía de Arriaga
en sus juntas reuniendo;
y allí la antigua concordia

quedó rota sin remedio
de Nabarra y de Castilla
ante los bandos opuestos.

Pronto tan ruines discordias
guardan el naciente fuego,
porque á la pátria en peligro
los moros ponen de nuevo.

Abderrahaman desde Córdoba
turba el cristiano sosiego,
y por Castilla sus gentes
avanzan con gran estruendo.

Don Ramiro de Leon
acude al campo el primero,
mientras que Fernan-Gonzalez
demanda auxilio á sus pueblos.

Ansiosa la Cofradía
de Arriaga, toma el acuerdo
de armar á cuantos vecinos
puedan empuñar el hierro,
y de recoger socorros
sin tasa y en breve tiempo.

Las banderas alabesas
cruzan de Castilla el puerto,
y en Búrgos, ante su Conde,
prestan su leal juramento;
con él parten, á los campos
por donde circula el Duero
y al llegar, el rumor oyen
del combate, desde lejos.

Es en Simancas: la tarde

avanza en aquel momento
en que el rey Ramiro vence
á Abderrahaman altanero.

Las orillas del Pisuerga
cubren millares de muertos
y el espanto irresistible
cunde en el campo agareno.

Tardío Fernan Gonzalez
parece añadir su esfuerzo,
mas su llegada, aun tardía,
produce el triunfo completo.

Los nutridos escuadrones
moriscos, que van huyendo,
alcanza, el paso cortándoles
en el instante postrero.

Y en fiera carnicería
á sus valientes metiendo
al ejército morisco
deja perdido y deshecho.

Allí los hijos de Arriaga
cuales son cumplen, cual buenos,
y en tan insigne victoria
brillan entre los primeros.

Paga la sangre alabesa
á la pátria el noble impuesto,
en defensa de su gloria
y su libertad corriendo.

A la pobre tierra vuelven
la mitad de los que fueron
y en Armentia y en Arriaga
cuelgan sus nobles trofeos.

II.

LOS DOS CONDES.

Grande alboroto de gentes
las hermandades trastorna
y á la lucha se preparan,
que Bela Sanchez provoca.

Contra Fernan sus rencores
mueve, pues diz que le tocan
de Alaba el mando y Guebara
con sus rentas y personas.

Apoyo á sus tentativas
presta Nabarra celosa
y auxiliares y dinero
le envian desde Pamplona.

En Iruraiz y Barrundia,
de Elguea en la falda toda
y en Arraya y en el llano
muchos su partido toman.

En la primera embestida
de su empresa belicosa,
de Guebara, á los del Conde
Fernan Gonzalez, arroja.

En cuánto Bela aparece,
temor sus émulos cobran,
y el auxilio de Castilla
sin perder momento imploran.

Rápido Fernan Gonzalez
de Alaba el camino toma,
y de Divina y Murielles.

por las gentes envidiosas
ayudado, en breve tiempo
y con aguerridas tropas
á los de Bela deshace
en los campos del Zadorra.

El Conde alabés su enseña
sobre Guebara tremola,
y por el número ahogado
su castillo desaloja,
y entre las peñas de Elguea
huye á ocultar su derrota.

Desde aquellas cumbres mira
las escenas espantosas
de venganza, con que el Conde
de Castilla al pueblo azota,
y vé cuál arden las casas
y cómo las gentes lloran
y cómo se mancha el suelo
con la sangre generosa.

Irritado, busca á un pobre
monje, que en las peñas mora,
y con él al castellano,
que sus estados destroza,
con sangre escrita, le envía
esta epístola animosa:

“Bien paga mi pobre tierra,
con la ira que te deshonra,
los servicios de mi padre
á la nabarra corona;
y bien pago yo, menguado,
de su sucesion la gloria
y el condado que me dieron

y que tú, ladron, me robas.

La fuerza, y no la justicia
en tus miserias te abonan,
y es muy justo que yo fuerte
con mi derecho, me oponga.

Sin alabeses traidores,
que te sostienen ahora,
ni en Alaba, ni en Castilla
lográrás tantas victorias.

De ellos y de tí el dolerme,
sería honraros de sobra
que el ladron y los traidores
á los que combaten, honran.

Sólo en Alaba un *Ladron*
hubo, que logró en buen hora,
robar un rey á la muerte
y entregarle su corona.

Pero traidores,... jamás
hubiera, si tus victorias,
á la envidia de unos pocos
no diera alientos ahora.

Por la desgracia vencido,
una mirada amorosa
dirijo á mi pueblo y veo
cómo en su dolor te gozas.

Y ante tamaña desdicha,
por la sagrada memoria
de mi padre, yo te juro
que de sangre, ni una gota
por mí ha de verterse en Alaba
de hoy más, en pró de mi honra.

Con la fuerza he de buscarte

en Castilla donde moras,
y en tu casa y en los tuyos
tomaré venganza pronta.

No he de volver á Guebara
mientras en Búrgos no ponga,
sobre tu infame cadáver
mis piés, tras de la victoria,
y mientras los castellanos
no hayan pagado con otras,
de los pobres alabeses,
las lágrimas afrentosas.

Y la sangre de tus hijos,
si acaso la tuya es poca,
responderá con el tiempo
de tus infamantes glorias.

Sé que al dejar esta tierra
y la fé que aquí se adora,
brios me dará el infierno
para consumir mi obra.

Pues conste, que á mí el perder
pátria y fé, nada me importa,
á cambio de que tú pierdas
trono, vida, casa y honra.„

Despues, á Navarra parte
con su mujer doña Toda
y sus gentes: cruza el Ebro
y llega iracundo á Córdoba.

De Abderrahaman poderoso
la amistad y amparo cobra,
y al frente de la morisma
cual caudillo se coloca.

Con Almanzor en Castilla,

de su venganza espantosa,
deja sentir el castigo
y al Conde Fernan provoca.

¡Miseró!, en su infausto acuerdo,
que la fé y pátria deshonra,
entre desastres y triunfos
jamás sus deseos logra!

En los combates primeros
sufre sangrientas derrotas,
que ni amedrentan su ánimo,
ni su horrible saña doman.

Y con Almanzor, cien veces
furioso á Castilla torna
y entra en Sepúlveda, en Dueñas,
en Simancas y en Zamora.

Del Conde Fernan, ya viejo,
los propósitos malogra,
y sus triunfos son pesares,
que de aquel la vida cortan.

Su hijo García Fernandez
ciñe la condal corona,
y en contra suya animoso
Bela su furor agota.

Al rey don Bermudo ataca,
á orillas del rio Estola
y con Almanzor triunfante
de Leon su corte, le arrojan.

Contra el de Búrgos revuelve
y en su ira y venganza locas,
sus juramentos cumpliendo,
campos y pueblos destroza
y caen ante sus furores

Atienza, Berlanga y Osma.

Más tarde, pudo animoso
 en su retiro de Córdoba,
 mover al fiero Almanzor
 de los leoneses en contra:
 hasta que, á miseria tanta;
 en Caltañazor la hora
 llegó, cuando el Rey Bermudo
 logrando insigne victoria,
 hundió el poder de los moros
 con su espada poderosa.

III.

EN LEON Y EN MONZON.

(1029)

MUE horrores y de venganzas
 en su dilatada vida,
 en la córte cordobesa,
 crió Bela á su familia.

En su mujer Toda tuvo
 tres retoños de sus iras:
 Rodrigo, Diego é Iñigo,
 de eterna fama tristísima.

Desde la cuna mamaron
 hiel y horror contra Castilla,
 repitiendo el juramento
 de la venganza maldita.

Contra Fernandez el Conde,
 arma don Sancho García

su hijo, entre los castellanos
rebelde y sangriento cisma.

Desde Córdoba los Belas
tales disturbios atizan,
y en Clunia y en Santisteban
á los cristianos dominan.

Sus gentes Fernandez mueve
y en desventurada lidia
preso por los moros, pierde,
con la corona, la vida.

Sancho, el condado recoje,
y con Zulema hace liga
cuando el tirano Almahadí
en Córdoba el trono quita
á Hissen, y en récia batalla
en medio de Andalucía,
el usurpador destroza
alzando á Hissen por califa.

Allí, al lado de los Belas
pelea, y el pacto firman
de paz y olvido, y con él
vuelven los tres á Castilla.

Como prenda de concordia
Rodrigo Bela apadrina,
en Búrgos al primer hijo
que tiene Sancho García.

Vueltos á Guebara, en paz
las domésticas delicias
gustan, en su tierra propia,
para ellos no conocida,
y de sus haciendas llevan
el gobierno, y les envian

los pueblos con sus poderes
de Arriaga á la Cofradía.

Con aplauso de los suyos
las pretensiones antiguas
renuevan, y se proponen
cuando don Sancho en Castilla
muera, el encargo de Conde
restaurar en su familia,
á Rodrigo concediendo
investidura tan digna,
y que el señorío de Alaba
en un alabés prosiga,
segun la razon lo ordena
y segun costumbre antigua.

Muy pronto en las hermandades,
aun secreta, la noticia
corre, y se repite en Búrgos
tambien á los pocos dias.

Con pacífico aparato
á Guebara se aproxima
don Sancho y muy obsequioso
fingiendo casual visita,
de los Belas se apodera
y á abandonar les intima
la comarca, asegurándoles
que en ello les vá la vida.

A rechazar belicosos
tal atentado se animan,
y al intentar la defensa,
cuando hácia los suyos miran,
ven de su propio castillo
tomadas las avenidas,

y entre hierros, á los suyos,
en las castellanas filas.

El camino de Bizcaya
toman aquel mismo dia,
renovando el juramento
en su triste despedida,
de tomar fiera venganza
en la sangre de Castilla.

En la corte de Leon,
de la de Sancho enemiga,
se acojen, y la discordia
desde aquel momento agitan.

A poco, Sancho fallece
y su condado, García
su hijo, aún muy jóven, hereda
para su propia desdicha.

Entre los reinos cristianos
para firme garantía
de la paz, forman los reyes
de enlace fraternal liga;
el de Nabarra don Sancho,
cuñado de don García,
para éste, del de Leon
á la hermana solícita,
y doña Sancha, la infanta,
por el nabarro pedida,
accede, porque ha de ser
reina y condesa en Castilla.

Eterna paz se vislumbra
tras de la union convenida,
la boda se acuerda, y quieren
celebrar fiestas magnificas.

Nabarroos y castellanos
juntos á Leon se encaminan,
á su rey y al novio Conde
dando régia compañía.

Vuela el Conde enamorado
á ver á Sancha querida,
dejando al rey de Navarra
que al paso el camino siga.

En sus amores fiado,
sin armas, ni comitiva
al alcázar de Leon
llega afanoso García.

A recibirle, las gentes
acuden tambien solícitas
y todos besan su mano
en señal de cortesía.

Tambien los Belas acuden,
mostrando amistad fingida,
y ante el Conde castellano
doblan los tres la rodilla.

A la ciudad le acompañan,
mientras la venganza mísera
oculta late en sus pechos,
y animosos la acarician.

Siempre consejera infame
del corazon fué la ira,
é infame fué siem pre el fruto
de la venganza maldita.

Confiado el Conde sale
en una mañana á misa,
y el aparato de fiestas
que Leon ha dispuesto, mira.

Ante las puertas del templo
grande confusion se agita,
por rivales disensiones
entre Nabarra y Castilla.

Entre el tumulto, Rodrigo
Bela, su espada homicida
hunde en el pecho inocente
del infeliz don García.

Iñigo y Diego secundan
los golpes, y prevenidas
otras gentes, á los nobles
que le siguen, acuchillan.

Entre el estupor y espanto
que á aquella ciudad contristan
los Belas, sin perder tiempo
toman preparada huida.

Y en tanto el rey de Nabarra
á la ciudad se aproxima,
dispuesto á lucir sus gentes
en las fiestas convenidas.

Profunda pena en la córte
encuentra en tan triste dia,
y ante el cadáver del Conde
reyes y pueblos desfilan.

A los fieros asesinos
busca, don Sancho, enseguida,
mientras con espanto cunde
por los pueblos la noticia.

En las cuestas de Monzon,
del Carrion sobre la orilla
en imponente castillo
Fernan Gutierrez habita.

Ni el leonés, ni el castellano
tal fortaleza dominan,
y su independiente dueño,
del rey nabarro á la vista
rindióle atento homenaje
cuando hácia las bodas iba.
En él los Belas encuentran
al huir, fuerte guarida,
que en la amistad de Gutierrez
sin escrúpulo confían,
ya que á los tres fugitivos
con el asilo convida,
mientras que traidor, á un tiempo,
al rey, que allí están, avisa.

En succulento banquete
por los alabeses brinda,
y en lo mejor de la fiesta
que ricos vinos animan,
sorprendidos, á don Sancho
entrar en la estancia miran.
Con el espanto en los ojos,
sus espadas recogidas
buscan, y al cielo maldicen
por tan negra felonía.

Sobre ellos los vengadores
nabarros, su acero agitan
y con fuertes ataduras
sus brazos y piernas ligan.
Del castillo ante la puerta,
y del pueblo ante la vista,
con haces de leña encienden
los soldados una pira;

en el monton espantoso
de las brasas encendidas
vivos, á los tres hermanos
sin compasion precipitan,
y del humo entre las nubes,
que sobre las áscuas gira
mísero desaparece
el aliento de sus vidas.

Siempre inmunda consejera
del corazon fué la ira,
é infame y mísero el fruto
de la venganza maldita.



LA VARONA

(1110)



RES jóvenes caballeros
al frente de sus leales,
de la torre y casa ilustre
del campo de Villanañe
que á orillas del Omecillo
alza sus fuertes adarbes,
con direccion á Castilla
en son de pelea salen.

Gomez Perez y Albar Perez
con su hermana, altivos parten
hácia Búrgos, donde Alonso,
con doña Urraca su madre,
reunen los caballeros
que se animan á ayudarles
á combatir de Aragon
al rey Alonso indomable.

Siempre á María su hermana
en el retirado valle
dejar quisieron, al ir
á buscar nuevos combates;

pero es brava la alabesa,
y como en sus venas arde
el valor, que desde niña
cazando en las soledades
adquirió, y como las armas
manejar valiente sabe,
con sus hermanos resuelta
tambien á la guerra parte.

Una entramada loriga
guarda su pecho admirable,
y sobre ella, régia cota,
que un cingulo ciñe al talle
y que á los gambeles llega,
forman su guerrero traje;
de todas armas provista
un potro de noble sangre
monta, la lanza blandiendo,
y en su casco flota al aire
blanco cendal, que sus manos
convirtieron en encaje.

En Búrgos, ante la reina
llega María arrogante
y ni órdenes ni consejos
su ardor bélico deshacen.

En busca del de Aragon
y por Castilla adelante
con las tropas burgalesas
marchan los de Villanañe.

En los campos de Paredes
de Atienza llamados ántes,
con la gente aragonesa
traban reñido combate.

Dudosa anda la fortuna
en los dos campos rivales,
y ni Aragon retrocede,
ni Búrgos pasa adelante.

Entre el fragor de la lucha
María animosa invade
del enemigo el terreno,
de una sierra á la otra parte.

Y como con la celada
lleva cubierto el semblante
la dama, por un guerrero
la toma Alonso al mirarle.

“¡Sólo á mí, con este loco,
dice el monarca, dejadme,
que he de matar como á un perro
á quien se atreve á buscarme!”

Y sólo, con furibundo
ímpetu corre á estrellarse,
contra el escudo bizcaino
que aquella amazona trae.

Pronto los lanzones saltan
en astillas por el aire,
y enfurecidos se buscan
con sus aceros brillantes.

Tras de prolongada lucha
María de un golpe parte
el yelmo de Alonso y logra
de su caballo arrojarle.

Entónces, su rota espada,
sobre el rey vencido abate,
mientras sus bravos guerreros
acuden para auxiliarle.

En pié Alonso, los detiene
y con resignado alarde
su espada ofrece al guerrero,
que ante él, de rodillas cae.

—“Quien quiera que seas, dice
Alonso, tu honor es grande;
toma mi espada y consévala
ya que pudiste matarme;
en tu escudo, de mi reino
pon las armas, quiero honrarte
en señal de la pelea
de tu sangre con mi sangre.”

La visera de su casco
alza María arrogante,
y una exclamacion de asombro
se eleva por todas partes.

“¡Una mujer! ¡una dama!”,
dicen todos, admirándose,
y Alonso en su blanca mano
dá un ósculo respetable.

Tregua en los campos se acuerda,
de la lucha al caer la tarde,
y las gentes castellanas
el caso heróico saben.

Repiten sus parabienes
á la heroína triunfante
el conde don Gomez bravo,
Pedro Ansurez venerable
y el de Lara, de Castilla,
los caudillos principales.

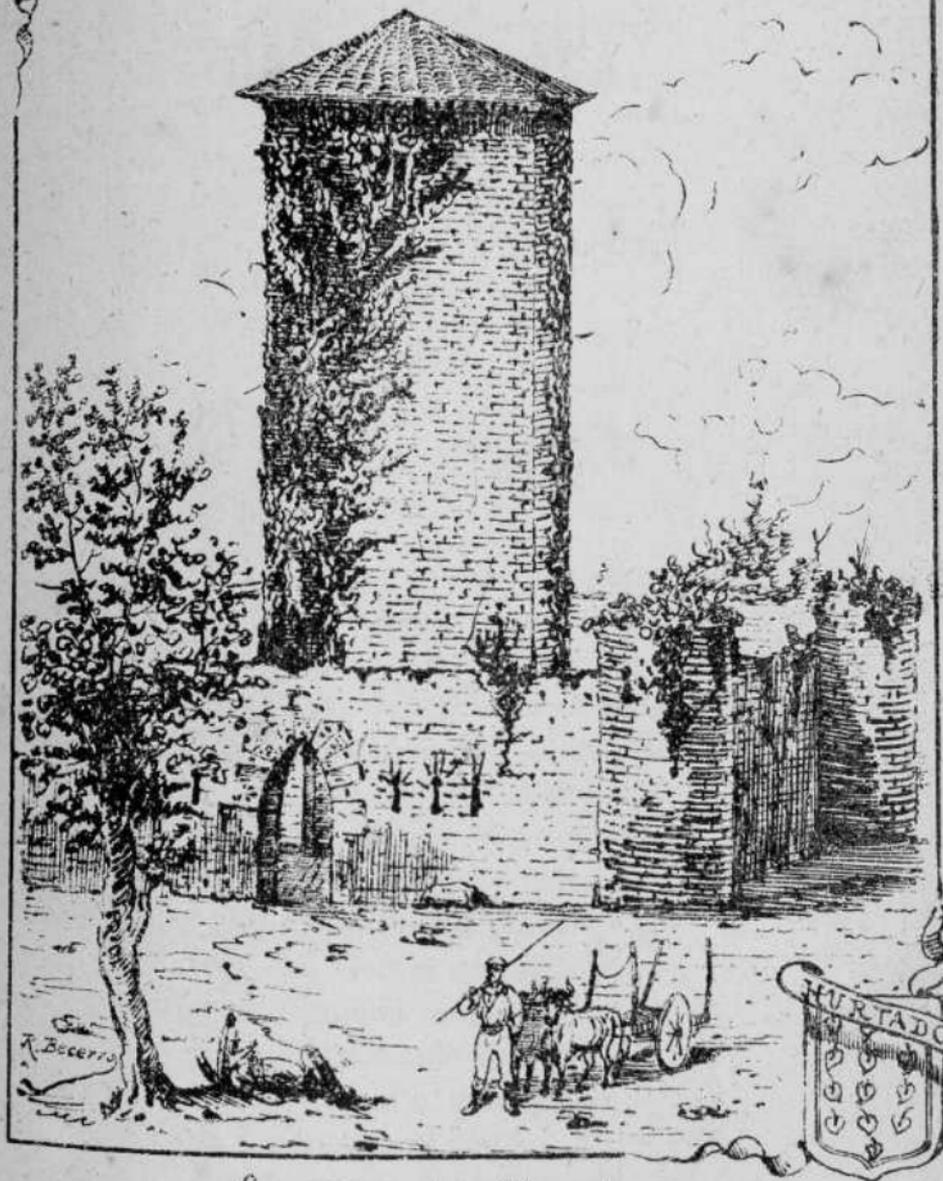
Desde aquel tiempo, en la torre
famosa de Villanañe,

en recuerdo de la dama,
que cual *varon* formidable
se portó, todos los hijos
que de tal familia nacen,
Varonas son de apellido,
segun hubo de acordarse
por los reyes de Castilla
en memoria del combate,
y el campo de la victoria
tambien de *Varona* llámase.

El escudo que aún ostenta
la casa, las armas trae
de Aragon, con las antiguas
del nombre de Villanañe
y sobre ellas, de María
se alza el busto, y en el aire
rota la espada se eleva,
cual la sacó del combate
la noble dama, famosa
al través de las edades.



Romancero Alabés.



Castillo de Mendoza.



DOÑA URRACA.

I.

EL CONDE DON GOMEZ.

(1114)



CARIOS ginetes guerreros
marchando á paso veloz,
hácia Alaba se dirijen
con don Gomez su señor,
el Conde de Candespina,
que en Castilla se llamó,
y que en la Córte, el primero
es por su hacienda y valor.

En medio de los ginetes,
y de don Gomez en pos,
sobre regalada mula
y en paramentado arzon,
vá una doncella, guardando,
de sus mantos al calor,
á un niño, que con sus besos
y sus cantares durmió.

Cruzan el Ebro y la Oca,
de Baraya en direccion,
y cuando llega la noche
pasan por el interior
de una aldea, se detienen,
y, ante un viejo caseron,
cuyo techo, en otros tiempos
amparo y sosiego dió
á los fugitivos reyes
de Astúrias y de Leon,
el Conde á su dueño llama
con suave y amiga voz.

Dá paso á los caminantes
el anchuroso porton,
y á la luz de las antorchas,
el viejo hidalgo y señor
que en la casa les aguarda,
con viva satisfaccion,
sus brazos tiende á don Gomez,
que éste estrecha con amor.

Cariñosas, varias damas,
llegan, en torno á los dos,
á las que muy complacido
hace su salutacion
el Conde, y quienes, solícitas
á la mujer que llegó
toman el niño, y mirándole
con indecible ilusion
le besan, haciendo elogios
de su rostro encantador.

Pronto reparan que lleva,
de su faja en el crespon,

un escudo, que con arte,
magistral mano bordó,
y que las armas ostenta
de Castilla y de Leon.

En larga plática el Conde
casi la noche pasó
con el hidalgo alabés,
y antes de salir el sol,
con sus gentes, y llevando
tambien la doncella en pos,
hácia el Ebro y la montaña
sin detenerse partió.

A la reina doña Urraca,
en oportuna ocasion,
y con buscada prudencia,
y con reserva mayor,
vé don Gomez, y amoroso,
con entrecortada voz,
cuenta su viaje, diciéndola
que en buen seguro dejó
al niño, que en sus amores
debió la vida á los dos.

Y en breve, cuando altanero
don Alonso de Aragon
de Urraca esposo, sus iras
contra la reina mostró,
en alas de la discordia
de su maldecida union,
don Gomez leal y valiente
por su Reina, y por su amor,
jurando dejarla viuda
ó no volver más, sinó,

contra su pecho abrazándola
 la dice su triste adios;
 y juntando sus valientes
 bajo el morado pendon,
 animoso se dirige
 á buscar al invasor,
 que en son de guerra en Castilla,
 faltando á su esposa, entró.

En los campos de la Espina
 de la batalla el horror
 se traba, y allí don Gomez
 ante la suerte feroz
 que á don Alonso acaricia
 alzándole vencedor,
 busca animoso la muerte,
 que como bueno encontró.

II.

FURTADO

(1124)

En mil ciento veinticuatro
 entre los años se cuenta,
 y el emperador Alfonso
 en Leon y Castilla reina.

A doña Urraca, su madre,
 en Leon reduce y sujeta,
 y un pacto de paz y apoyo
 con sus parciales celebra.

Por él, del reino se aparta
la destronada princesa,
á la que siempre perdieron
el amor y la belleza.

Con algunos servidores
y considerables rentas,
busca en Alaba el refugio,
que ofrece la noble tierra.

Aquí, en la paz del retiro
aún su corazón conserva
un ídolo, el hijo hermoso
de aquel á quien más quisiera.

Y si su gloria y su vida
dió el conde Gomez por ella,
que á tal deuda corresponda,
á su hijo adorando, es fuerza.

Con sus gentes se establece
del Zadorra en la ribera,
en el barrio de Mendibil,
que de Mendoza está cerca.

Por los vestidos del pueblo
su rica ciclada trueca,
y gasta las blancas tocas
que las casadas ostentan.

Aquel tocado alabés
sustituye á su diadema,
y más encantos añade
á su admirable belleza.

Es consuelo de los pobres
en la comarca alabesa,
y nunca sale llorosa
la desgracia de su puerta.

En hilar el rubio copo
cual las demás se recrea,
y en el templo, largas horas
vertiendo lágrimas, reza.

A caballo ó á pié firme,
seguida de sus doncellas,
recorre pueblos y campos
del Zadorra en la ribera.

No se olvida en sus paseos
de ir á menudo á la aldea,
donde el hidalgo á aquel niño,
de don Gomez recibiera.

El viejo, el formal secreto
de su alto origen conserva,
que ántes que arrancarlo alguno,
le habrán de arrancar la lengua.

Como de pobres y ricos
en todas las casas entra,
Urraca, á nadie le extraña
en casa del viejo el verla.

Y cuando, á menudo, á solas
con aquel niño la dejan,
á sus locuras de madre
con entusiasmo se entrega.

En sus ojos se extasia,
contra el corazon le aprieta,
“¡hijo!,” le llama, y sus ojos
con tierno frenesí besa.

¡Ah!, las horas que á su lado
pasa con harta cautela
bálsamo son, que amoroso
sus amarguras remedia.

Y por cada vez que logra
besar su hermosa cabeza,
y oír sus dulces palabras
diez años de trono diera.

Por encargo de don Gomez,
y de acuerdo con la reina,
Fernando al niño llamaron
al bautizarlo en la aldea.

Y el mundo, vé que con galas
le cuidan y le recrean
y que el hidalgo se engrie
en orgullo y en hacienda.

Y con envidia las gentes
al feliz niño contemplan,
y robado le suponen
de cuna altiva y egrégia.

Y le apellidan *Furtado*
las buenas y malas lenguas,
y presto por ese mote
se le conoce en la tierra.

Unos de sobra murmuran,
otros los cuentos comentan,
y todos los labios callan
al referirse á la reina.

A saludarla, á Mendibil
se dirigen con frecuencia
las más ilustres familias,
con cariñosas ofrendas.

La Cofradía de Arriaga,
cuando sus Juntas celebra,
noble comision le envia
en nombre de Alaba entera.

Y don Ladron de Guebara,
que es ahora Conde en la tierra
con Urraca de Amorabio
su esposa, en Mendibil entra.

Consejero es á su lado
Fortunio, Obispo de Armentia;
y allí desde Villanañe
los Gomez famosos llegan.

Su hermana, aquella Varona,
que á Alonso venció en la guerra,
es de Urraca, amante amiga
y constante compañera.

Lope Iñiguez, el de Llodio,
de cuándo en cuándo se acerca
á Mendibil, y la mano
de la destronada besa.

La insigne doña María
Lopez, la rica heredera
del bravo Lope Gonzalez,
que en Oro y en Magnarrieta
y en Estibaliz sostiene
monasterios, fortalezas
y numerosos vasallos,
y diez pueblos en hacienda,
es de la infeliz Urraca
amiga, criada y dueña.

A la casa de Salcedo,
que antiguo renombre lleva
en la montaña, María
de Arangutía representa,
y con Galindez su hijo
á menudo vé á la reina.

Y los señores guerreros,
que en Divina, y Arlucea,
Estíbaliz, Buradon,
Záitegui y Zaldiaran cuentan
con el personal dominio
de otras tantas fortalezas,
cuando por Mendibil pasan
jamás de acercarse dejan,
á saludar á la madre
del que allá en Castilla impera.

Con afan tan cariñoso
distingue la noble tierra
á la pobre refugiada
que buscando paz viniera.

Mas, á la calma sucede
en su corazon la guerra
cuando de Castilla acuden,
y su espíritu atormentan
turbulentos partidarios,
que ambiciosos la aconsejan
que entre su esposo y su hijo
trabe de nuevo la guerra.

A Mendibil abandona
de repente y con reserva,
y tras de los suyos marcha,
para encender la contienda.

Con misteriosos relatos
cunde la increíble nueva,
cuando las gentes se ocupan
de su inesperada ausencia.

Quienes dicen, que está loca
y que un castillo la encierra;

otros que ha sido robada,
y otros que fué penitenta.

Otros en cambio, propalan
que oculta en Alaba queda,
y aventuras misteriosas
por todas partes se cuentan.

Y cuando al fin, de su muerte
corre la noticia cierta,
ó que reventó en Leon
en pago de su impureza,
ó que en los pueblos de Campos
llegó á desventura extrema,
ó que triunfante el demonio
cargó á la postre con ella,
repite el pueblo, asustado
en sus sueños y quimeras,
dando crédito á los cuentos,
que su fantasía inventa
y llegando á hacer famoso
su nombre en toda la tierra.

Las gentes de Aramayona
en su ilusion, suelen verla
cuando desde Amboto á Aitzgorri
en los crepúsculos vuela,
dejando un surco de chispas
en la atmósfera serena.

Otros en las ondulantes
luces, que en la oscura sierra
misteriosas aparecen,
dicen que anda su alma en pena.

El rey su hijo, allá en Leon
en San Isidoro, eleva

suntuoso sepúlcro á Urraca,
dentro de la cripta régia.
Y la estatua que decora
su tumba, y que su belleza
retrata, como recuerdo
de su existencia postrera,
en la cabeza el tocado
tiene, en vez de la diadema
que aún al morir ostentaba,
cual las damas alabesas,
por cariño á su Furtado,
y en memoria de esta tierra.

Y en Avila, que poblara
el esposo de la reina,
conde Ramon de Borgoña,
á Urraca se vé en la puerta
de la catedral; (del Conde
colocada á la derecha,)
y tambien las pobres tocas
ceñidas á la cabeza,
con su pico hácia adelante,
cual en Alaba se llevan,
muestra la reina infelíz
en memoria de esta tierra.



ESTIBALIZ.

(1138)



ENTRE Oreitia y Argandoña,
y sobre verde colina,
suntuoso templo se eleva,
que de lejos se divisa.

Es monasterio y castillo
y bajo su mole altiva,
los alabeses celebran
mercados y romerías,
que en fama y concurso igualan
al mercado de Divina.

Desde lo antiguo, la altura
que se extiende al mediodía
y que de Añua y Villafranca
y Andollu el campo domina,
fué de pleitos y combates
siempre la obligada liza.

Allí, ante jueces y pueblo,
los insultos y rencillas,
en sangrientos desafíos

se pagaron con la vida.

Del templo, bajo la nave,
que tres ábsides limitan,
ferviente culto á los santos
rinde la gente á porfía.

Allí la Virgen de Estíbaliz,
sentada en dorada silla,
al pueblo en sus desventuras
y en sus triunfos patrocina.

Y cuando su apoyo implora
de Arriaga la cofradía,
piadosos hasta las Juntas
la llevan en rogativa.

Un Conde el castillo guarda;
y la iglesia es de la ínclita
María López, de Lope
de Arzamendi, única hija,
y del señor de Bizcaya
don Diego de Haro sobrina,
que en Angunciana, muy cerca
del noble prócer, habita.

Viuda, y en amor de Dios
y por su gloria inducida,
cede á los monges de Nájera
cuanto en Alaba domina.

Bajo el poderoso amparo
de la opulenta abadía
pronto se eleva en Estíbaliz
nueva construcción magnífica
y en su fachada y sus naves
y en sus tres ábsides brillan,
historiados capiteles,

ajedrezadas cornisas,
fustes con cables y flores,
archivoltas esculpidas,
canecillos figurados,
y santas alegorías,
que el románico arte forja
con su inspiracion artistica
en el período florido
de su rica fantasía,
allá en la altura formando
la más hermosa basílica,
que en nuestra humilde comarca
vieron las gentes sencillas.



VICTORIA

I.

GAZTEIZ

(1180)



A cofradia de Arriaga
en gran conmocion está,
porque en dos opuestos bandos
se dispone á pelear.

Volvieron aquellas luchas,
que perturbaran la paz
por si Castilla ó Nabarra
aquí su mando tendrán.

Diego López de Guebara,
el Conde alabés actual
al nabarro Sancho, *el Sabio*,
entusiasta apoyo dá.

Quiere aquí el rey sus dominios
contra Castilla avanzar
y en los alabeses llanos
imponer su nombre audaz.

Por el nabarro levanta

su voz Diego, al declarar
 que de *Gazteiz* en la cumbre
 una villa formará,
 para vanguardia del reino,
 fuerte y noble hasta no más
 que ha de ser contra Castilla
 atalaya principal.

Contra el de Guebara se alza,
 sus razones á atajar,
 Lope de Mendoza y dice:
 “Que esté *Gazteiz*, cual está;
 porque á Alonso el de Castilla
 notorio insulto se hará
 si permiten al nabarro
 sus dominios dilatar.”

Despues Furtado de Záitegui
 dice: “Que ejemplo es fatal
 el permitir á los reyes,
 que en perpétua guerra están,
 el tener dentro del llano
 torre, villa ni ciudad,
 que de nuestra Cofradía
 amengüen la libertad.”

Borrascoso clamoreo
 oye Furtado detrás,
 y á duras penas la Junta
 vuelve á la tranquilidad.

Seis dias el juicio dura,
 y por no discutir más
 á la votacion acuden,
 que el caso decidirá.

Votan con Mendoza algunos,

Romancero Alabés.



Templo de Estibaliz.



con Záitegui pocos van
y por el rey de Nabarra
con Guebara votan más.

Gazteiz, de la Cofradía
presto de ser dejará
y en sus muros el pendon
de Nabarra ha de ostentar.

Así lo deciden muchos,
por cierto, al querer su mal,
que un rey entre un pueblo libre
lobo entre ovejas será.

A Pamplona los heraldos
de la Cofradía van,
la aceptación de sus planes
al rey á notificar.

Y satisfecho don Sancho,
urgentes órdenes dá
para que á Gazteiz acudan
sus gentes á trabajar,
y el alto recinto amplien
y aumente la vecindad;
otorgando nuevos fueros,
que en la villa gozarán,
cuantos desde fuera acudan
y cuantos la habitan ya.

A Armentia muchos vecinos
se disponen á dejar,
y en Gazteiz buscan morada
y el fuero que el rey les dá;
desde Adurzaha y Ollárizu
tambien acuden los más,
de Reztia, Doipa, Sarriácuri,

Betriquiz y San Roman
casi el vecindario todo
á la nueva villa vá;
y se despueblan y pronto
sus nombres se han de olvidar.

En cambio, los que prefieren
de Alaba la vecindad,
á Abendaño y á Mendoza
y Ariniz con pena van,
abandonando á Gazteiz
para no volver jamás.

Restáuranse con empeño,
el recinto al renovar,
dos templos y fortalezas
que al norte, y al sur están,
y otra iglesia se levanta
en el campo principal,
que Villasuso en la falda
de su poblacion tendrá.

Un dia, cuando las obras
hácia su término van,
don Sancho, desde Logroño
viene el dominio á tomar.

Con él llega Diego López,
y en su cortejo además
Gomez, Conde en Buradon,
Muñoz, en Treviño igual,
Español en Arlucea
de la misma dignidad
y Pedro Belez Guebara
vienen, el pacto á firmar.

Por él Gazteiz, al perder

la alabesa libertad,
las mercedes de un monarca
estraño, habrá de gozar.

Con la independencia el nombre
pierde, pues don Sancho dá
el de VICTORIA á la villa
su posesion al tomar,
para que augurio dichoso
sea por siempre jamás
de sus triunfos, en las guerras
que con Castilla tendrá
y porque Victoria insigne
es el poder presentar
en Alaba al enemigo,
dominio tan principal.

II.

ABENDAÑO.

ENTRE Victoria la nueva
y entre el antiguo Abendaño,
de nabarros y alabeses
parte un riachuelo el campo.

Si alguna vez de sus muros
se apartan los vitorianos,
de sus vecinos reciben
insultos y saetazos.

Y cuando la noche oculta
del enemigo los pasos,
incendian lo que la villa

fuera del recinto ha alzado.

Pedro Ramirez, caudillo
en Victoria, del Nabarro,
en Arriaga á los cofrades
repite su queja en vano,
pues aunque la Junta dicta
de paz consejo sensato
los rivales de Victoria
de la Junta no hacen caso.

En Pamplona, y ante el rey,
se quejan los victorianos
á la sazón en que encuentran
en un jardín á don Sancho.

Por toda respuesta, saca
su acero el monarca airado,
y de un mandoble la copa
de un lindo arbusto cortando:
—¡Así habeis de obrar—les dice,
y de súplicas dejaos,
que sólo el hierro y la lumbre
corrijen á los malvados!.,,

En la villa se disponen
á obedecer tal mandato,
y con gran reserva aguardan
otro insulto de Abendaño.

En oscura noche salen
muchos de la villa armados;
la cuesta de Aldabe bajan,
cruzan el angosto llano,
y en la aborrecida aldea
entran á degüello y saco.

Al resplandor del incendio

y mientras toca á rebato
de San Martín la campana,
á otras aldeas llamando,
á los vecinos sorprenden
los furiosos victorianos,
y ni uno con vida dejan
en aquel horrible asalto.

Al amanecer, las gentes
de los pueblos inmediatos.
al acudir asustadas,
ven con indecible espanto
entre montones de escombros
encendidos humeando,
y entre lagunas de sangre,
los despojos destrozados
de los que ayer componian
el guerrero vecindario.

Nadie jamás se atrevió
á repoblar aquel campo
y sólo el río y la ermita
nos recuerdan á Abendaño.

III.

LA CARTA AL ZADORRA.

(1199)

TRISTES lutos en Castilla
y en Alaba el pueblo lleva,
desde que Alonso, el octavo
dió en Alarcos la pelea.

Allí la gala y la flor
de la cristiandad murieran,
y no hay casa que no sufra
de tal jornada la pena.

Con don Lope de Mendoza
la Cofradía á la guerra
mandó á cuantos alabeses,
por su voluntad se fueran.

Y con Diego Lopez de Haro
Bizcaya y Rioja sus fuerzas
dieron al rey de Castilla
y se perdieron en ella.

Sancho *el Fuerte*, de Navarra,
quedó sin ir á la guerra,
y los Guebaras con él,
y Victoria, al rey sujeta.

Ante tan duro abandono
crecen las iras eternas
entre Mendoza y Guebara,
en la malograda tierra.

Y tambien los ódios crecen
entre los reyes, y apresta
su venganza el de Castilla
que el de Haro, con furia alienta.

Con el de Aragon se entiende,
y distribuirse acuerdan
á Navarra, y poderosos
por dos extremos la cercan.

El aragonés invade
Roncal, Aybar y Sangüesa,
y Alonso, con Diego Lopez
pasa de Alaba á la tierra.

En los fuertes de Treviño,
Zaldiaran y Arganzon entran,
la Cofradía les sigue
y los Mendozas con ella.

Victoria, la deseada,
la fuerte, en el centro queda,
luciendo sobre sus muros
de Navarra la bandera.

Pedro Ramirez el bravo,
se prepara á la defensa,
cuando Alonso con bizcainos
y castellanos la asedia.

Por todas partes la villa
con sus mesnadas rodean,
cortando el casual apoyo
que puede llegar de fuera.

En vano contra los muros
lanzan colosales piedras,
en vano encendidos dardos
dirigen á las almenas.

Tras del fonsario anchuroso
fuertes cadahalsos elevan,
pero es la villa muy alta
y á sus adarves no llegan.

Grandes bastidas levantan
contra las ferradas puertas
que en sus nocturnos ataques
los bravos de dentro, queman.

En repetidos asaltos
fuertes escalas se quiebran,
y en las cárcabas del muro
muchos asaltantes quedan.

Y al ver que contra Victoria
nada consigue la fuerza
al tiempo y á el hambre fian
los de Castilla el vencerla.

Pasa el otoño, se cubre
de altas nieves el Gorbea
y en los pueblos, del invierno
pasan la cruda aspereza.

Cuando el verdor á los campos
devuelve la primavera
aún dura el sitio, y Alonso
de nuevo el cerco refuerza.

Los de Guebara en Oñate
á acometerle se aprestan
y el rey de Castilla entónces
contra Guipúzcoa penetra.

Diego de Haro, el de Bizcaya
al frente del sitio queda,
y en vano á Victoria invita
á dejar la resistencia.

No hay pan en la villa, tienen
sus defensores apenas
algunas miserables viandas
que consumen con cautela.

Los caballos se han comido,
y cuantas rústicas hierbas
entre las paredes crecen
ó en las reducidas huertas,
con inmundos animales
mitigan su hambre en la mesa.

Amparo, sólo del cielo
por algun milagro esperan,

que el rey Sancho de Nabarra,
al ver que su reino cercan
de Aragon y de Castilla
las multiplicadas fuerzas,
á Africa, en busca de apoyo
que Aben-Juceph le ofreciera
parti6, dejando á su reino
sin amparo y sin vergüenza.

Los clamores de Victoria
al fin á Pamplona llegan,
y el obispo don García,
movido por tanta pena,
ante el de Haro sitiador
en Arriaga se presenta,
y formal tregua consigue,
y en Victoria despues entra,
y que á Castilla se rindan
piadoso les aconseja.

Ni el bravo Pedro Ramirez,
ni uno en la villa siquiera,
del prelado los consejos
en su desventura aceptan;
y al fin, tras de largas súplicas
partir al Africa acuerdan
el Obispo y dos guerreros
victorinos. Si la vénia
de su rey don Sancho obtienen
para rendirse, sin réplica,
al Castellano la villa
darán, en cuanto la obtengan;
si nó, cuando acaben, hambre,
enfermedad y miseria

con el vecindario entero,
podrá Alonso entrar en ella.

Sancho, ante tal heroísmo
que cese la lucha, acuerda,
y que Victoria á Castilla,
sin sufrir más, se someta.

Cuando Alonso enamorado
de tan brava resistencia
con Diego, por Villasuso,
cual nuevo señor, penetra,
confía á Pedro Ramirez
de nuevo la fortaleza,
y con nuevas libertades
al valiente pueblo premia.

En señal y garantía
de la merced que le diera,
dice al pueblo, que se agrupa
del gran templo ante las puertas,
que hácia los campos de Arriaga,
tiene la muralla enhiesta:

*“Los fueros que el rey nabarro
dió á su villa predilecta,
y que yo acepto y amplío,
para total dicha vuestra
durarán, mientras las aguas
del Zadorra, á la ribera
del Ebro corran: mi reino
responde de esta promesa.”*

Día hermoso de San Juan
cuando tal dijo el rey, era;
y en su recuerdo ese día
los victorianos celebran,

en la orilla del Zadorra
haciendo popular fiesta.

En nombre del municipio
el Síndico un pliego deja
sobre las aguas, que arrastran
el papel, en su carrera.

Y á la vista de suceso
tan natural, que recuerda,
que las libertades duran
como el rey lo prometiera,
ardiente alegría estalla
en el concurso, que llena
las orillas, mientras toma
un escribano acta espesa
de que el Zadorra hácia el Ebro
prosigue su marcha eterna.

¡Ojalá, las libertades
eternamente vivieran!

IV.

LAS NABAS.—ARMENTIA.

1212—1230.

NIEGO Lopez de Haro, *El Bueno*,
de Alaba el condado toma,
que le dieron los cofrades
mientras combatió á Victoria.

Tambien él, del rey Alonso,
con enemistades hondas
se separó y á Valencia
se fué con la gente mora.

Pero los suyos le llaman

y su direccion imploran
y presto, á su señorío
noble de Bizcaya, torna.

De Navarra la influencia
en Alaba, á su fin toca,
y tanto Guebara pierde
como se crece Mendoza.

Una noche, en Viérnes Santo,
y en la fecha desastrosa
mil doscientos dos, el fuego
la alta Victoria devora,

Las llamas desde sus muros
brotando, hasta el cielo tocan,
y sorprendidas las gentes
de la llanura, se asombran.

Al resplandor del incendio
tristes recuerdos evocan:
—“¡Navarra, quemó á Abendaño
y á su rival quema ahora!”

Tal vez, por casual desgracia
aquel pueblo se destroza,
pero ¿quién puede á las gentes
taimadas cerrar la boca?

De sus cenizas cual fénix
presto renace Victoria,
y fuera de sus murallas
espaciosos barrios forma.

Alonso, al favorecerla,
á un tiempo respeta y honra
á la libre Cofradía
del suelo alabés señora.

Pasan los tiempos; se sabe
con muy fundada zozobra
que el rey Mahomad, *El Verde*,
va á invadir la España toda.

Con quinientos mil infieles
de Toledo el rumbo toma,
y el mundo cristiano tiembla,
ante su suerte dudosa.

Alonso, de los nabarros
y aragoneses implora
la ayuda, y de otras naciones
vienen aguerridas tropas.

Sancho, el Fuerte, en su socorro
camina desde Pamplona,
Pedro de Aragon acude
con su gente valerosa,
y el buen Diego López de Haro
en la vanguardia coloca
los bascongados que manda,
buscando la mayor honra.

Va su primo Iñigo López,
de la casa de Mendoza,
rigiendo á los alabeses
y el noble pendon tremola
de la insigne Cofradía
Rodrigo de Mendarózqueta.

Ellos luchan los primeros,
en aquel dia de gloria
que salvó al mundo cristiano
en las Nabas de Tolosa.

Ellos, con el de Haro apresan
la tienda de seda roja,

que el Miramolin perdiera
al comenzar la derrota,
mientras las gentes nabarras
las gruesas cadenas cortan,
que la tienda circundaban,
y que hoy sus timbres adornan.

Corrió la sangre alabesa,
cual digna sangre española,
al alcanzar los laureles
de tan preclara victoria,
y en recuerdo de aquel triunfo
las cadenas, en la orla,
como el reino de Navarra,
lleva en su escudo Mendoza.

Al hijo de Diego Lopez
pasa la condal corona,
Lope, á quien *Cabeza brava*
llaman el pueblo y la historia.

En calma los dias vuelan
y entre sus tranquilas horas
riqueza y poder aumentan
en la euskara tierra toda.

Guillermo, el viejo prelado,
de la silla de Pamplona,
á Guillermo de Tudela,
de Armentia arcediano nombra,
segun cláusula acordada
por Armentia y Calahorra,
(en donde la antigua sede
alabesa existe ahora.)

Y como ya la Nabarra
perdió su influencia toda
en Alaba, los vecinos
y los clérigos se enojan
porque las cláusulas viejas
á gente nabarra impongan.

Gran tumulto alzan los pueblos,
cuando el Obispo en persona
reviste al nuevo arcediano
en Armentia; le provocan,
su autoridad desconocen
y piden á Calahorra,
que un nuevo arcediano envíen
si han de ir en calma las cosas.

Juan, el prelado riojano,
de Armentia la causa toma
y á los rebeldes ayuda,
y á los nabarros estorba.
Estos en vano se quejan
al Obispo en Tarragona;
en vano la excomunion
sobre los intrusos toca,
pues de Calahorra acude
de su autoridad en contra,
Diego Eximinio, canónigo,
que su plan de ataque forma,
con Adonain, Alejandro,
García Alvarote y otras
gentes de cargo eclesiástico,
que á la cabeza de todas
las demás comprometidas,
el rumbo de Armentia toman

y en su basilica entrando
con ruda actitud rabiosa,
prenden á Guillermo, rompen
sus episcopales ropas,
expulsan á los canónigos
que el pobre cabildo forman,
y en el templo y sus alhajas
menguada venganza logran.

Honorio tercero, Papa,
recomienda desde Roma,
que al arcediano Guillermo
devuelvan puesto y la honra,
y que su mando legitimo
se guarde en Alaba toda.

Mas, ni la bula del Papa,
ni la advertencia piadosa
de muchas gentes, consiguen
curar las rencillas hondas.
Guillermo resiste; incita
don Aznar de Calahorra
como obispo, á que prosigan
de su oposicion la obra,
y en dos bandos enemigos
los pueblos su gente aprontan,
fundados en los recuerdos
de sus antiguas discordias.

Unas gentes la basilica
cercan, la defienden otras;
y las armas y las teas
de la destruccion asoman.

Bello es el templo: su arte
viva compasion implora,

que ni comprenden, ni atienden
la ira y la ignorancia sordas.

Es la alabesa basilica
de Alaba la más famosa,
y con el templo de Estibaliz
insigne pareja forma.

Don Rodrigo de Cascante,
prelado de Calahorra,
hizo con lujo su fábrica,
mientras se pobló Victoria.

Y el florido arte románico,
en su postrimera hora,
y el ojival que nacía
con sus atrevidas formas,
uno tras otro, inspiraron
las bellezas de la obra:
aquel, formando la nave,
el ábside que la adorna,
el crucero que la amplía,
las columnas caprichosas
que arrogantes capiteles
con cien figuras coronan,
y la arrogante fachada
que hermoso gusto decora;
éste, en los robustos arcos
apuntados de las bóvedas,
que el alto domo sustentan,
cuyas enjutas adornan
los Evangelistas santos,
y cuyas cabezas toman
del leon, toro, águila y ángel
las figuras alegóricas.

En la fachada, que el claro
sol del mediodía dora,
á la adintelada puerta
bello tímpano corona;
en él, el santo Agnus Dei,
Juan, é Isaias soportan,
y en un nimbado anagrama
el alfa y omega forman,
con la cifra de Jesús,
simbolizacion preciosa.
Sobre la cimbría arrogante,
se vé, en labor escultórica,
á Cristo con sus apóstoles,
y limitando la gloria
la Jerusalem celeste,
con ángeles en la orla.

Dos relieves taterales
cierran la artística obra:
en el uno está la muerte
de la celestial Señora;
y de los Justos, el limbo
redimido, el otro evoca.

De dos y de tres centurias
tiene vestigios tal obra,
que Rodrigo de Castante
amplió, con traza ostentosa.
Por la fachada se estienden
ajedrezadas impostas,
balaustradas elegantes,
y con sus figuras toscas
caprichosos canecillos
que en el alto alero tocan.

La vieja labor conservan
las múltiples archivoltas,
que con misterio cobijan
largas ventanas angostas;
y el gusto ojival arriba
ámplico desarrollo toma,
en los apuntados vanos
que aclaran la interior sombra.

En vano el arte elocuente
respeto y piedad implora,
que la ignorancia y la ira
se hacen á sus voces, sordas.

Ni arte ni fé se respetan
en las civiles discordias,
y en torno de la basílica
bulle la gente animosa.

En el furor de la lucha,
el templo á la fuerza toman
para perderlo unas veces,
y para ocuparlo en otras.
Y conforme el tiempo pasa
los fieros ódios se ahondan,
y en nuevas acometidas
la basílica destrozan.

La ruina por varios lados
cunde, y ya se desmoronan
el domo, la alta fachada,
la torre y la nave toda.
En ochenta años de lucha
la miseria desastrosa,
y el abandono destruyen
lo principal de la obra.

Cuando el obispo Bibian
 asegura la concordia,
 pobre el cabildo, no puede
 la ruina de tanta monta
 restaurar, y humildemente
 la vida y culto soporta
 en el silencio esperando,
 una ocasion decorosa
 en que colegiata y sillas
 se trasladen á Victoria.

V.

B A E Z A

(1227)

 LLÁ van los alabeses
 con don Lope Diaz de Haro
 su conde, el valiente jefe
 y señor de los bizcainos,
 el firme sosten del trono
 del mozo rey San Fernando.

Allá van hácia Baeza,
 de Bética por los campos,
 á quitar al enemigo
 su más fortísimo amparo.

Tres veces cayó Baeza
 en poder de los cristianos
 en lo antiguo, y otras tantas
 los infieles la tomaron.

Aún con dolor se recuerdan
los tristes dias pasados
inútilmente en su cerco,
en tiempo de Alonso octavo.

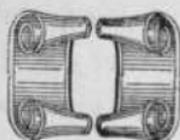
Entre los cofrades marchan
nuestras mesnadas guiando:
por Guebara, Iñigo Belez;
por Mendivil, Pedro Hurtado;
Lope Iñiguez, por Mendoza;
Ortun Salcedo, de Uzquiano
y de Arangutia los hijos
guia en su hueste mezclados,
y con sus frailes franciscos,
que en Victoria están alzando
su gran convento, animosos
van tambien los victorianos.

Humilde el rey de Baeza,
Aben-Abdala llamado,
ciudad y castillo rinde
para siempre al rey Fernando;
y con sus gentes euskaras
queda Lope Diaz de Haro
de sostén y de caudillo
de aquel combatido campo.

Dia de San Andrés era
en el que en Baeza entraron,
y en su memoria, las aspás
del suplicio de aquel santo,
en los timbres de su escudo
los vencedores pintaron.

No hay viejo solar en Alaba
que en sus cuarteles heráldicos,

ó las aspas de Baeza,
ó las cadenas, que en cachos,
con don Diego el de Bizcaya
y con el fuerte don Sancho,
los hijos de las montañas
allá en las Nabas quebraron,
no ostente, cual noble prueba,
de que estuvimos y estamos
donde la pátria nos llame
para morir como bravos.



GAMBOA Y OÑEZ.



ANTA sangre generosa
como en la guerra ha corrido
contra el moro, confundiéndose
ayer en un cáuce mismo,
tanta sangre generosa
hoy en el suelo querido
de Alaba, corre infecunda
por nuestros ódios malditos.

De castellanos y moros
y nabarros enemigos
libres somos, pero esclavos
de nuestros ódios vivimos.

No nos perderá el encono
de poderosos vecinos;
ha de matarnos la guerra
feroz de nosotros mismos.

En las luchas de los grandes
pagan el gasto los chicos,
porque los soberbios riñen

á espensas de los sumisos.

Los hidalgos de Guebara desde los tiempos antiguos, con los Lopez y Mendozas tienen sangriento litigio.

Y aunque juren en Arriaga en la Junta, de continuo, vivir en paz, no lo cumplen, que el juramento es ficticio.

Pues mientras que los cofrades repiten entristecidos
“que no temen el encono
de poderosos vecinos
sino la perpétua guerra
feroz, de nosotros mismos,,”
la juventud insensata
lucha en dos campos distintos,
y en vil discordia los pueblos
continúan divididos.

Los alabeses “de arriba,,”
á la alta sierra vecinos,
que á Guebara, como centro
tienen de su poderío,
contra “los de abajo,,” luchan,
por Mendoza dirigidos,
que del llano y la Ribera
ocupan el ámplio sitio.

Y en el euskaro lenguaje
dan acertado apellido,
conforme al lugar que ocupan
á los dos bandos distintos.

A los de arriba, *Gamboa*

llaman; y son conocidos
por *Oñez* los de la tierra
baja, á *Mendoza* vecinos.

Y gamboinos son los unos,
y los otros oñacinos,
y ámbos, de la misma madre,
mal aconsejados hijos,
que sirven, al destrozarse,
en su mal, al enemigo,
á los reyes ambiciosos,
á los monarcas altivos,
á los que á la Cofradía
van robando los dominios,
ayer cogiendo á *Vitoria*,
hoy de *Agurain* en el sitio
á *Salvatierra* fundando
con criminales designios.

Pero Dios cierra los ojos
al quē quiere ver perdido;
y en *Alaba* no comprenden,
que al luchar entre sí mismos
aunque pierdan ó aunque ganen
el que gana es, su enemigo,
el castellano ambicioso
ó el nabarro prevenido.

Y mientras luchan *Guebara*
y *Mendoza*, y forman rios
de sangre, en la pobre tierra
en sus encuentros malditos,
en *Salvatierra* y *Victoria*
se atiza el fuego encendido
pues aunque viven neutrales

y, al parecer, como amigos,
 arrastran á las aldeas
 de aquellos campos vecinos,
 á abandonar sin escrúpulo
 á Alaba, y el lazo antiguo
 con la Cofradía rompen,
 y en el fuero más propicio
 de ambas villas el sosiego
 buscan, que de Alaba ha huido.

Así Castilla ambiciosa
 va ensanchando sus dominios,
 mientras que Gamboa y Oñez
 mueven sus ódios malditos.

LAS PANELAS DEL ZADORRA.

(1235)

XYER salió de Mendibil
 Juan Hurtado, decidido
 á buscar en campo abierto
 al de Guebara, don Iñigo.

Y por el Zadorra arriba,
 una noche, con sigilo,
 hácia Euskalmendi y Durana
 vá de sus gentes seguido.

De Guebara, "los de arriba,"
 hacen contrario camino,
 y ántes del dia se encuentran

en las orillas del río.

Por largo tiempo el combate
está en la suerte indeciso,
pero es Hurtado el más fuerte
y huye, á la postre, don Iñigo.

Cuando el sol alumbrá el campo
de aquel sangriento conflicto,
horrible cuadro de muerte
contemplan los pueblos míseros.

Y con espanto admirados
los que en la lucha han vencido,
ven, por la sangre teñidas
las aguas del manso río,
y en las acuáticas hojas,
flotantes siempre en el mismo,
espeso polvo que cubre
su acorazonado limbo.

Sangre y polvo del combate
en el Zadorra han caído,
y roja está el agua toda,
y blanco aquel verde límpido,
que las *panelas* ostentan
cuando vá el cauce tranquilo.

Juan Hurtado, como enseña
de su casa y apellido,
toma aquel raro contraste
de su victoria testigo,
y, diez *panelas* de plata
en rojo campo estendido,
los Hurtados, desde entónces,
usan en sus timbres ínclitos.

LA SORPRESA DE ARRATO.

(1237)

No llora Iñigo en Guebara
de su infortunio cruel
la pena, sino que apresta
sus guerreros otra vez.

Con reserva, arma en los pueblos
á cuantos están en él,
y á sus espías encarga
que buenas nuevas le den.

Sabe que Lope Gonzalez
señor que en Mendoza es,
y que con Hurtado tiene
viejo parentesco fiel,
al frente de su mesnada
las tierras vá á recorrer
de Divina y de Cuartango,
y de Legarda despues.

Al saberlo, en las tinieblas
á Arrato se va á esconder,
caminando como zorro
á quien los pueblos no ven.

Los de Mendoza, tranquilos
suben al anocheecer,
por la cumbre de la sierra

y en ella avanzan despues.

Iñigo á sus gentes lanza
hácia el contrario tropel,
que sorprendido, no acierta
sus vidas á defender.

Lope la muerte desprecia
cuando perdido se vé,
y al traidor Guebara busca
para matarse con él.

Con muchos venablos topa,
que aparta con su pavés,
pero que al fin, por ser muchos,
le causan muerte cruel.

Desesperados los suyos
fian su suerte á los piés,
y en las vueltas de la sierra
única salvacion ven.

Muerto y desnudo, á Apodaca
bajan á Lope despues
los de Guebara, y burlándose
de su cuerpo hallan placer.

Siempre el braguero á caballo
usar, su costumbre fué,
y por burla su braguero
van á Vitoria á vender.

Bien en Vitoria rieron
de la derrota de ayer,
cual hoy del triunfo de Arrato
rien en Vitoria bien.

Que con triunfos y derrotas
segura ganancia, á fé,
de Castilla, interesada

en echarnos á perder.

Hasta Mendoza y Mendivil
Iñigo avanza despues
al hijo del muerto Lope
Diego Lopez á prender.

Pero sus gentes le ocultan
y á navarra van con él,
hasta que ya mozo, vuelve
las luchas á remover.



URCABUSTAIZ.

LOS SALCEDOS.

(1243)



EDRO Belez de Guebara
de Iñigo fué sucesor
y su orgullo y sus pasiones
fratricidas heredó.

Contra Mendozas y Hurtados
hizo su furia mayor,
y para quitarles fuerza
en Salcedo se casó.

Con ellos, allá en Baeza,
las aspas en su pendon
colgó y pudo ser su hermano
por su tierra y por su honor;
pero, puede más el ódio

que la más santa razon,
y con Ortun de Salcedo,
que en Baeza conoció
en contra de sus rivales
dispuso alianza feroz,
casándose con su hermana
para intimidación mayor.

Buscó á Salcedo motivo
é incomparable ocasion
de lanzarle á la pelea,
que fácilmente encontró
en la herencia que dejara,
de Quintanilla el señor
Pedro Hurtado, cuya hija
con Ortun ayer casó.

Las tierras de Urcabustaiz
de Ortun, por su mujer son,
y los Hurtados las tienen
porque ellos dicen que no.

En Unzá Ortun aparece
de dueño alzando la voz,
tremolando á viva fuerza
su estandarte de señor.

Desde Izarra los Hurtados,
con belicosa pasión,
cruzando ásperas montañas
marchan de Salcedo en pos.

Y en la angostura de Ondona
de la batalla el fragor
se siente, en cuanto pelea
la ira fraternal atroz.

Triunfa Ortun, Hurtado escapa

y en su derrota, el pendon
de las panelas, deshecho,
deja al bravo vencedor.

Desde aquel día, Salcedo
(que un sáuce verde ostentó
siempre en sus armas) sellando
de tal victoria el honor,
cinco panelas, que juntas,
arrancara en un giron
á su enemigo, del sáuce,
en otro escudo colgó.

Los hijos de Ortun, habidos
de ganancia, muchos son,
y por la montaña esparcen
de sus timbres el honor.

Pedro de Mariaca es uno,
Sanz de Gordejuela dos,
tercero Sanchez Perea
cuarto Ortíz de Calderon,
y el *alabés* Sancho Ortíz
"que en Montehermoso nació,"
quinto, á quien Marroquin llaman,
de esta casa fundador.

Aún hay otros; de ganancia
hijos de Ortíz muchos son,
quienes el sáuce y panelas
que Urcabustaiz les dió,
como fieros y gamboinos
en el alto torreón,
de sus solares ostentan,
de la lucha en el fragor.

ULLIBARRI-GAMBOA.

(1250.)

CONFORME los dias pasan
 los ódios y guerras crecen,
 que, en un campo de miseria
 á nuestra tierra convierten.

De María de Salcedo
 y del bravo Pedro Belez
 nace en Guebara, en mal hora,
 el batallador más fuerte.

No es el forzoso heredero
 que en esta casa sucede,
 porque don Ladron naciera
 el primero, y él la tiene.

Pero de sangre indomable
 nace el bravo Sancho Perez
 y si en Guebara no impera,
 mandar en Alaba quiere.

A los suyos acaudilla
 desde que llegó á los veinte,
 y contra los de Mendoza
 y Hurtado pelea siempre.

Al pié de Arlaban, un pueblo,
 del Zadorra sobre el puente,
 funda, y en él "los de arriba,"
 su principal centro tienen.

Es la tierra de *Gamboa*,

la alta, la que dá su gente
al nuevo pueblo, que *Ullibarri*
denominan en bascuence.

Y del campo gamboino
allí fija Sancho Perez
la capital, con sus tropas
y su bandera de muerte.

En tanto, en la tierra baja,
en *Oñez*, tampoco ceden,
y Hurtado y Mendoza enlazan
sus familias para siempre,
la roja banda que ostenta
Mendoza, en su escudo verde,
á las panelas de Hurtado
uniendo con lazo fuerte.

Pronto de la Euskaria toda,
en los sangrientos vaivenes,
cunden los nombres famosos
de los bandos alabeses.

Y por cerca de tres siglos,
aquella lucha inclemente
en las montañas se ceba
y rios de sangre vierte.

No es el pueblo el que la lucha
de tales bandos sostiene,
sino la ambicion y encono
que á las casas grandes mueven.

Aspiran los potentados
en los pueblos á ser reyes
y cual lobos se disputan

entre sí, el poder que tienen.

Y, como en luchas de grandes
sólo los chicos padecen,
por seguir á los soberbios
los pobres sumisos mueren.

Abendaños y Belascos
por Gamboa se mantienen
y son Múruas, Gaunas, Múxicas
de Oñez en los alabeses.

Por Bizcaya y por Guipúzcoa
las banderías se estienden,
y los Baldas, los Olasos
y los Urquizus son siempre
gamboinos; mientras figuran
entre la oñacina gente
los Lazcanos, los Loyolas
y los Amézquetas fuertes,
los Zaldibar y Butrones
y otros *mayores parientes*.

Más sangre que contra moros
contra sí la Euskaria vierte
y lo que entre moros gana
entre cristianos lo pierde.

A ménos los pueblos van;
á más, caminan los reyes
y la ambicion de los grandes,
de todo, la culpa tiene.

Ellos perderán sus feudos,
perderá el pueblo sus leyes,

que entre las fauces del trono
se eclipsarán para siempre.

Y es que Dios cierra los ojos
á quien ver perdido quiere,
y el pueblo no ha visto nunca
que el ser esclavo le pierde.



DOÑA MARIA LA GRANDE.

I.

ESPOSA Y REINA.

(1285.)



EL alcázar de Vitoria
en un alto torreón,
no lejos del rico templo
que Alfonso, el rey sábio alzó,
y con la mirada fija
en la Calzada mayor
que por Araz á Guipúzcoa
conduce, y á Francia en pos,
hállase doña María
de Molina, con temor
de que resulte verdad,
lo que la pública voz
afirma, cuando repite
que don Sancho su señor
y esposo, va á repudiarla
porque el Papa no aprobó

su casamiento, y que el rey
de Francia tiene intencion
de casarle con su hermana,
dándole esposa mejor.

Y con los ojos llorosos,
puesta la esperanza en Dios,
pasa el dia, del alcázar
en el alto torreón,
mientras su esposo, el rey bravo
que hácia Bayona partió,
en San Sebastian aguarda
la cumplida afirmacion
de alianza con los franceses,
cuyo arreglo encomendó
á Martin de Calahorra
obispo, y á su mejor
consejero el noble abad
que en Valladolid halló,
Gomez García, con otros
prelados, que en Francia son.

Un caballero se anuncia,
que desde Arriaga llegó,
es don Lope Diaz, de Alaba
y de Bizcaya señor,
su cuñado, que con Juana
de Molina se casó.
Al recibirle la reina,
oye con admiracion
que el caudillo bascongado
la viene á decir su adios,
porque celoso del rey,
por la alianza que intentó

con el de Francia, él se marcha
á ofrecerse al de Aragon,
con sus estados y gentes,
como amigo y servidor.

—No os vayais—la reina exclama;—
porque os aseguro yo,
que ni la alianza se hará,
ni perdereis el favor
que con don Sancho teneis,
con muy sobrada razon.

—¡Señora! aún de vuestra suerte
duda el público rumor.

—Lo sé; y porque me ayudeis
me es fuerza contar con vos.

—Si el rey os honra, me quedo;
si os abandona, no.

—El rey es bueno y es noble
y no ha de amenguar mi honor.

—¿Quién es capaz de afirmarlo?

—Me lo dice el corazon.

Don Sancho á los pocos dias
vuelve á Vitoria veloz,
sin que Salvatierra, villa
que el rey su padre fundó,
sobre la vieja *Agurain*,
logre gozar del honor
de tenerle entre sus muros,
segun se lo suplicó.

En cuanto llega y sus brazos
abre, con ánsia y amor
á doña María, escucha
que con lastimera voz,

esta le dice: —¡No sé
si la esposa y reina soy,
ni si hallaré en vuestro pecho,
cual siempre, amparo y calor!

—¡Entre mis brazos, señora
buscad la contestacion,
que aunque nieguen los poderes
de la tierra lo que sois,
mi esposa y mi reina os hizo,
ante el cielo, nuestro amor!

—¡Ya lo veis, conde don Lope,
no me engaña el corazon,
ni en lo que á mi dicha atañe
y en lo que os toca á vos!;
bien os hallais en Castilla
no os vayais con Aragon.

—¡Bien estais connigo, conde,
la reina os lo aseguró!.
Connigo, la Cofradía
de Arriaga tendreis mejor,
ya que la amais, porque conde
de esta tierra os eligió;
y ya que la amo tambien,
por la noble posesion
de Lasarte y de sus montes,
que siendo infante me dió.

Desde Vitoria los reyes
á Búrgos van; su favor
sin tasa al conde conceden,
mientras la persecucion
decretan contra el abad
de Valladolid, que urdió

con el rey de Francia, el plan
del casamiento mejor,
y del mísero abandono,
que á la reina amenazó.

Purga el abad su pecado
muriendo en una prision;
y doña María, prima
del rey con quien se casó,
cuyo impedimento nunca
obtiene en Roma perdon,
de amante esposa y de reina
disfruta el alto favor,
que aunque no lo aprueba el Papa
lo aprueban el rey y Dios.

II.

EL CONDE DON LOPE.

(1288.)

CASI á la altura del rey
en orgullo y calidad
se eleva el conde don Lope,
que siempre en la corte está.

Es la reina su cuñada,
es el infante don Juan
su yerno, y con el rey tiene
parentesco fraternal.

En sus ambiciones, sueña,

por el fiero ódio mortal
hácia los Laras movido,
á don Sancho destronar;
y en obsequio de su yerno
trabaja con loco afan,
cien pueblos y fortalezas
uniendo á su potestad.

En Alfaro llega un dia
del rey la mano á besar,
con un lujo, que en la corte
ninguno vistió jamás:
Es su celada de acero,
que hizo en Córdoba esmaltar;
muestra los timbres vizcainos
en el peto y el gorjal;
su sobregonel bordado
dos broches de perlas dan;
en su sayo de respunte
ciñe con autoridad,
riquísimo talabarte,
cuyo cabo envuelto vá
en la ancha y corta tizona
que es ahora moda el usar;
un cuchillo vitoriano,
y de temple sin igual,
lleva en el costado diestro,
y hace en sus manos brillar
argentinos guanteletes,
flexibles hasta no más.

Ante el consejo de obispos
y nobles que en junta están,
sostiene que de Aragon

se convenga en la amistad,
y el rey, que ocasion no pierde
en que poderse vengar,
se hace cargo de las fuerzas,
que siguiendo al conde van,
llega al Consejo despues,
y allí le intima á quedar
preso, mientras no le entregue
cuanto á la casa real,
en pueblos y fortalezas,
usurpó para don Juan.

El conde se alza furioso
la amenaza al escuchar;
su cuchillo vitoriano
saca, y hácia el rey se vá
exclamando: ¡*“Cómo...! ¿Presos?*
“¡A la merda!... “Voto á tal!”
“Oh, los míos;!” y al herir
á cuantos de frente están,
los caballeros del rey
su loca temeridad
castigan fieros, hiriéndole
todos juntos y á cual más,
hasta acabarle á los piés
de la régia magestad.

A su deudo Diego López
el mismo rey muerte dá;
y la reina acongojada
guarda al infante don Juan,
que de las iras del rey
logra, sin daño, escapar.

Presto la viuda del conde

á Alaba y Bizcaya vá,
mientras á su hijo don Diego
hace en Aragon guardar;
y levantando el pendon
de venganza fraternal,
todas las montañas corre,
y hace en ellas proclamar
rey á Alfonso de la Cerda,
de Sancho eterno rival.

Sancho, en Haro vencedor,
cruza el Ebro sin tardar,
toma el fuerte de Treviño,
que los cobardes le dan;
alza su régio estandarte
en Záitegui y Zaldiarán;
sujeta la torre de Ocio;
y el castillo principal
de la comarca alabesa,
que sobre Portilla está
y que fiero se resiste,
cerca con potente afan.

Largo es el sitio, y en tanto
que lo aprieta más y más,
desde Francia una embajada
llega hasta el campo real,
á convenir en las vistas
que los dos reyes tendrán,
y ante Portilla se acuerda
con el francés la amistad.

Ríndese la fortaleza
tras de largo pelear,
y sobre sus rotos muros,

la triunfante magestad
el agasajo recibe,
que suplicantes le dan,
moriscos embajadores,
venidos de allende el mar,
de la corte de Marruecos,
guiados por Abdahallad,
que en nombre de Aben-Yuzuf
su rey, á Portilla van,
pretendiendo de Castilla
segura alianza de paz.

Los valientes defensores
de Portilla, al entregar
sus *Torres* al bravo rey,
torres de escombros le dan,
y entre sus ruinas, el pueblo,
del que nada queda ya.
Don Fernando, el rey su hijo,
lo hizo despues repoblar,
y á sus valientes hidalgos
otorgó un fuero especial,
que de pechos les exime
sellando su libertad;
fuero que de *Soportilla*
diera la gente en llamar,
y al que los hidalgos todos,
se acogieron con afan
en Alaba, cuando un dia
se entregó á la autoridad
de los reyes castellanos,
por mútuo pacto leal.

Tantas victorias y honores

alegría al rey no dan,
porque no es triunfo agradable
contra hermanos el triunfar;
y aunque franceses y moros
vienen su orgullo á alhagar,
es cristiano y de Castilla
y hermano el que el triunfo dá
con su sangre en estos pueblos,
desde aquel dia fatal,
en que don Lope muriera
y en que apresara á don Juan.

En Vitoria mientras tanto
la reina Maria está,
las fraternales discordias
ocupada en lamentar;
allí dá á luz un infante
que don Enrique será,
y aunque la villa celebra
con alegría sin par
el gran suceso y recibe
pruebas de afecto leal,
tantas victorias y honores
gozo á la reina no dan,
porque no es fiesta agradable
la que se hace en soledad,
y aunque Vitoria y Arriaga
la vienen á festejar,
no vé á su hermana querida
que en guerra en su contra está,
ni sus cuñados y deudos
los parabienes le dan,
ni hay calma en su corazon,

desde aquel día fatal
en que don Lope muriera
y en que fué preso don Juan.

III.

VITORIA CORTE DE CASTILLA.

(1301.)

PARA tratar con los Francos
nabarroos y aragoneses,
para apagar las discordias
que los vecinos encienden,
doña María, la reina
viuda, que la guarda tiene
de su hijo Fernando el rey,
siendo tutora y regente,
en la villa de Vitoria
su córte y consejo tiene,
ya que el pueblo es apropósito,
para escuchar y entenderse
con cuantos desde Nabarra,
de Aragon y Francia suelen,
á guisa de embajadores,
acudir á nuestros reyes.

Diego López, el hermano
del conde Lope, que puede
por herencia ser señor
de Bizcaya, y su pariente

el infante don Enrique,
con la reina fermar suelen
el Consejo, que los pleitos
diplomáticos resuelve.

Los agravios de Nabarra
y de Francia hace presente
Alfonso de Robray, conde,
que desde Pamplona viene
y al cual, muy sábía la reina,
justos acuerdos concede.

El rey de Aragon envía
al Hospitalario freire
Ramon de Rubiellas, cuando
á Murcia usurpada tiene,
y al que la reina despide
porque escucharle no puede.

Despues, á Vitoria acuden
dos nobles aragoneses,
Lope Fernandez de Luna,
y de Urrea Juan Ximenez,
ricos-homes, que más feudos
pagar á su rey no quieren;
y que á servir á la reina
y á su hijo se comprometen,
con otros once señores
que treinta castillos tienen,
que á su monarca harán guerra
y á Murcia irán si conviene
á la reina, que solícita,
cuanto piden les concede.

Pero, más que los negocios,
que ella resolvió bien siempre,

más que pleitos de Aragon
de nabarros y franceses,
en la corte vitoriana
preocupan á su mente
las nuevas de su hijo amado,
que, de ambiciosos juguete,
en los montes de Leon
cazando, su tiempo pierde.

Engañado en correrías,
tienen al rey inocente
mancebo de pocos años,
que entre vicios se divierte,
Juan Nuñez de Lara y otros,
á los que la ambicion mueve
y el ódio á doña María,
de la que arrancarle quieren,
para gobernar el reino
como tiránicos reyes,
y ser dueños absolutos
de las vidas é intereses.

En el alma del rey mozo
infames consejos vierten,
y de su madre murmuran
faltando á dignos deberes,
mientras que ella en el de Lara
completa confianza tiene.

En vano uno y otro dia
espera amorosa verle;
en vano anuncia su vuelta
hácia Vitoria, y no vuelve;
y en vano ruegos le envía
que el rey recibe y no atiende;

por eso, cuando en sosiego
la dejan algunas veces,
en el alto torreón
del alcázar verla suelen,
con la mirada en las cimas
de La Puebla, fija siempre,
creyendo que va á venir
su hijo, y viendo que no viene.

Parte al fin hácia Castilla,
y al marcharse para siempre,
viuda, anciana, sóla y triste
reina insigne, grande y fuerte,
hácia el pueblo vitoriano
sus ojos húmedos vuelve,
y suspirando, recuerda
que allí lloró muchas veces:
al rey don Sancho su esposo,
cuando creía perderle;
á su hermana, cuando Lope
halló desastrosa muerte;
y á su hijo hoy, cuando la infamia,
preso en sus brazos le tiene
y le aparta de su madre,
y en el vicio le divierte,
mientras Castilla sucumbe,
entre tiránicas gentes,
que son dueñas absolutas
de las vidas é intereses.



EL PACTO DE ARRIAGA.

(1332.)

I.

LOS ALABESES EN BURGOS.



REY *Alfonso, rey Alfonso,*
rey don Alfonso el onceno,
los alabeses os buscan
como noble y caballero.

De la tierra el señorío,
si lo aceptais os daremos,
que estará en señor tan grande,
mejor que en nobles pequeños.

Libre es Alaba aunque pobre,
y conservarla sabemos,
con libertad y pobreza,
rica al través de los tiempos.

Malogran nuestra ventura
los señores que escojemos,
al sufrir, por ser humildes
las culpas de los soberbios.

Unos á Nabarra buscan

y á Castilla hace de ménos,
y el castellano en venganza
suele usurpar nuestros pueblos.

Otros á Castilla sirven,
y los nabarros por ello
de Toloño, en ambos lados,
han estendido su imperio.

Haros y Cerdas y Laras
disputan el favor régio,
para buscar nuestros votos
y ser nuestros reyezuelos.

No quiere la cofradía
de Arriaga tener más dueños,
de los que, por ser tan poco,
la traen siempre tan á ménos.

Quiere que el rey de Castilla
sea su señor perpétuo
y que libres nos mantenga,
al ser de su nombre siervos.

Van ya más de cuarenta años
que de señor carecemos,
que jamás dimos tal título
al pretendiente Salcedo.

Hoy, bien pensado y maduro
juicio en Arriaga hemos hecho,
y la cofradía acuerda
señor de la tierra haceros.

*La jurisdiccion, justicia
y señorío son nuestros,
que jamás Alaba tuvo
ni juez, ni merino ajenos.*

Ni yantares, ni moneda,

*ni fonsadera en el pueblo
jamás puso nadie, en contra
de nuestro propio derecho.*

*Libres somos, sin tener
otro Señor, que el Eterno,
y sin ley escrita alguna
mas que el alvedrío ó fuero.*

*Al daros el señorío
y la justicia, queremos
en cambio vuestra palabra,
rey don Alfonso el oncenno,
de que han de ser nuestros hijos,
en el apartado suelo,
siempre francos, libres, quitos
exentos de todo pecho
y de toda servidumbre,
en cuanto hubimos y habremos,
segun entre tantos siglos
y reyes venimos siendo.*

*Y como á la Cofradía
damos el tributo nuestro,
el Semoyo en pan y granos,
y el Buey de Marzo en dinero,
aunque en junto valen poco,
y como tributo ménos,
en señal de señorío
con placer os lo daremos.*

*Si pues de vuestra corona
aumentamos el imperio,
sin que os pidamos servicios
ni carga alguna por ello,
sino que ampareis la tierra*

con vuestro poder supremo,
aceptadlo así, señor,
y gran dicha os deberemos.”

Así hablan al noble rey,
con sencillez y respeto,
en Búrgos, los labradores
é hijos-dalgo, que vinieron
desde Alaba, el señorío
de su comarca ofreciendo,
de la vieja Cofradía
al cumplir el mandamiento.

—“Sea Alaba, bien venida;
—contesta Alfonso el ouceno;—
y pues que así lo quereis
vuestro señorío acepto;
y en señal de que me place
el honor que me habeis hecho,
á Alaba iré, y en Arriaga
he de firmar el acuerdo.

No le buscaron en vano,
ni les engañó el deseo,
al buscar al rey Alfonso
como noble y caballero.

II.

LA VOLUNTARIA ENTREGA.

ESTÁ Vitoria de fiesta,
alegre y engalanada,
porque al rey Alonso onceno
dentro de sus muros guarda;
y está la tierra alabesa
de parabien y de gala,
porque vino de Castilla
el rey, por siempre á guardarla.

De todas las hermandades,
de las distantes comarcas,
por los mil y mil caminos
que se abren en la llanada,
vienen muchísimas gentes
con alegría en el alma,
dirigiéndose afanosas
hácia los campos de Arriaga.

Desde el portal anchuroso
de Vitoria, que se llama
de Santa María, el pueblo
por Santo Domingo baja,
y en el estrecho camino
que se estiende en la llanada,
ni un paso queda sin gente
desde Vitoria hasta Arriaga.

Pronto suenan en los aires
repicando las campanas:

en Santa María insigne,
la iglesia más respetada;
abajo en San Ildefonso,
que Alonso el Sábio fundara;
en San Pedro, en San Miguel
donde está la Virgen Blanca,
en el alto San Vicente
templo y castillo de fama;
y también repican fuerte,
en sus pobres espadañas,
franciscos y dominicos
que extramuros se levantan.

Anuncia aquel campaneó
que el rey sale de su alcázar,
á quien la reina María,
su ilustre esposa, acompaña;
y en la noble comitiva,
como de la régia casa,
el infante don Alfonso
entre seis prelados marcha.

El canciller Fernan Sanchez
que del rey pone la estampa,
y el Prior de San Juan, Rodríguez
que en torno á la reina manda;
y Juan Martinez de Leiba,
oriundo de las montañas
de Aramayona, juez y árbitro
del pleito, que esta comarca
sostuvo contra Vitoria,
en muy reciente demanda,
y hasta ochenta caballeros,
que son la flor y la nata

de los nobles de Castilla,
que dan á los reyes guarda,
á la córte en este dia
tan memorable acompañan.

Al lado del rey camina,
digno de merced tan alta,
don Juan de Rojas, obispo
de Calahorra y de Alaba,
que fué por la Cofradía
al palacio de embajada,
y en su nombre, respetuoso,
dijo al rey estas palabras:

“Siendo obispo en Calahorra
soy un cofrade de Arriaga,
y como tal, y por todos,
al rey suplico que vaya
al Campo, donde la Junta
hoy reunida le aguarda,
y donde en todos los siglos
por fuero se convocara;
allí el noble señorío
os darán de la comarca,
segun la ofrenda de Burgos
por vos, señor, aceptada.”

Y tras del cofrade obispo
veinte cofrades avanzan,
hidalgos y labradores,
que satisfechos cabalgan.
en aquel noble cortejo,
que hácia la llanura baja.

Los hidalgos este dia
traje de guerra no gastan,

sino de córté y de fiesta,
en señal de noble alianza.

Ostentan vistoso lujo
los Mendozas, los Guebaras,
los Salazares y Hurtados,
los Montoyas, los Ayalas,
los Abendaños, los Zárates,
los Bicuñas y los Gaunas,
los Cárcamos, los Salcedos,
los Otazus, los Aranas,
los Arriolas, los Esquíbeles,
los Azúas y los Aldas,
los Sarrías, los Zurbanos
los Salinas, Zuazos y Álabas.

En arrogantes corceles,
bien paramentados, marchan,
con capelletes de perlas,
gorras con plumas doradas,
sayos de paño morete
ceñidos con ricas bandas,
airosos mantos de arange
y finas bermejas calzas.

Los más, desde el hombro izquierdo,
llevan pendiente la adarga,
y en ella ostentan los timbres
de su nombre y de su casa.

Lucen ricas banderolas
bohordos y vistosas lanzas
de adorno, y sólo el cuchillo
vitoriano traen por armas.

Todo el lucido cortejo
por Santo Domingo pasa,

bajo un arco de follage
y sedas, que el pueblo alzara.

- Otro arco la Cofradía
tiene en la senda de Arriaga,
donde á los reyes esperan
las aldeas congregadas.

A un mar de gente los campos
en su movimiento igualan,
por el que marcha la córte
como en dia de bonanza.

En amoroso lenguaje
bascongado, al rey aclaman
con sus vítores los mozos,
cantando las aldeanas.

Las riendas de los corceles
éstas á porfía agarran,
y cautivo el rey parece
de aquellos en quienes manda.

De la ermita de San Juan,
bajo la gran portalada,
el clero alabés recibe
á la córte castellana,
y ante el altar juradero,
que luce sencillas galas,
castellanos y alabeses
de Dios amparo demandan.

Despues, en medio del bosque
de Lúcuá y ante la casa,
do siempre la noble tierra
á sus hijos congregara,
en un trono, que es el único
que se alzó jamás en Alaba,

asiento ofrece á los reyes
la asamblea soberana.

Las hijas-dalgo y las dueñas
de renombre en la comarca,
que ya huérfanas ó viudas
en propios solares mandan,
junto á la reina se sientan,
del trono al pié de las gradas,
en nombre de los cofrades
todas á porfía honrándola.

El cofrade más antiguo,
que Lope Iniguez se llama,
y que de Mendoza lleva
el señorío y las armas,
y á quien sus hijos y nietos
y viznietos acompañan,
con pausada voz, al rey
le dirige estas palabras:

*“No quiere la Cofradía
de Arriaga tener más dueños,
de los que, por ser tan poco,
la traen siempre tan á ménos.*

*Quiere que el rey de Castilla
sea su señor perpétuo,
y que libres nos mantenga
al ser de su nombre siervos.*

*Van ya más de cuarenta años
que de señor carecemos,
que jamás dimos tal título
al pretendiente Salcedo.*

*Hoy, bien pensado y maduro
juicio en Arriaga hemos hecho,
y la Cofradía acuerda
señor de la tierra haceros.*

*La jurisdiccion, justicia
y señorío son nuestros,
que jamás Alaba tuvo
ni juez, ni merino ajenos.*

*Ni yantares, ni moneda,
ni fonsadera en el pueblo
jamás puso nadie, en contra
de nuestro propio derecho.*

*Libres somos, sin tener
otro Señor, que el Eterno,
y sin ley escrita alguna
mas que el alvedrío ó fuero.*

*Al daros el señorío
y la justicia, queremos
en cambio, vuestra palabra,
rey don Alfonso el onceno,
de que han de ser nuestros hijos,
en el apartado suelo,
siempre francos, libres, quitos
exentos de todo pecho
y de toda servidumbre,
en cuanto hubimos y habremos,
segun entre tantos siglos
y reyes venimos siendo.*

*Y como á la Cofradía
damos el tributo nuestro,
el Semoyo en pan y granos,
y el Buey de Marzo en dinero,*

*aunque en junto valen poco,
y como tributo ménos,
en señal de señorío
con placer os lo daremos.*

*Si pues de vuestra corona
aumentamos el imperio,
sin que os pidamos servicios,
ni carga alguna por ello,
sino que ampareis la tierra
con vuestro poder supremo,
aceptadlo así, señor
y gran dicha os deberemos.,*

Adelántase despues
Beltran Yañez de Guebara
hácia el trono, y con respeto,
lee del Convenio las cláusulas,
que los cofrades dictaron
y que hoy el rey aprobara.

Toma en una mano Alfonso
el pergamino que guarda
del pacto las condiciones,
de su sitial se levanta,
y ante la asamblea insigne
tiende su diestra y exclama:

“La corona de Castilla
acepta el dominio de Alaba;
y yo el rey, vuestro señor,
hago promesa sagrada
de ser siervo de este pacto,
que nuestras promesas ata.

Leal lo cumplirá Castilla,
cúmplalo lealmente Alaba.,,

Óyese luego la voz
de Fernan Perez de Ayala
el Varon, que ante su rey,
de hinojos, dice con pausa:

“Si fiel con nosotros sois,
si cumplís vuestra palabra,
que Dios á vos y á los vuestros
os tenga en su amparo y guarda.
Si á ella faltais, que os falten
cuantos os sirven y guardan,
y que perdais, al perdernos,
la corona castellana.,,

Así dice, y besa al rey
la diestra, y tras él avanzan,
entre otros muchos cofrades
respetuosos, á besarla:
Rui López, Diego y Hurtado
y Gonzalo, que á la casa
de Mendoza representan;
y Juan, que en Mendibil manda;
Beltran Yañez y Ladron
los señores de Guebara;
Lope García, el insigne
que dió á Salazar la fama;
Fernan Sanchez de Belasco
caudillo de la montaña
de Pomar, y que en La Puebla
de Arganzon su pendon alza.

Todos ellos y otros muchos
señores, al ir á Arriaga

como sencillos cofrades
figuran, disponen y hablan,
que la noble Cofradía
en sus populares prácticas,
á hidalgos y labradores
en un mismo rango iguala.

Cumplido el régio homenaje
y ántes de que terminada
sea la Junta, el anciano
Lope de Mendoza exclama:

“Alabeses: ya jamás
esta Junta soberana,
en este histórico campo
volverá á ser congregada.
Libres, en las hermandades
podrais siempre renovarla,
siendo al rey fieles, que fiel
vuestra libertad ampara.
Caerán estos bravos árboles,
caerá esta vivienda sácrá,
caerán las generaciones
que en pos de nosotros haya,
pero quiera Dios que el pacto
aquí firmado no caiga,
y que los siglos bendigan
á los Cofrades de Arriaga.”

Las gentes, con entusiasmo
al rey don Alfonso aclaman,
y aquellos vivos repiten,
con sus ecos, las montañas.

No en medio de los señores
y grandes de la real casa,

al volver hácia Vitoria
los nobles reyes cabalgan,
sino entre inmenso concurso
de las gentes aldeanas,
que haciendo atrás á los nobles
les escoltan y acompañan.

A los vítores del pueblo
unen su voz las campanas,
y de fiesta alegres días
el pueblo y la Corte pasan.

Por las noches, cien aldeas
ostentan sus luminarias,
y maravilloso cuadro
ofrece nuestra llanada,
en sus templos y castillos,
altos, riscos y montañas,
con sus lucientes hogueras,
que con su fulgor retratan
el cariño que á sus leyes
y á su rey sienten en Alaba,
que en un sólo amor fundiera
el noble pacto de Arriaga.

III.

LAS NUEVAS VILLAS.

BIEN procura don Alfonso,
á guisa de noble rey,
á los favores de Alaba
con su favor responder.

Salvatierra la realenga,
contraria de Alaba es,
y treinta aldeas pretende
sujetar á su poder.

Tras de la entrega de Arriaga,
su concejo envía al rey
á Portal alcalde y á otros
el dominio á pretender.

Resuelve el pleito el monarca
siendo á la justicia fiel,
y manda que quince pueblos
á Salvatierra se den,
y que otros quince por Alaba
queden, conforme á la ley.

El lugar de Legutiano
viendo sus fuerzas crecer,
al rey acude y demanda,
que nombre y favor le dé.

Villa es hecha Legutiano,
villa por favor del rey,
y en *Villa-Real* desde ahora
cambia su nombre de ayer.

Los de Enayo y Larracharra
y Dulanci que tal ven,
al rey acuden pidiendo
que nombre y fuero les dé,
y villa es hecha Dulanci,
villa por favor del rey,
que en el de *Alegría* cambia
su viejo nombre de ayer.

Los de Gáceta y Argómaniz
Arramain y Añua tambien,

un pueblo nuevo, en el centro
de sus campos van á hacer,
y al rey acuden, pidiendo
que nombre y fuero les dé,
y cual villa nace *Elburgo*,
villa por favor del rey,
que su vecindario extiende
donde hubo un desierto ayer.

A San Vicente de Arana,
pueblo que há poco hecho fué,
los de Contrasta dominan
porque es mayor su poder;
San Vicente al rey demanda
que amparo y fuero le dé,
y hace villa á *San Vicente*,
villa por favor del rey,
libre cual lo fué Contrasta,
su fiera enemiga ayer.

Así paga el rey Alfonso
á guisa de noble rey
el bien que Alaba le hiciera,
haciéndola tanto bien.

IV.

LOS CABALLEROS DE LA BANDA.

POR las tierras de Leon
de Toledo y de Sevilla,
desde Vitoria se estiende
muy placentera noticia.

Quiere el rey Alonso onceno
que sus caballeros vivan
como vivió antiguamente
la noble caballería,
y cuyas costumbres andan
poco ménos que perdidas.

Quiere que su alma y su cuerpo
sean norte de hidalguía,
y que los hidalgos tengan
honor y amor por divisa;
y que con sus lanzas ganen
los segundones la estima,
que toca á los mayorazgos
por su suerte bien nacida;
que acompañen á la Córte
en sus empresas altísimas;
y sean guarda de reyes
do quier que á la Córte sigan;
que acudan á donde hubiere
torneos, justas ó liza;
y que honren siempre á una dama
para casarla ó servirla;
que paño fino, de diario,
y seda, de fiesta, vistan;
que buenos caballos tengan
siempre en sus caballerizas,
y buena lanza á su puerta
y buena espada en su cinta;
y que no jueguen, ni mientan,
ni alabanzas propias digan,
ni en baso de barro tomen
jamás ninguna bebida;

ni en sus actos y palabras
su noble origen desdigan
y que en la muerte se porten
cual se portaron en vida.

Esto el rey hace saber
en sus reinos de Castilla,
cuando en Vitoria ha creado
la insigne caballería
de *La Banda*, en la que él mismo,
por dar ejemplo, milita.

Llevan estos caballeros,
de sus pellotes encima
y en sus vestidos de córte
una *banda prieta* ó cinta
de blanca seda, cruzada
del hombro izquierdo, á la orilla
del diestro costado, en donde
atada en lazo termina.

Cuantos méritos bastantes
tengan, habrán de pedirla
en Vitoria, donde el rey
la carta-ordenanza firma.

De las tierras de Leon
de Toledo y de Castilla,
llegan muchos ricos-homes
é infanzones á porfia,
y fijos-dalgos de pró
y escuderos sin mancilla,
á dar las pruebas bastantes
que su nobleza atestiguan,
suplicando al rey que ordene
su ingreso en órden tan ínclita.

Jamás Vitoria se viera
de nobles tan socorrida,
ni más honrada la córte,
ni más poblada la villa.

Castros y Ponces y Enriquez
Manriques, Dazas, Mejías,
Alburquerque, Villalobos,
Haros, Rojas y Padillas,
Sandoval y Carrillos,
Leibas, Quijadas y Diaz,
Cisneros y Benavides,
Orozcos y Villafilas,
y cuantos nombres ilustres
en nuestra nobleza brillan,
reciben la Banda insigne,
y en su gran legion se alistan.

A los bravos alabeses
tal honra no se escatima,
y dá nuevos caballeros
nuestra vieja Cofradía

Los Ayalas, los Hurtados
los Guebaras, y Rui Diaz
Cencerro, que entre los Rojas
de Maestu y Campezu brilla,
y los Mendozas y Gaunas
en la nueva órden militan.

Ante el rey sus juramentos
prestan en Santa María,
y en magno torneo luchan
en la plaza de Castilla,
debajo de Villasuso,
y ante el muro que avecinan

San Francisco por un lado
y por otro la Herrería.

Honrando á los caballeros,
el rey dirige la lidia,
vestido de ricos paños
de oro, con labor finísima,
adobados con aljófar,
brillantes y pedrería
y con leones y castillos
bordados en las insignias.

De los nuevos caballeros,
de la órden régia y altiva,
de las memorables fiestas,
de la gloria de la villa,
que fué cuna en que naciera
tan noble caballería,
durante meses y meses
cuentan grandes maravillas
en las tierras de Leon
de Toledo y de Sevilla,
y en Nabarra y Aragon,
y en Portugal y Galicia
y en cuantos reinos aún tiene
sujetos la morería.



EL SALADO.-ALGECIRAS.

(1340—1344)



EL castillo de Guebara,
que se distingue en un alto,
al pié de la cordillera,
y del señorial palacio
con don Ladron animoso
y con don Beltran su hermano,

salen gentes alabesas,

“¡Guerra al moro,„ apellidando.

Aguardan junto al Zadorra
los de Oñate, que bajaron
del puerto de San Adrian,
de don Ladron al mandato,
que en Oñate los Guebaras
tienen desde antiguo el mando.

Por el puerto de Arlaban
asoman los guipuzcoanos,
y en Arriaga se reunen
de los de Guebara al campo.
A la guipuzcoana gente

manda Amador de Lazcano,
y en sus pendones ostenta
los trofeos arrancados
en Beotibar al francés,
y en Unzar á los nabarros.

Con don Ladron se reunen
de Alaba los hijos-dalgo,
que de Estíbaliz y Armentia
las banderas han sacado,
aquellas que allá en Las Navas
sus abuelos tremolaron.

En Mendoza, Hurtado Diaz
y en Mendíbil, Juan Hurtado,
con sus mesnadas aumentan
la legion de sus paisanos,
que Oñez y Gamboa olvidán
sus ódios inveterados,
cuando peligra la pátria
y pide ayuda á sus brazos.

En Puente-larrá, al confín
de los pueblos bascongados,
con Fernan Perez de Ayala,
llegan sus muchos vasallos,
que en el campo de Zaraube
á su voz se congregaron;
y allí tambien á los nuestros
se reunen los bizcainos,
que don Juan Nuñez de Lara,
señor por la casa de Haro
dirige, y en cuyas filas
se ven los *guizones* bravos
de Unceta y Gastelugache,

terror de los castellanos.

Por Bizcaya y la montaña
acude el muy esforzado
Salazar, Lope García,
que cuenta más de cien años.

Ochenta hijos le acompañan,
todos ginetes armados,
todos con las trece estrellas,
que en sus adargas pintaron,
y otros cuarenta dejara,
por ser hembras y muchachos,
en las aldeas y villas
de sus distintos estados.

De Bustos y montes de Oca,
de Villafranca y Los Barrios
acuden muchos guerreros
de don Juan Nuñez vasallos,
y por Castilla adelante,
corriendo sierras y campos
marchan todos, en dos grupos,
por sus armas separados.

A don Juan Nuñez le siguen
cuantos vienen á caballo
y con don Ladron los peones
con sus picas y sus dardos.

¿A dónde van tan unidos
los hijos del suelo basco?

A Tarifa: el rey Alfonso
onceno les ha llamado,
porque el moro de Granada,
y Albohacen soberano
Benamarin de Marruecos,

tremenda liga pactaron
para invadir las comarcas,
que Castilla ha conquistado.

De Tarifa ante los muros
presto llegan, y en sus campos
la batalla les aguarda
en vez del dulce descanso.

En la vanguardia se alistan
cuantos ginetes bizarros
de las montañas tragera
don Juan Nuñez, el de Haro.
Pero Nuñez de Guzman
recibe del rey el mando
de los peones montañeses,
astures y bascongados,
que junto á la escolta régia
han de avanzar peleando.

En la gloriosa batalla
don Juan Nuñez con sus bravos,
en las tiendas de Albohacen,
en su alfaneque sagrado,
penetra, y mata á Fatima
Tunecia, esposa, en el rango
la primera, del caudillo
marroquí, y cuantas ha hallado,
horras allí recogidas
del Benamarín regalo.

Pero Nuñez con los suyos,
con don Ladron y Lazcano,
con don Beltran y con Lope,
en el belicoso campo
del rey moro de Granada

siembran la muerte y espanto.
Don Juan Martínez de Leiba,
oriundo del suelo euskaro,
el pendon de don Alfonso
lleva, y luchan á su lado
sus compañeros de siempre,
don Juan y don Diego Hurtado
que de Mendoza y Mendíbil
sus escuderos sacaron.

Insigne día de gloria
es para el mundo cristiano,
éste de la gran batalla
de Tarifa ó del Salado.

Con el tesoro y trofeos
que en el alfaneque hallaron,
á la montaña y Bizcaya
vuelven viejos y casados,
con sus victoriosos jefes
á disfrutar del descanso;
los mozos con el rey siguen
la campaña de dos años
en Locovin, Pliego y Rute
y en Benamejil, quitando,
con su bravura el terreno,
á los moros palmo á palmo.

ALBOHACEN arrogante
su venganza ha preparado,
y hácia Algeciras Alfonso
marcha á detener sus pasos.

Algeciras la invencible,
del moro el mejor ornato,
de aquellas playas señora
temida de los cristianos,
Algeciras es cercada,
y se cuentan con espanto
los rigores que en su cerco
está Castilla pasando.
Poco valen los engeños
ni los trabucos alzados,
ni las robustas bastidas
en las cavas y fonsarios.
Lanzan los moros con pólvora
pellas de hierro forjado,
que en las huestes de Castilla
causan insufrible estrago.

Y pasan meses y meses
y un año y luego otro año,
y sólo á fuerza de sangre
sigue el cerco porfiado.

Allí Ladron de Guebara,
y allí don Beltran su hermano,
entre mil riesgos, dirijen
de Alaba á los hijos-dalgos;
la legion de ballesteros
de Vitoria se ha diezmado,
y cuanto más se aminora
se envalentona otro tanto.

Lope García, el caudillo
de Salazar afamado,
que más de cien hijos tiene,
y tambien más de cien años,

ante Algeciras sucumbe,
enfermo, que no agoviado.

La ciudad al fin se entrega
y el gran triunfo los cristianos,
celebran en toda España,
tantos lutos olvidando.

En Valpuesta, que es un pueblo
ni alabés, ni castellano,
ni realengo, ni feudal,
ni montañés, ni bizcaino,
que tiene una colegiata
episcopal por el rango,
léjos del poder de reyes,
de señores y prelados,
á Lope García entierran,
sobre su tumba grabando
las trece estrellas famosas
de aquel varon esforzado,
que fué por sus señoríos
alabés y castellano,
y alcaide de la montaña,
y prestamero bizcaino,
y cofrade aquí en Arriaga,
y caudillo en el Salado,
y ejemplar de caballeros
y orgullo del suelo euskaro,
do quier que de Salazar
la memcra recordaron.



LA BATALLA DE NÁJERA

(1367.)

SAN ROMAN DE ASCARZA.



El rey don Pedro el Cruel
mandó hasta ayer en Castilla,
y hoy, su hermano don Enrique
entró en ella y la domina.

Beltran Claquin, el francés,
al usurpador auxilia,
mientras don Pedro entre ingleses
la proteccion solicita.

Con el príncipe de Gales
hácia España se encamina,
en busca de una corona
por sus maldades perdida.

Jamás por el Pirineo
á penetrar llegaría
si el rey Cárlos de Navarra
tuviera palabra fija.

En Santa Cruz de Campezo
juró á don Enrique un dia,
á cambio de los castillos,
que están del Ebro á la orilla,
impedir que el rey don Pedro
á su reino pasaría,
pero falta á su promesa,
y en una prision mentida
se encierra, mientras los suyos
con los ingleses militan.

Cruza don Pedro á Nabarra,
á Salvatierra domina
y por Alaba adelante
emprende sus correrías.

Entre tanto don Enrique
desde Búrgos viene á prisa,
por el monte de Bañares,
del Ebro hácia las orillas.
Desde la Rioja á Treviño
sube, en Añastro se fija
y en el alto de Zaldiaran
alza su bandera altiva.

Desde allí vé que don Pedro
ocupa el llano de prisa
y que, sobre Ascarza tiene,
de San Roman en la ermita,
su Real, entre los ingleses,
que el de Gales acaudilla.

Trae más de diez mil guerreros
la inglesa caballería
y entre francos y bretones
y nabarros que les guian,



y un puñado de leales
que con don Pedro militan,
son otros diez mil flecheros,
los que sobre Ascarza brillan.

Don Pedro, al ver que su hermano
por Zaldiaran se aproxima,
y que á algunas avanzadas
suyas persigue y castiga,
espera que la batalla
se trabará al otro día
y se hace armar caballero
de San Roman en la ermita,
con cuatrocientos señores,
que igual honor solicitan.

Es el príncipe de Gales
quien le armará en este día;
el rey de Nápoles, hijo
del de Aragon, le apadrina;
y el gran duque de Alencaster,
y el Condestable que guía
á los bretones, Chandós,
los de Armañac y Mosidan
Caureley, Clison y Buch
y otros de nobleza inclita,
ya probados caballeros
en las extranjeras lizas,
á los guerreros noveles
apadrinan á porfía.

Por la noche allá en San Roman,
en las apretadas filas
de tanto y tanto guerrero
de tanta caballería,

entre grandes luminarias,
que en torno al campo se fijan,
vela don Pedro las armas
y comparten la vigilia
con él, ilustres señores
que ser armados ansían.

Todos con récias antorchas
de cera y viento encendidas,
todos, de todas sus armas
armados, y de rodillas
están, orando á San Roman,
al que gran tienda cobija.

Puntual el príncipe sale
de su real al ser de día,
y al rey don Pedro la espada
le ciñe, y segun obliga
la ley, fuerte pescozada
le dá y le abraza enseguida.

Con los demás caballeros
esas ceremonias mismas
se cumplen y se acrecienta
la ilustre caballería.

En banquete de campaña,
que en el otero improvisan,
los noveles caballeros
á sus padrinos convidan;
mientras que allá en las alturas,
que el horizonte limitan,
por Zaldiaran y Gomecha
y La Puebla, al mediodía,
donde acampa don Enrique,
tienen las miradas fijas.

A bajar de las alturas
valientes le desafían,
en diversas avanzadas
que por el llano desfilan.

Con espanto en las aldeas
y de Vitoria en la villa,
los curiosos habitantes
esperan la acometida,
que ha de cambiar el sosiego
del llano, en carnicería,
y que ha de dar al más bravo
la corona de Castilla.

II.

ZALDIARAN.-INGLES MENDI.

EL castillo de Zaldiran
allá en el alto se vé,
que con el Picozorrotz
cual silla de montar es.

Sobre la encumbrada cima
su Real tiene puesto el rey
don Enrique, y la nobleza
de Castilla está con él.

Por el paso de Arganzon,
por la Oca, querrá tal vez
su rival, el rey don Pedro
su entrada en Castilla hacer;
pero el pasar á Arganzon,
empresa difícil es,
mientras tenga don Enrique

los montes en su poder.

Sobre Gomecha y Esquíbel
su flanco izquierdo se vé,
donde hasta mil caballeros
la lucha han de sostener,
allí mandan Sancho y Tello,
ambos hermanos del rey,
y allí el jóven Pero Lopez
de Ayala, el noble alabés,
tiene el pendon de La Banda
que su Alférez llegó á ser.

Sobre el camino del puerto,
y hácia Lasarte tambien,
entre más de mil ginetes,
á quienes manda el marqués
de Villena, Calatrava
y Santiago andar se ven.

En Zaldiaran y sus faldas,
sobre San Bartolomé,
con mil quinientos caballos,
formando el centro, está el rey,
con sus nobles de Castilla
y su tercio aragonés,
y las gentes bascongadas
que lograron recojer,
Pero Gonzalez Mendoza,
Fernan Perez, ayalés,
Rojas, Gauna y los Sarmientos
con sus flecheros á pié.

En la vanguardia figuran,
Beltrán Claquin el francés,
y el mariscal de Audenehan

con el Besgue de Vilen.

Desde la altura á las gentes
de don Pedro avanzar ven,
que repasan á Vitoria
y á Ali y á Zuazo despues,
en los pueblos recogiendo,
qué gastar y qué comer.

Desde Picozorrotz bajan,
corriendo á todo correr,
don Tello con los bizcainos,
Pero Mendoza con él,
y hácia Ariñez se dirigen,
do, del ejército inglés
una nutrida avanzada,
audaz se llegó á meter.

En Zaballa detenido
su jefe Mosen Guillen
de Feleton, les espera,
y en un alto que allí es,
con doscientos hombres de armas
y otros doscientos á pié,
á alabeses y bizcainos
se prepara á responder.

Pedro de Mendoza sube
á donde aguarda el inglés,
y en la sangrienta embestida
morir á Feleton ve,
y á cien más, y apresada luego
á cuantos están con él.

Frente á Mendoza, su casa
señorial, la lucha es,
y ante el solar de sus padres,

en su tierra y por su rey,
Pedro Gonzalez consigue
al enemigo vencer.

Afamado entre las gentes
tal sitio en Alaba fué,
é *Inglesmendi* desde entónces
se llama el otero aquel,
en memoria del desastre
que sufrió el pendon inglés.

III.

RUI FERNANDEZ DE GAUNA.

EL rey don Enrique al llano
desde Zaldiaran no baja,
y el rey don Pedro á Castilla
mientras no baje, no pasa.

El rey don Pedro á Logroño
por Maestu va desde Ascarza,
y el rey don Enrique entónces
corre á su encuentro hácia Nájera.

En las orillas del rio
se encuentran, y despreciadas
diplomáticas razones,
empréndese la batalla.

Huye don Tello del campo
dejando á Enrique sin guarda,
y en vano de aquel cobarde
quiere el rey cubrir la falta.

Los ingleses y nabarros

á los castellanos cargan,
que por tener mal principio
desastrosamente acaban.

Con Gonzalez de Mendoza
cae preso Lopez de Ayala,
y en poder de los ingleses
yace el pendon de La Banda.

Preso es tambien Juan Hurtado,
con don Beltran de Guebara
y á los Rojas y Sarmientos
y á Juan de Mendoza matan.

Triunfante don Pedro queda,
y cruel su victoria mancha,
de Orozco en la noble sangre
tomando indigna venganza.

Huyendo va don Enrique
hácia la villa de Nájera,
en su rucio castellano
con su loriga pesada.

Caballero ni caballo
no pueden ya con la carga,
y presto del enemigo
caerán en la horrible garra.

En ayuda de su rey
un escudero cabalga
á toda prisa y saliéndole
al paso, sumiso exclama:
—“¡Señor, mi corcel tomad
que el vuestro fuerza es que caiga;
y disponed de mi vida
si á la vuestra hiciere falta!.,”
—¿Quién sois, que la vida os debo?,

dice, suspenso el monarca.

—Un alabés, siervo humilde;
soy Rui Fernandez de Gauna;
montad, señor, que las gentes
enemigas nos alcanzan!.

Y el rey, en una rodilla
del bravo alabés se afianza,
y monta, y con unos pocos
fieles á Aragon escapa.

A su tierra Rui Fernandez,
á su pueblo de Contrasta,
huyendo, como vencido,
por breves atajos marcha;
y cuando el caso refiere
en el solar de su casa,
el viejo y noble merino
alabés Juan Ruiz de Gauna,
—“¡Cual buen hijo de esta tierra
cumpliste!—dice, y le abraza,
que si refugio de reyes
fué en todos los tiempos Alaba,
justo es que alabeses salven
de la muerte á sus monarcas!.”

Un dia el rey don Enrique
cuando á don Pedro matara,
no se olvidó del servicio
de Rui Fernandez de Gauna,
hízole Alférez mayor
en la Córte, y noble paga
le dió, al darle el señorío
de Alegría y de Contrasta.

AYALAS Y MENDOZAS.

I.

EN MENDOZA Y EN QUEJANA.

1374.



RIUNFANTE el rey D. Enrique,
recibe del rey nabarro
á Vitoria y Salvatierra
y á Campezu, que su amparo
en la lucha fratricida,
por ser neutrales tomaron.

A Pero Lopez de Ayala,
el insigne vitoriano,
el escritor admirable,
el guerrero noble y bravo,
el alferez de La Banda,
que fué en Nájera apresado,
al hijo de Fernan Perez
á quien *El Varon* llamaron,
señor de Llodio, Arceniega,

Ayala, Orozco y Barambio,
á Pero Lopez de Ayala
da el rey el honroso encargo
de ser alcalde y merino
de Vitoria y de su campo.

Quiere el viejo Fernan Perez;
de lucha y glorias cansado,
á Dios dedicar la vida
en sus postrimeros años,
y en su torre de Quejana,
en su señorial palacio,
alza un convento de monjas,
de la Virgen al amparo.

Las vanas pompas del mundo
quiere cambiar por el cláustro,
y su cota de guerrero
por el tosco hábito blanco,
de los frailes dominicos
de su pueblo vitoriano.

Para dar su adios al mundo
en Mendoza ha convocado
á los suyos, donde Aldonza
su hija, el dominio y el mando
tiene, como esposa insigne
de Pero Gonzalez, bravo,
que es Mayordomo mayor
del rey Enrique en palacio.
Allí su hija Mencia acude,
que en Guebara vivió, al lado
de don Beltran el señor
de Leniz, muerto hace un año.

Allí viene Pero Lopez

el alcalde vitoriano,
y del barrio de Mendibil
tambien llega Juan Hurtado
el Limpio, en todas las lides
de los de Mendoza hermano.

Solemne fiesta en la torre
la familia ha preparado,
para honrar la despedida
del glorioso veterano.

En aquel postrer banquete
con orgullo han recordado,
las hazañas de Guebara,
de los Mendozas los bravos,
de los Ayalas las glorias,
y de Mendibil los lauros.

Allí á las musas se rinden
las tizonas en descanso,
y por súplica del viejo
hijos y nietos cantaron;
que si guerreros ilustres
de tal familia han brotado,
tanto como por su espada
por su talento brillaron.

Dijo el noble Pero Lopez,
entre todos el más sábio:
muchos hermosos *decires*
de los que compuso tantos;
y dijo Pero Gonzalez
de Mendoza, entre otros varios,
aquellos, que á una doncella
dedicara de muchacho:

“Dios que sabes la manera

De mi ganas grant pecado
 Que me non mostras carrera
 Por do salga de cuidado,
 Pues aquesta es la primera
 Dona de quien fui pagado
 Que non amo en otra parte.

Pero te sirvo syn arte
 ¡Ay amor, amor, amor!
 Grant cuyta de mi parte.

La miña (entençon) era
 E sserá mas todavia,
 Muy leal e verdadera
 Contra la sseñora mia;
 Mas quando me desespera
 Del su bien que atendia
 Todo mi corazon parte.

Pero te sirvo syn arte
 ¡Ay amor, amor, amor!
 Grant cuyta de mi parte.,,

.

Pero Belez de Guebara,
 nieto del ilustre anciano,
 por su ruego, de la Vírgen
 recordó el sentido canto:

“Señora, grande alegrya
 Siento en mi corazon
 Pues te llaman con rrason
 Vírgen, sol del mediodia.

En tí tengo yo esperança
 Estrella de los maitines,
 A quien dan los serafines

Loor é grande alabança
 Señora, mi esperança
 En tí es toda sason,
 Pues de ty galardón
 Espere, señora mía.

Todo el mundo fué alumbrado
 Con el fruto que nos diste,
 Virgen, al que tu paryste
 Digno é santo sin pecado:
 Sseno bien aventurado
 Lleno de tan noble don
 Por amor de este ssermon
 Virgen santa tu me guía.„

.

A la fiesta de familia
 se une la que los hidalgos
 y labradores celebran,
 de Mendoza en los estados,
 que ellos tambien á *El Varón*,
 despiden con pesar harto,
 ya que en la paz y en la guerra,
 sin cesar le acompañaron.

Fernan Perez con sus hijos,
 con sus deudos y vasallos,
 desde Mendoza á Quejana
 parte en el dia inmediato,
 que quiere su Adios decir
 á aquel rincón muy amado,
 solar de sus ascendientes
 y hoy sepulcro y templo santo.

Por Altuve y por Amurrio

pasan, despues hacen alto
en Zaraube, de las leyes
del pueblo lugar sagrado,
donde alcaldes y vecinos
su viaje están esperando;
de Izoria y Olabezar,
y de Menoyo y Luyando
se ven numerosas gentes,
de Respaldiza en el alto
donde don Bela, ascendiente
de Fernan, está enterrado.

Por el angosto camino
al pié del Villodas bravo,
frente á Perea y Rubina
peatones y caballos
á Quejana se dirigen,
que allí se alza en sus dos barrios.

Desde lejos se descubren
su torreón almenado,
su alcázar, hoy monasterio,
su puente y su campanario.

Allí, donde ayer vivieran
sus nobles antepasados,
á las *dueñas dominicas*
dió Fernan casa y regalo.

Allí yace sepultada
doña Elvira de Zaballos
su esposa, y allí á su muerte
tendrán sus huesos descanso.

Ante el ara, de rodillas
con Fernan se postran cuantos,
en su postrer despedida

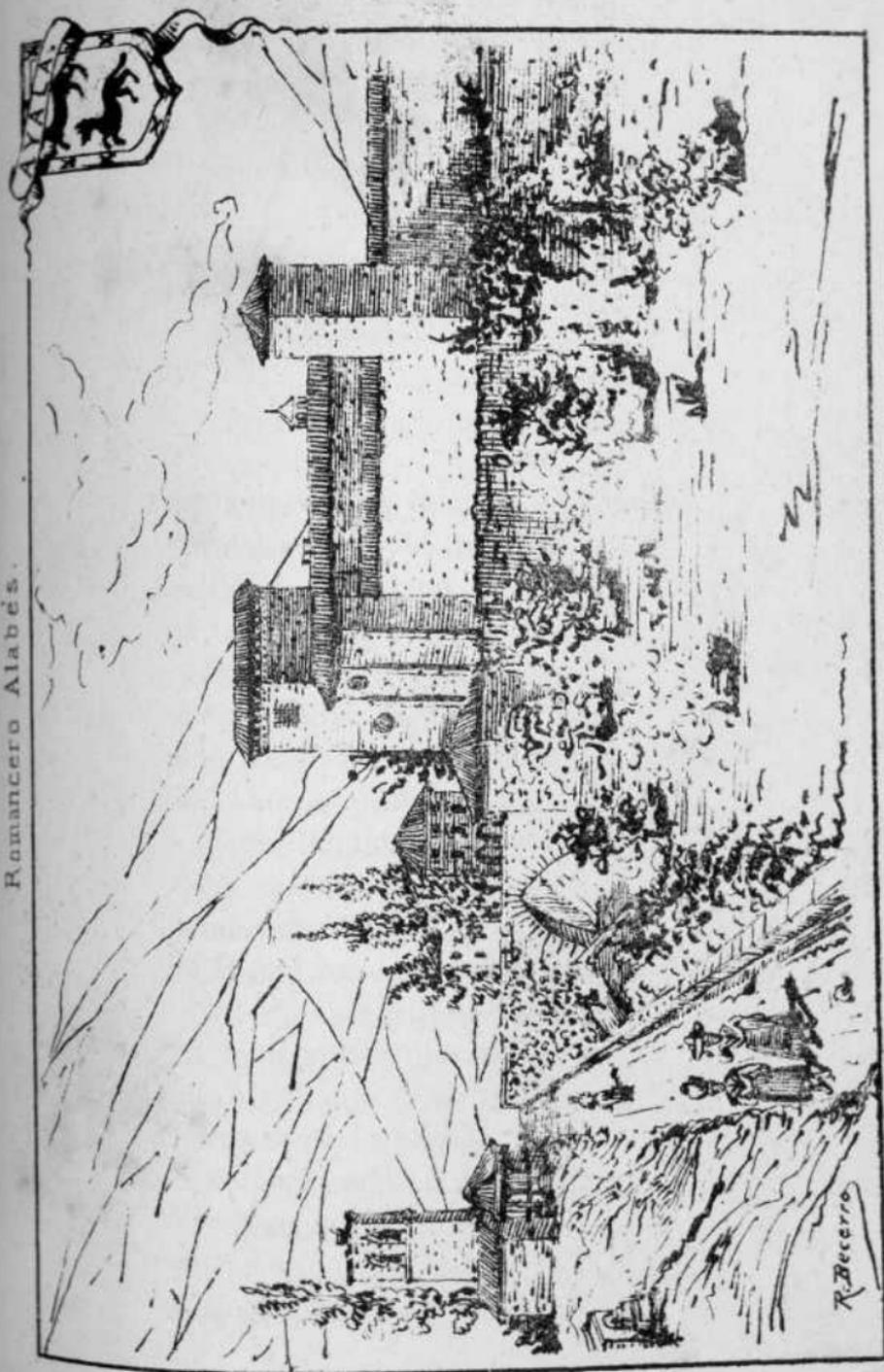
amantes le acompañaron.

Un cabello de la Virgen,
puesto en digno relicario,
en el altar deposita
con fervor; él lo ha guardado
desde niño como joya
y talisman de su amparo.

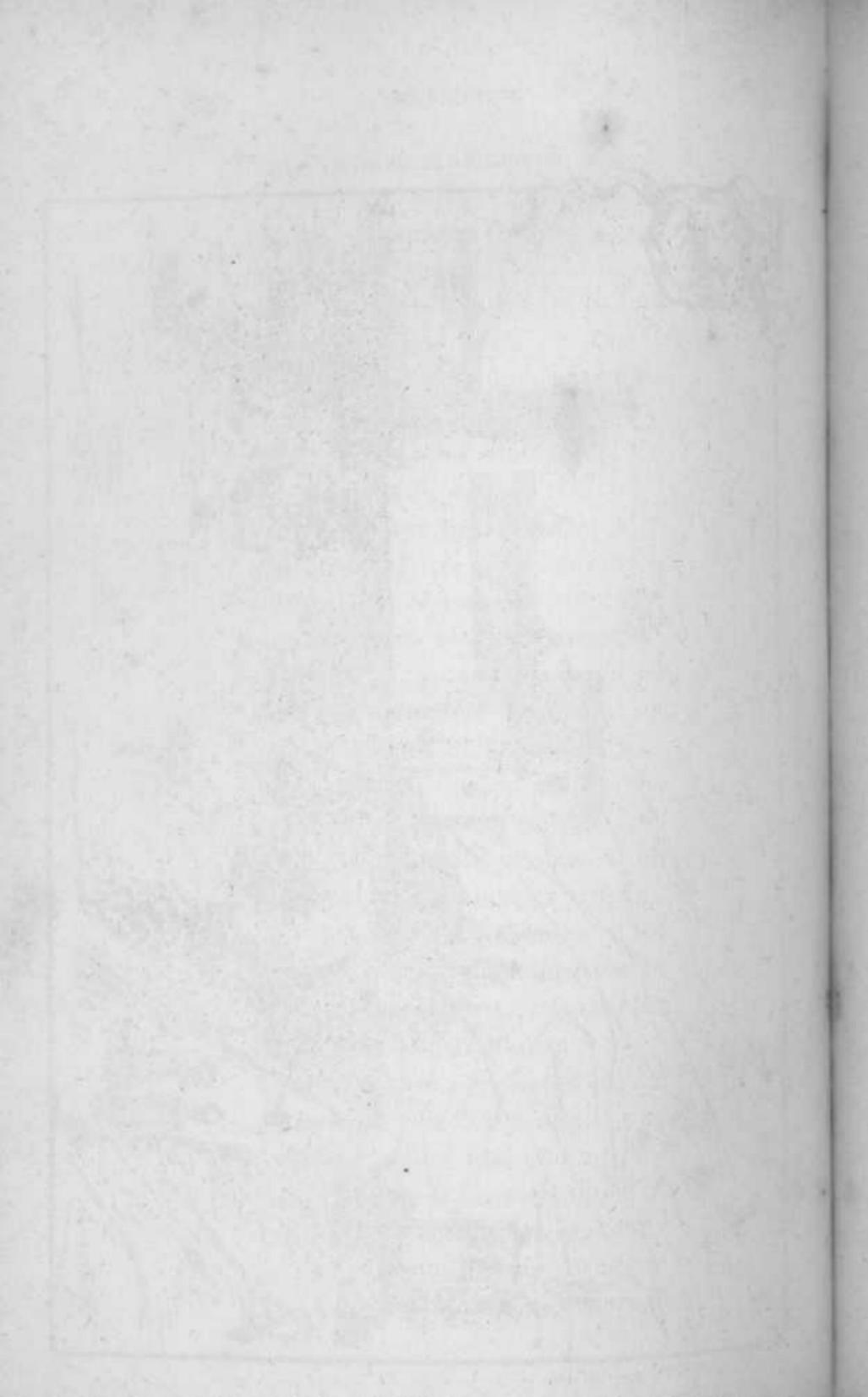
Ante sus hijos y deudos
promete al nuevo santuario,
dotar de cuantiosas rentas,
dentro de muy breve plazo;
y su espada y su armadura,
y su escudo, decorado
con dos lobos negros, prietos
andantes en fondo blanco,
y los trofeos que al móro
ganara en sus buenos años,
cuelga de los altos muros
de aquel presbiterio santo.
Después á Vitoria vuelve
con sus hijos y vasallos,
y al poco tiempo profesa
humilde fraile, en el cláustro
de Santo Domingo, en medio
del pueblo maravillado,
que hoy le vé tan abatido,
como ayer le vió tan alto.

En la capilla mayor
en un sepulcro timbrado,
yace Beltran de Guebara,
de sus hazañas hermano.

Ante su tumba las horas



Monasterio de Quejana
Sepulcro del gran cronista y poeta Pero Lopez de Ayala.



pasa y olvida humillado,
sus alegrías, sufriendo,
y sus dolores, rezando.

II.

ALJUBARROTA.

1385.

ENTRA el rey don Juan primero,
con sus gentes castellanas,
en tierra de Portugal,
de la corona en demanda.

Pero Gonzalez Mendoza
al lado del rey cabalga,
cual Mayordomo mayor
de la corte del monarca.

Entre la junta guerrera
de la nobleza preclara,
como primer consejero
vá Pero López de Ayala.

No lejos de Aljubarrota
los invasores se paran,
que allí fuerte el portugués
les presenta la batalla.

Nuño Pereira el caudillo
enemigo, sus mesnadas
en posiciones difíciles
dispuso con arte y maña.

A verle, en nombre del rey
vá Pero López de Ayala,
y á exponerle las razones
porque en Portugal entrara.

Razones entre enemigos
para aplacarse no bastan,
y el campo enemigo estudia
Pero, mientras de ellos trata.

Vuelto á su rey le demuestra
el alabés sin tardanza:
que es imposible el combate
con éxito en nuestras alas,
que el portugués es muy fuerte.
que la tarde es muy entrada,
que nuestras tropas no tienen
descanso, ni pan, ni agua,
que de recibir socorros
apénas hay esperanza,
que comprometer á ciegas,
á nuestras gentes es lástima,
y que con mejor fortuna
podrán pelear mañana.

Un viejo noble, francés,
que Juan de Rua se llama,
mensajero ante don Juan
de su rey, el rey de Francia
las razones de don Pero
apoya con sus palabras.

Peró los guerreros jóvenes
sin esperiencia y sin calma,
y entre ellos Gomez Manrique,
y Gomez Sarmiento, avanzan

sin atender á razones,
que temor indigno llaman.

Pronto entre dardos y piedras
es rota nuestra vanguardia,
y en vano el combate buscan
del ejército las alas,
que entre ellas y el portugués
fuertes obstáculos se alzan.

Al centro en grupos acuden
nuestros bravos hombres de armas,
do sólo muerte les brinda
aquel campo de matanza.

En él á Gomez Manrique
y á Gomez Sarmiento acaban,
y allí mísera perece
la nobleza castellana.

Flaco el rey don Juan primero
es llevado en unas andas,
y en medio de la pelea
sobre un caballo le cargan.

Perecen los caballeros
y escuderos que le guardan,
y allí muriera infeliz
sin combatir, y sin armas,
cuando herido su caballo
entre los muertos rodara,
á no acudir animoso
del medio de la batalla,
Pero Gonzalez Mendoza,
que al rey del combate saca,
que su caballo le entrega,
que entre sus brazos le alza,

y que á pié, á morir se vuelve,
diciéndole estas palabras:

*“Si el caballo vos han muerto
Subid, Rey, en mi caballo:
Si en pié no podeis tenervos,
Llegad, subirvos he en brazos,
Poned un pié en el estribo
Y el otro sobre mis manos;*

*Lo que sembrastes en mí
Vos lo torno mejorado,
Que nunca la buena tierra
Negó el fruto ningun año.
Non vos obligo en tal fecho,
Nin me fincais adeudado
Que tal escatima deben
A los reyes los vasallos:
Si es verdad lo que os digo
No dirán los castellanos
En oprovio de mis canas
Que vos debo et non vos pago;
Nin las dueñas de Castilla
Que á sus maridos fidalgos
Dejó en el campo difuntos
E salgo vivo del campo.*

*Catad que cresce el gentío:
Magüer fine yo, salvadvos.*

*Un tanto blando es de boca
Bien como á tal sofrenadlo,
No vos empache el pavor
Dadle rienda y picad largo.*

*Menos causa tuvo Eneas
Pues cuando fizo otro tanto*

*Tan sólo salvó á su padre,
 Y al padre de todos salvo.
 Pero si en la lid sangrienta
 Por la dicha del contrario
 En vuestro servicio, Rey,
 Finco yo fecho pedazos
 A Diagote os encomiendo;
 Catad por aquel mochacho
 Sed padre é amparo suyo
 E Dios sea en vuestro amparo.,,
 Esto dijo el montañés.
 Señor de Hita y Buitrago
 Al rey don Juan el primero
 Y entróse á morir lidiando. (1)*

Alaba, la noble tierra,
 en que nació Rui de Gauna,
 que salvó al rey don Enrique
 en el combate de Nájera,
 Alaba, la noble tierra,
 tambien por su honor criara
 á Mendoza, que á don Juan
 en Aljubarrota salva.

Muere Mendoza en el campo,
 y á su lado cae Ayala,
 al frente de sus guerreros
 los del pendon de La Banda.

Rota en trozos su cabeza,
 hecha pedazos su espada,

(1) Este antiguo y bellissimo romance anónimo que aqui se reproduce, y que tanto honor hace al héroeico hijo de Alaba, debe grabarse en letras de oro, en una lápida colocada en la torre-Castillo de Mendoza.

su cuerpo es sólo una herida
de tantas como le causan.

Abrazado á su pendon
y moribundo le apartan,
al llegar la triste noche,
de aquella triste jornada.

Al volver en sí, cautivo
los portugueses le guardan,
y con crueldad infame
su heróico valor pagan.

Al valiente Pero López
á aquel guerrero sin tacha,
encanto de nuestras musas
y espejo de nuestras armas,
para irrisión fementida
le encierran en una jaula,
y por los pueblos del reino,
cual á una fiera le sacan.

Al través de los barrotes
sostiene con arrogancia,
contra el vencedor ufano
su poderosa mirada,
y ya que luchar no puede,
en su duelo no descansa
y un libro de desengaños
escribe preso en la jaula.

En el castillo de Oviedes
encadenado le guardan,
y escribiendo olvida penas
que á su fuerte pecho amargan.

Allí el guerrero poeta,
su obra admirable llamada:

el *Rimado de Palacio*
con resignacion acaba;
Y el *Libro de Cetrería*
que es de la nobleza, gala,
altivo escribe, sujeto
á su cadena pesada.

Doña Leonor de Guzman
su esposa, al fin le rescata,
pagando veinte mil doblas,
de treinta mil que fijara
el portugués, como precio
de su libertad ansiada.

Su hijo Fernan Perez queda
en rehenes por las que faltan,
y que el rey don Juan primero,
y su amigo el rey de Francia,
y Gonzalo de Guzman
su primo, á la postre pagan.

Cuando á Vitoria regresa,
el luto sus timbres guarda,
que el viejo Fernan murió
de pena tras la batalla,
y ya reposan sus huesos
en la tumba de Quejana.

III.

EL GRAN CANCELLER AYALA.

EN Vitoria las campanas
tocan sin cesar á duelo,
porque de la Rioja viene

hácia la villa un entierro.

La provincia está de luto,
de luto está el pueblo entero,
que Pero López de Ayala,
el Gran Canciller, ha muerto.

De Calahorra á su villa
le traen en lujoso féretro,
de hidalgos y labradores
con gran acompañamiento.

Las gentes de Salvatierra
se unen al triste cortejo
porque al morir Pero López
á su buen Señor perdieron.

Desde San Miguel del Monte,
de Miranda allá en los cerros,
los monges benedictinos
vienen sus pasos siguiendo,
que fué el fundador piadoso
de aquel retiro don Pero,
y allí, en concluir sus Crónicas
pasó sus últimos tiempos.

A las honras, varios nobles
envia tambien Toledo,
que fué su alcalde mayor
Ayala, y cumplió cual bueno.

Al monarca representan
dos nobles de su consejo,
que fuera Ayala en la Côte
camarero y consejero.

De Portugal y Aragon
y Francia, se dan al viento,
entre otras muchas enseñas,

los altos pendones régios,
que fué Ayala embajador
de su rey, en tales reinos,
así en cuestiones pacíficas,
como en asuntos guerreros.

Entre el alto San Vicente,
que es gran fortaleza y templo,
y el portal de Villasuso,
de San Bartolomé viejo,
encima de la plazuela,
donde presta juramento
sobre un *machete* famoso
el síndico de este pueblo,
de la familia de Ayala
se alza el palacio severo.

En su átrio, que está colgado
de luto por fuera y dentro,
entre el creciente gentío
hace alto el triste cortejo.

A poco de su llegada
se vé entre blandones puesto,
ante Vitoria que llora,
el cadáver de don Pero.

A sus piés, en un estrado
de brocado y sedas hecho,
están su espada y pendon,
y su pluma y su tintero,
y las obras admirables
que produjera su ingenio.

Entre ellas, el *Sumo bien*
en vulgar romance puesto,
y las *Morales de Job*,

y la *Vision* de Boecio,
de Tito Livio las *Decadas*,
hechas por encargo régio
y la *Crónica Troyana*,
y de Boccacio los cuentos.

Allí está, causando asombro
á los sabios de este tiempo
El Rimado de Palacio,
de las letras monumento,
orgullo de nuestra historia
y de alta moral, ejemplo.

El *Libro de Cetrería*
entre cadenas compuesto,
y el de *Mujeres Ilustres*,
y el de *Marco Tulio viejo*.
y su *Linaje de Ayala*
allí están, cual se escribieron.

Las joyas de nuestra historia,
la *Crónica de don Pedro*,
la de *Enrique, el dadivoso*,
la de *don Juan el primero*
y la de *del tercer Enrique*
allí su trabajo inmenso
ostentan, cual ricas joyas,
que debe la pátria al génio.

A tanta gloria perdida,
á tan grande poder muerto,
con lágrimas y clamores
llora en este dia el pueblo.

Desde Vitoria á Quejana
sigue la marcha el entierro,
que allí, en su antigua solar,

está su sepulcro abierto.

Él lo hizo labrar en vida,
hace ya ocho años lo ménos,
con su estatua de alabastro
retrato suyo perfecto,
y la de Leonor, su esposa
muy amada, y cuyos restos,
en Vitoria guarda hoy dia
de San Francisco el convento.

Limpio el rostro y ahuecado
en melenas el cabello
sobre almohadones descansa,
con esquisito arte puesto.

Cubre á la fuerte loriga
régia aljuba, desde el cuello
abotonada, y ostenta
la Banda sobre su pecho.

Ancho cíngulo, de aljófár
bordado en morlanes bellos,
en lo ancho de las caderas,
tiene á su ropa sujeto.

En las piernas y los brazos
muestra armadura de acero,
y sus ricos guanteletes
sobre la espada están puestos.

Magnífico talabarte
la envuelve de uno á otro extremo,
y el puñal de la piedad
lleva en el costado diestro.

Por su lealtad y alcurnia
figura á sus piés un perro,
que el escudo de la casa

en el collar tiene impreso.

Sepulcro más admirable
jamás nuestras gentes vieron,
que el de Ayala, en la capilla
de la Virgen del Cabello.

Góticas tablas componen
el altar allí frontero,
y en él, el Gran Canciller
y su padre se ven puestos,
ante San Blas, de rodillas,
su santo amparo pidiendo.

Bajo el coro, y en el muro
en el costado derecho,
en góticos caracteres
hay un sencillo letrero,
que del gran López de Ayala
inmortaliza el recuerdo.

No hubo jamás en la historia
más valiente caballero,
ni poeta más insigne
ni cronista más egregio;
ni oponer puede á Vitoria
gloria mayor ningun pueblo;
ni hay lugar tan venerado
de Alaba en el pobre suelo,
que con Armentia y Arriaga
comparta el cariño nuestro.
como Quejana, sepulcro
donde se guardan los restos
del adalid más valiente,
del cronista más egregio,
del poeta más insigne

que en nuestra historia tenemos.

IV.

EL GRAN CARDENAL MENDOZA.

1476.

EN busca de otra corona,
con sus gentes portuguesas,
por los campos de Castilla
el rey de Portugal entra.

Contra él, Fernando el Católico
y la Católica reina,
desde Zamora hácia Toro
con sus legiones se acercan.

Pero Gonzalez Mendoza
arzobispo de la iglesia
de Sevilla y Cardenal
de gran poderío y ciencia,
al lado del rey cabalga,
y de Toro en la pelea,
por su consejo se logra
una victoria completa.

Huye el rey de Portugal
viendo á sus gentes deshechas
y á Zamora don Fernando
vuelve, y su triunfo celebra.

Quieren nuestros caballeros
tomar venganza severa

en los vencidos, que ayer
destrozaron nuestra tierra.

El día de Aljubarrota
y sus matanzas recuerdan
y tienen al rey perplejo
y los prisioneros tiemblan.

Levanta el Gran Cardenal
su voz sagrada y austera,
y ante el rey y ante los nobles
así, arrogante se expresa:

“El matar al que se rinde
no es victoria, sino mengua;
si peleando cual bravos
lo hicierais, bien hecho fuera,
pero acabar al vencido
indigno es de la nobleza,
y más hoy, en que el perdón
y libertad os pidieran.

Ellos, siguiendo á su rey
aquí impusieron su fuerza,
como nosotros lo hiciéramos
si entráramos en su tierra.

De Aljubarrota la escusa
tomais para la ira vuestra,
y yo allí á Pero Gonzalez
mi bisabuelo perdiera.
aquel Señor alabés,
que al rey con su fortaleza
salvó, y que volvió cual noble
á morir en la pelea.

Por el triunfo alucinados
muchas muertes allá hicieran,

que es difícil que el acero
iracundo se detenga.

Pero, han pasado diez días
desde que en Toro vencierais
y, plegue á Dios, que inhumanos
el mundo, jamás os vea.

El vencer es de varones,
vengarse es de mujerzuelas;
¿qué mayor venganza cabe
en nobles, que el no ejercerla?

Podeis matar al vencido,
vengaos con la clemencia;
podeis cautivo tenerle.
vengaos, dándole suelta.

Dejad que por vil rescate
todos á sus pueblos vuelvan,
que sólo harán crueldades
si en los nuestros se les deja.

Si peleando los matareis,
entonces bien hecho fuera,
pero el matar al rendido
hoy, no es triunfo sino mengua,„

Así habla el Gran Cardenal,
el que la sangre alabesa,
no desmintiéndola nunca,
lleva orgulloso en las venas.

Al dar libertad y vida
á tantos pobres, se muestra
más glorioso que su abuelo,
si mayor gloria cupiera.

El rey, ante sus razones
que se dé el perdón ordena,

y los vencidos las manos
de Mendoza, ufanos besan.

Los timbres de su familia
á su lado, en Toro, llevan
don Diego su hermano, el duque
que de El Infantado hicieran,
el vizconde de Torija,
y don Alvaro, que ostenta
de Mendívil y el Zadorra,
las afamadas panelas.

Con ellos, hasta Granada
sumando victorias llega,
y de ellos son los más grandes
de la española grandeza.



Romancero Alabés.



Castillo de Abendaño, en Villarreal
tomado desde orillas del Bastibayeta.



Los Señores y los Pueblos.

I.

OÑEZ Y GAMBOA.

1410-1448.



RES siglos hace que en lucha
Oñez y Gamboa están
y por toda Euskaria estienden
su vil ódio fraternal.

Entre Mendoza y Guebara
dura el viejo pelear;
con Guebara está Abendaño,
Butron con Mendoza vá.

El señor de Lacorzana,
Hurtado, suele luchar
contra el señor de Mendíbil,
el Hurtado principal.

Contra Guebara y Gamboa
se alza, de Oñez su rival,
en Alegría un castillo,
que hizo Lazcano fundar.

Lazcano, que de Guipúzcoa
vino á Contrasta á casar,
con la de Gauna, heredera
del escudero inmortal.

Con Gamboa y con Guebara
los viejos Ayalas van,
y con Oñez, por la sangre,
la casa de Salazar.

Olasos, Baldas y Urquizos,
la aristocracia feudal
de Guipúzcoa, por Gamboa
su nombre y sus gentes dan.

Y Zaldívar y Loyola,
y Múxica y San Millan
en Guipúzcoa y en Bizcaya
quieren por Oñez luchar.

Al amparo de los reyes
medran cada día más,
y en la noble tierra cunde
la tiranía fatal.

Cual los lobos se disputan,
la presa que han de tragar,
así en los dos bandos riñen
por quién más poder tendrá.

Al amparo fementido
de tanta rivalidad,
imperan los malhechores,
sin que se acaben jamás.

Nadie segura la vida
tiene, ni goza de paz
en la labor de los campos,
ni en la labor del hogar.

A más los nobles aspiran,
á ménos los pueblos van,
que en las mútuas ambiciones
de aquellos, arraiga el mal.

Que en las luchas de los grandes
los chicos suelen pagar,
porque los que mandan, riñen
á espensas de los demás.

Corre la sangre en Lazcano,
en Unzueta y Arriarán,
en Verástegui y Elgueta
en Legarpia y San Millan.

Llora Elorrio la matanza
de su batalla campal,
Zárate y Gamboa luchan
en Murguía sin cesar.

Los de Leniz, contra Oñate,
donde el de Guebara está,
avanzan siempre, y en vano
Ayala su autoridad,
de Merino de Guipúzcoa
y su influjo paternal
impone, porque los bandos
se destrozan más y más.

En Miranda, en una féria,
contra Hurtado Diaz dá
Rodrigo Zárate, al mando
de la gente principal,
que Juan Hurtado Mendoza,
el Prestamero real
de Bizcaya, rencoroso
De Fontecha hace enviar.

Allí Zárate parece
y Juan Corcuera además,
ante Sancho de Londoño
que á Diaz vino á ayudar.

En la vieja Legutiano,
que hoy se llama Villarreal,
con señorío y castillo
los Abendaños están.

Supo Martin de Abendaño
en una hazaña inmortal,
en los campos de Guadix
al rey moro derrotar.

Y su ensangrentada aljuba
llena de flechas está
desde entónces, retratada
en su escudo señorial.

A don Pedro de Abendaño
su nieto, el señor actual,
las gentes de Aramayona,
vienen de prisa á buscar;
porque de Gomez Gonzalez
de Butron, señor feudal
del valle, la tiranía
ya no pueden soportar.

Es oñacino Butron
y gamboino es su rival
y en lucha está Aramayona
sin tregua con Villarreal.

Guiado por los del valle
y con sigilo especial
los montes cruza Abendaño,
y del alba al despuntar

de Turrion y de Barajuen
apoderándose vá
y en Gureia y en Ibarra
hace su nombre aclamar.

Butron los de Oñez reune
y sobre Mondragon dá,
que á Aramayona ha de haber
si la llega á dominar.

Abendaño, á Pero Belez
de Guebara, el general
de las gentes gamboinas
en su apoyo hace llamar,
y viendo que á Mondragon
Butron nunca entregará,
fuego pegan á la villa
la víspera de San Juan.

Sale Butron confiado
en que logrará escapar,
y junto á la Magdalena
horrible muerte le dan.

.

En vano don Pero Lopez
de Ayala, por el rey vá,
con su fuerza y sus poderes,
á poner el bando en paz.

Oñez sueña en la venganza,
Gamboa se ha de vengar,
y del Ebro al Machichaco
cunde el odio más y más.

II.

LOS SEÑORES EXTRAÑOS.

A los viejos señoríos
 que por Alaba se extienden,
 añádense poderosos
 los que desde fuera vienen.

La ambicion de los caudillos
 cuanto más coge más crece,
 y sirven á tal miseria
 complacencias de los reyes.

Los *Sarmientos* en Salinas
 de Añana su imperio tienen,
 y la corona de condes
 ostentan sobre su frente.

Desde Berganzo á Lagran,
 en todos los pueblos vése
 su rojo escudo, que esmaltan
 trece dorados roeles.

Por la herencia ó por el hierro
 ensanchar su estado suelen,
 y llaman *Tierras del Conde*
 las que á Sarmiento obedecen.

Mientras Butrones y Múxicas
 y Arteagas á San Vicente
 de la Sonsierra, á las órdenes
 del conde de Haro acometen,
 contra el mariscal nabarro
 Sancho de Londoño, mueve,

desde Labastida el conde
de Salinas, á sus gentes
y entre cadenas vencido
trayendo á Londoño, vuelve.

En Treviño, la corona
de conde un *Manrique* tiene
y á su dominio sujeta
lo que Sarmiento le cede.

En Amusco y en Treviño
en sus torres aparecen,
las dos calderas doradas,
que en rojo campo usa siempre.

Los *Belascos* en La Puebla
de Arganzon hacen de jefes,
y á Sarmientos y Manriques
en continua pugna tienen.

Lucen sus antiguos timbres
de los montes burgaleses,
con ocho escaques dorados
y beros azules siete.

Los *Rojas* en Santa Cruz
y en Antoñana mantienen
su poder, y con los Gaunas
hasta en Arraya se meten.

En su escudo de oro muestran,
formando contraste fuerte,
las cinco estrellas azules,
que á su nombre no convienen.

Extraño es el señorío
en los pueblos alabeses
de estos nobles, que en Castilla
su origen y arraigo tienen.

De Amusco son los Manriques,
 los Rojas de Poza vienen,
 de Bureba los Sarmientos,
 y de las sierras agrestes
 de Pomar son los Belascos,
 que á todos en fuerza esceden.

Ellos atizan el fuego
 de los bandos que nos pierden,
 pues cuanto más riñen estos
 tanto más ellos se crecen.

Con su ayuda viven muchos
 que los disturbios promueven,
 y amparo de revoltosos
 suelen ser sus casas fuertes.

Sus abuelos contra el moro
 conquistaron mil laureles
 y ahora el pueblo es el que paga
 glorias que de aquellos vienen.

Es feudal el siglo, y vil
 el feudalismo se estiende
 porque á su progreso ayudan
 complacencias de los reyes.

III.

LAS HERMANDADES.

“JUSTICIA CONTRA MALHECHORES.”

1417.

“**C**ONTRA el poder de los grandes,
 que aun que son grandes son pocos
 está el poder de los pobres,

que aunque pobres, muchos somos.

Para que el rey se sostenga
sostiénense entre sí todos,
y á tantos sostenedores
les sostenemos nosotros.

Reyezuelos en sus tierras,
disputan con fiero encono
por quién manda más, robándose
los mandos unos á otros.

Cuando entre sí se destrozan
arreglan sueltos sus ódios,
y cuando juntos peligran
contra el pueblo se unen todos.

Andariegos hijos-dalgo,
dentro y fuera de sus cotos
no temen á Dios, ni al rey
ni á la Justicia tampoco.

Para un hidalgo insolente
nó falta un villano tonto,
que audaz el daño cometa
si aquel le presta su apoyo.

A la sombra de los grandes
infaman el territorio,
sanguinarios malhechores
con sus muertes y sus robos.

Unámonos como hermanos
contra tal plaga nosotros,
que á la Hermandad por ser muchos,
temerán los poderosos.

De las viejas hermandades
tomemos ejemplo honroso,
y con el mal acabemos

por completo, bien y pronto.”

Así Diego de Lubiano habla, al exponer su voto por Vitoria, en una junta que convocó el pueblo todo, buscando firme remedio á los hechos y alborotos, de parciales, que á las leyes se oponen escandalosos.

Dice Rui Lopez Montoya, con Vitoria me conformo en nombre de Salbatierra y ayudaros me propongo.

Y el bachiller de Trebiño Fernan Albarez muy docto en treinta y cuatro capítulos sienta la opinion de todos.

Fernan, Lubiano y Montoya, su pretension ante el trono en Valladolid exponen á la Reyna, que halla el modo de que en la nueva Hermandad, entren, por derecho propio, con las tres villas hermanas, cuantos pueblos en contorno tiene Alaba y que el concierto sea así más poderoso.

Los Alcaldes de Hermandad serán los jueces celosos, que á los malhechores penen en su campo ó pueblos propios,

Villano que mate ó robe

ahorcado morirá pronto,
y sea empozado y muera
si es hidalgo el alevoso.

Con las orejas cortadas
á raiz del casco, si es poco,
por primera vez el hurto
se pague por unos ú otros.

Y así, en sus diversas penas,
diente á diente, ojo por ojo,
las ordenanzas se imponen
en nuestra provincia á todos.

1443.

A la guerra de los nobles
une la Hermandad su guerra,
cuando aquellos poderosos
obran en perjuicio de esta.

Conforme la Hermandad crece
los grandes entre sí acuerdan,
ligarse, y contra los pueblos
lanzar sus nutridas fuerzas.

Un dia las hermandades
contra los hechos protestan
de Pero Lopez de Ayala,
el señor de Salbatierra.

Y sin atender al rango
que entre los reyes tuviera,
ni á que es Merino mayor
de la Guipuzcoana tierra,
á él y á su esposa María
de Belasco, hija primera

del conde de Haro, animosas,
en su propia villa, cercan.

Largo vá el sitio y si triunfan
los de los pueblos, se acuerda,
el alcázar y el castillo
de Ayala tirar por tierra.

Bien pronto hasta el conde de Haro
tan grave noticia llega,
y juntando en su comarca
cuatro mil lanzas guerreras,
cruza la Rioja y Treviño,
á Salbatierra se acerca
y ante su poder temible,
los pueblos del cerco dejan.

Horrible venganza toma
en las vecinas aldeas
el conde, y los viejos ódios
castigados, se acrecientan.

Arden los pueblos; á muchos
el de Haro, de la horca cuelga,
y entre hermandades y nobles
más y más se ahonda la guerra.

1458.

A Vitoria el rey Enrique
entre aclamaciones llega,
á la villa, que su padre,
el rey Juan, ciudad hiciera.

Unidas las hermandades
sus leyes al rey presentan,
para que apruebe los cambios,

que en las mismas tienen hechas.

De las nobles ordenanzas
el fuerte amparo desean
muchos pueblos, y la lista
de los inscritos aumenta.

Desde Amurrio hasta Contrasta,
desde Pancorbo hasta Elguea,
en contra de malhechores,
con su justicia severa,
se extienden los afiliados
en la Hermandad alabesa.

1463.

Contra el fraternal poder
de la Hermandad se sublevan,
los grandes, y en todo el suelo
bascongado al pueblo retan.

Que aunque el rey lo ha prohibido,
y de destierro la pena
á los señores impuso,
estos en su ódio no cejan.

Débil es el rey, y abusan
los magnates de sus fuerzas,
y á las órdenes del trono
ningun cumplimiento prestan.

A su sombra los malvados
en sus daños perseveran,
y la justicia del pueblo
burlan con harta frecuencia.

En su creciente poder
las hermandades acuerdan,

para mayor bien de todos,
reformular sus leyes viejas.

El rey, en favor del pueblo
y á ruego de Alaba, ordena
á sus sábios consejeros
que en las reformas entiendan.

De acuerdo con los más doctos
y honrados, que Alaba encierra,
Alonso de Valdivieso
las ordenanzas proyecta.

Cítanse en Ribabellosa,
del Bayas en la ribera,
todos los pueblos que tiene
la Hermandad de nuestra tierra;
y de Pancorbo, Miranda,
Orduña, Ayala, Arciniega,
Losas y Valdegobía,
y de Araya y Salvatierra,
Contrasta, Arana y Campezo
de cuantas villas se cuentan,
con Vitoria ya hermanada,
en la region alabesa,
los *Procuradores* vienen
y en la sencilla asamblea,
el *Cuaderno de las leyes*
de nuestra provincia aprueban.

Al buen gobierno se atiende,
que nuestra Hermandad sostenga;
y prohibense las ligas
parciales, do quier que sean;
ordénanse los delitos
y en su proporcion las penas;

mándase á cada hermandad
que su propio alcalde tenga;
se nombran los Comisarios
que á los alcaldes observan
que haya dos juntas anuales
segun la costumbre vieja,
por Noviembre, una Vitoria
y la otra, por Mayo, fuera;
que jamás en nuestras leyes
los abogados se metan;
los Procuradores siempre
de honor y de arraigo sean;
que haya en los repartimientos
justicia é igualdad estremas;
que nadie su cumplimiento
se niegue á pagar siquiera;
que en sus juntas la Hermandad
con rigor tome las cuentas;
que hidalgos y poderosos
las leyes no contravengan;
que nadie á los malhechores
dé amparo, guarda ó defensa,
que los nombres sentenciados,
puestos al público sean;
que á Comisarios, ni alcaldes
ninguno haga resistencia;
que anualmente estos oficios
caigan en personas nuevas;
que al que hiriere ó lo intentare
como propio juez, que muera;
que la Hermandad ponga paz
en los disturbios que vengan:

que los pueblos y hermandades,
 en cuanto llamados sean
 por la campaña tañida,
 se armen y armados se muevan
 en pos de los malhechores,
 que merecieren tal pena.

A estas leyes, aprobadas
 por el pueblo, el rey les presta
 su sancion, y desde entónces
 rijen en Alaba entera.

La Hermandad graba en su escudo
 sellando las leyes nuevas,
 un Castillo, del que un brazo
 armado, sale en defensa
 de la ley, contra el que falte,
 por poderoso que sea:
 y esta inscripcion pone en torno
 de tan magnífico emblema;
 “*En aumento de justicia
 contra malhechores sea,*”
 cuyo noble distintivo
 todos los pueblos respetan.

 IV.

 IRURAC-BAT.

LA BATALLA DE MUNGUIA.

1471.

CONTRA los planes del rey
 que á Bizcaya traerán daño,
 andan revueltas las gentes

en el suelo bascongado.

El monarca, que da alientos
al ilustre conde de Haro,
por sus instancias, le envia
á calmar á los bizcainos.

En Bilbao fija su corte
el magnate entusiasmado
y, en nombre del rey, quebranta
las leyes del pueblo basco.

Puede la apartada tierra,
segun sus hijos pactaron,
“desnaturarse del rey
si este quebrantara el pacto.”

Pero el orgulloso conde
en su gran poder fiado,
considera el compromiso
como despreciable y vano.

Dividida anda la tierra
en sus miserables bandos,
y en tan fieras divisiones
tiene su poder basado.

Mientras Oñez y Gamboa
entre sí luchan, es claro,
que ha de imperar en Bizcaya,
por Castilla, el gran privado.

Así Bizcaya lo entiende,
y en secreto y con buen tacto,
pone en paz al fiero Múxica
con su rival Abendaño.

Juntos á Carrion cabalgan
los dos jefes de los bandos,
tras el conde de Trebiño

que está en Carrion retirado.

Es Manrique el de Trebiño,
enemigo de Belasco
el de Haro, por las discordias
de sus vecinos estados.

A su ódio los dos caudillos
apelan en este caso,
para que desde su tierra
les dé su potente amparo.

Muchísimo le sorprende
el verles tan hermanados,
y pues que es así, les ruega
que olviden sus ódios, ambos.

—¡Tú asesinaste á mi padre!,
dice Múxica á Abendaño.

—¡Y tú, á mis hermanos é hijo,
la vida quitaste airado!.

—Dejad los viejos rencores,
dice el de Trebiño; ¿acaso,
no es más triste que la muerte
el vil yugo del esclavo
que á vosotros, siempre libres
os pone un conde tirano?.

Tornad en favor la fuerza
que usásteis en propio daño,
y romped con ella el yugo
de D. Pedro de Belasco:
si me habeis de menester,
vuestro soy en lo que valgo,
que en vuestro apoyo y defensa
pondré mi vida y mi estado.

Ante el conde de Trebiño

juran los caudillos bravos,
en bien de su propia tierra
olvidar ódios pasados,
y acuerdan, para guardar
y honrar tan solemne pacto
que la heredera de Múxica
case con el de Abendaño.

A Bizcaya los caudillos
vuelven, aunque desterrados
y en pos de ellos, marcha el conde
de Trebiño, á secundarlos.

Contra las gentes y leyes
que en Bilbao dejó el de Haro,
mueven tremendas contiendas
sus convenidos vasallos.

Y sus viviendas destruyen,
y desprecian sus mandatos,
y persiguen á los deudos
del déspota castellano.

Con su gente el de Trebiño
acude á cerrar el paso
de Bizcaya, y se asegura
en la torre que Abendaño
tiene en Villarreal, la vía
á su enemigo cortando.

Desde Villarreal recorre
las hermandades del llano,
y en son de guerra, las gentes
levanta contra el de Haro.

Para calmar la tormenta,

con escogidos vasallos,
doña Mencia de Mendoza,
esposa del de Belasco,
é hija del de Santillana
noble marqués afamado,
hácia Bilbao se encamina
las angosturas buscando
de Balmaseda; en su marcha
halla cogidos los pasos
por los fuertes Ayaleses
y los rudos Encartados.

En vano van sus peones,
de Ordunte á limpiar los altos;
contra la gente emboscada
lanza sus fuerzas en vano,
que están cubiertos los montes
de caseros esforzados,
y es cada casa un castillo
por sus tiros y sus dardos.

Irritada la condesa
vuelve á Castilla, jurando
que ha de cobrar su marido
con creces el atentado.

Ante tal afrenta mueve
todas sus fuerzas Belasco,
y en Búrgos y en la Rioja,
entre sus deudos y aliados,
miles de lanzas reune,
fiera venganza soñando.

Los Sarmientos de Salinas,
como buenos castellanos,
y los Mendozas altivos

á su familia ligados,
por la fuerza, de sus pueblos
sacan auxilios escasos.

En la tierra bascongada
vuela la noticia en tanto,
de que se acerca á invadirla
y esclavizarla el de Haro.

En una sóla bandera
se unen los opuestos bandos,
que el peligro es para todos
y hay empeño en conjurarlo.

A la union hecha en Bizcaya
de Múxicas y Abendaños,
responde pronto en Guipúzcoa
la de Baldas y Lazcanos.

En las hermandades de Alaba
los que á Gamboa ayudaron,
se unen en fraternal liga
de Oñez con los partidarios.

Contra el comun enemigo
levántase el suelo basco,
en un mismo afan sus gentes
las tres provincias juntando,
ántes que, en nombre del rey,
el conde fuerte y tirano
de sus caprichosas leyes
nos haga viles esclavos.

¡IRURAC-BAT! "las tres una;,"
"por el comun bien unámonos,
dicen los pueblos, que unidos
nadie llegó á dominarnos!,"

Tantos fuertes caballeros,

y tantos peones y tantos,
trae desde Castilla el conde
que el país está amedrentado.

Hacia Villarreal no avanza,
que el castillo cierra el paso;
y por Zuya y por Altube
tampoco podrá forzarlo,
porque de Gorbea á Orduña
coronan todos los altos
los valientes alabeses
y los sufridos bizcainos.

Tras de reñida pelea
y haciendo un rodeo largo,
desde sus tierras de Búrgos
por Balmaseda ha logrado,
en los valles de Bizcaya
y en Bilbao, entrar al cabo.

Desde Villarreal acuden
con el de Trebiño, cuantos
desde Gorbea á Campánzar
las avenidas guardaron.

De Bilbao hacia Bermeo
sus tropas mueve el de Haro,
las cumbres de Umbe y Unzaga
deja atrás, y confiado
en su gran poder, al valle
del Butron avanza, en tanto
que junto á Munguía aguardan
su empuje los bascongados.

Desde Archibarra y Gantzurriz,
desprendidos, como rayos
por el huracan, descienden,

fieros ¡*aurrorac!* lanzando,
los nietos de los valientes,
que en Gastelugache antaño
y en Unceta resistieron
al invasor castellano.

Diez horas dura el combate
como ninguno empeñado,
y está la suerte indecisa
las diez horas en el campo.
Muchos son los de Castilla,
en gran falange adiestrados
pero es más grande el furor
con que luchan los bizcainos.

Apte los golpes certeros
de *guizones* esforzados,
las brillantes armaduras
ruedan hechas mil pedazos.

Muere la gente florida
que el conde, de Búrgos trajo,
y Sarmiento el de Salinas,
y Sancho y Luis de Haro hermanos,
salvan sus vidas, perdidos,
en alas de sus caballos.

Sin pendon y sin cortejo
el gran Pedro de Belasco,
el conde, que á su capricho,
audaz quiso sujetarnos,
sale del combate y logra
con dos fieles partidarios,
con su vergüenza, su vida
poner en Bilbao á salvo.

Ante el comun enemigo

nuestras discordias cesaron
y el *Irurac-Bat* glorioso
nos dió de Munguía el lauro.

“Con tan elocuente ejemplo,
por nuestro bien propio unámonos,
dicen los pueblos, que unidos
nadie podrá dominarnos!.,

— —

V.

AYALAS Y CALLEJAS.

1450-1476.

Uas divisiones y luchas,
que á la provincia trastornan,
con sus sangrientos horrores
se reflejan en Vitoria.

Porque los hidalgos quieren
que paguen las cargas todas
los plebeyos, en dos bandos
rivales, las gentes forman.

Nobles, ricos y escuderos
hacen su Junta y concordia
á la voz de los *Callejas*
que son hidalgos de pompa.

Hoy, por ricos los *Callejas*
están en poder y en moda,
y en torno á su valimiento
se agrupan los aristócratas.

Menestrales y vecinos,
que á pagar no se conforman,
el nombre de los *Ayalas*
en su cofradía invocan.

Los *Ayalas* poderosos
no están en Alaba ahora,
y son sus deudos honrados
los que por el pueblo abogan.

En la iglesia de San Pedro,
que avecinan ostentosas
las casas de los Callejas,
estos sus juntas convocan.

Y allá arriba, en San Miguel
que es la popular parroquia,
sus confradías y ligas
los de los *Ayalas* forman.

Cuando, de dia ó de noche,
dentro ó fuera de Vitoria,
los parciales irritados
ocasion propicia topan,
echan mano á sus aceros
y en la fraternal discordia,
mútuamente degollándose,
la paz del pueblo trastornan.

Armado vá todo el mundo
ya de dia ó ya á deshora,
porque al más pronto descuido
acude la muerte pronta.

Para acertado remedio
acuérdase que se pongan
en los públicos oficios
gentes de una clase y otra,

pero es tan grande el encono,
que á los nombrados no estorba,
para que al hallarse enfrente
armen sangrienta camorra.

Mas de ochenta años de duelo
registra la triste historia
de los Callejas y Ayalas,
que nos pierde y nos deshonra.

Un día, á Diego Martinez
de Alaba, alcáide de nota
y al bachiller Miguel Perez
de Oñate, sábia persona,
el vecindario encomienda
que con juicio y sin demora,
hagan un *Capitulado*,
de paz, que á todos se imponga.

Del Concejo, él determina
la composicion y forma,
y el régimen á que el pueblo
en su vida se acomoda;
y las viejas leyes sella,
y estirpa y de raíz corta
el mal, que por ruines culpas
de todos, sufre Vitoria.

Nunca Ayalas ni Callejas
se han de llamar desde ahora,
sino todos "*Vitorianos*,
que es apellido de honra.,"

Con doctores del Consejo
del rey, se arregla la obra;
y Alaba y Oñate, y marchan
á Búrgos, donde está ahora

el católico monarca,
que los acuerdos sanciona.

Desde hoy no imperan Ayalas
ni Callejas en Vitoria;
aquí hay sólo: "Vitorianos,
que es apellido de honra.,"



VI.

ARAMAYONA LIBRE.

1488.

L pié del gigante Amboto,
que entre las nubes asoma
está la escondida tierra
del valle de Aramayona.

A Juan Alonso de Múxica,
su fiero señor soporta,
porque, familia en Bizcaya
de tanto poder, no hay otra.

Sobre el lugar de Barajuen
se alza su torre famosa,
á la que con pena y miedo
Turrion, el pueblo nombra.

Allí el caduco ñacino,
tan memorable en la historia,
con cuatro viles hidalgos
rinde culto á la deshonra.

"Que es dueño el señor feudal
de vidas y haciendas todas,

dice el siglo, y él menguado,
las vidas y haciendas roba.

A sus fauces de vicioso
agrada la gente hermosa,
y convertir su castillo
en un harem, se le antoja.

Dónde hay bellas que escojer
casadas, viudas ó mozas,
sus sabuesos, los criados,
por todo el valle interrogan.

Y á la fuerza, por las armas
imponiéndose, las toman,
y en el alto Turrion
su triste desdicha lloran.

Cuando un casero defiende
á su hija, y el hurto estorba,
en las feudales almenas
muere colgado en la horca.

¡Y no se estremece el cielo,
y Amboto no se desploma
y vive, grande y tranquilo
el señor de Aramayona!

Cuéntanse escenas horribles
que al pueblo imponen, y ahogan,
de las brujas y canallas
que el señor tiene á su sombra.

A Dios y á su ley olvidan
los que su favor explotan,
y el valle es centro afamado
de maldades misteriosas.

En Larrazabal las brujas,
debajo de Amboto, forman,

sus fingidos *aquelarres*,
que los malvados apoyan.

En las carnales orgías
que tanto vicio amontonan,
á doña Urraca la bruja
de Amboto, cantando evocan.

Y es que á las bellas persiguen
cuatro villanas sin honra,
y cuatro infames hidalgos,
que el señor tiene á su sombra.

¿No hay en el valle pecheros
labradiegos, que pongan
su corazon y sus puños
de tal tiranía en contra?

¿No les inflama el recuerdo
que *Ipizko-arria* pregona,
donde los hijos de Amándarro,
de Amboto al pié de las rocas,
triunfaron, cuando murieron
por su libertad gloriosa?

Se agitan sí; y convocados
en secreto, acuerdo toman
de pedir á la Hermandad
de Alaba la ayuda honrosa.

La Hermandad, que ayer se impuso
á Belascos y Mendozas,
á Guebaras y Lazca nos
á Ayalas, Gaunas y Rojas,
podrá al poderoso Múxica
á raya tener ahora.

Y, de su amparo en demanda,
van á la Reina Católica,

pidiendo recta justicia
á su mano generosa.

En tanto, el señor persigue
su campaña de deshonra
y á muchas hembras infama,
y á muchos varones ahorca.

Sus sabuesos, los criados
suben camino de Arriola,
en busca de una doncella,
de la casa de Bengoa.

Allí está, bajo un castaño,
hilando muy afanosa,
cuando vé que los de Múxica
hácia el caserío trotan.

Por el pudor inspirada,
y en defensa de su honra,
corre al *tegui* que está al lado,
y con boñiga asquerosa,
sus cabellos y su rostro
y sus lindos brazos frota,
y su vestido y sus piés
en un súcio charco moja,
y con tan raro atavío
de nuevo la rueca toma
y al pié del verde castaño
espera á la infame tropa.

Llegan, y el más atrevido,
dice: ¿Eres tú de Bengoa?;
—De Bengoa soy, responde,
¿qué venís buscando á Arriola?

Suena en aquellas alturas
la carcajada espantosa

con que acojen la respuesta
y el aspecto de la moza;
y sus corceles volviendo
de prisa, la senda toman
de Ibarra, ante el gran petardo
con que burlara animosa
sus propósitos infames,
la que prefirió, en buen hora,
el asco de la basura
á el asco de la deshonra.

Sin dilacion manda al valle
un juez la Reina Católica,
que de los feudales crímenes
con toda verdad le imponga,
y que, por primer acuerdo,
á Múxica de él arroja.

La Hermandad de Alaba acepta
con el valle la concordia,
y su digno Diputado
Diego Martinez, otorga,
en la sala de las Juntas
de San Francisco, en Vitoria,
el convenio, que á la tierra,
sierva ántes, liberta ahora.

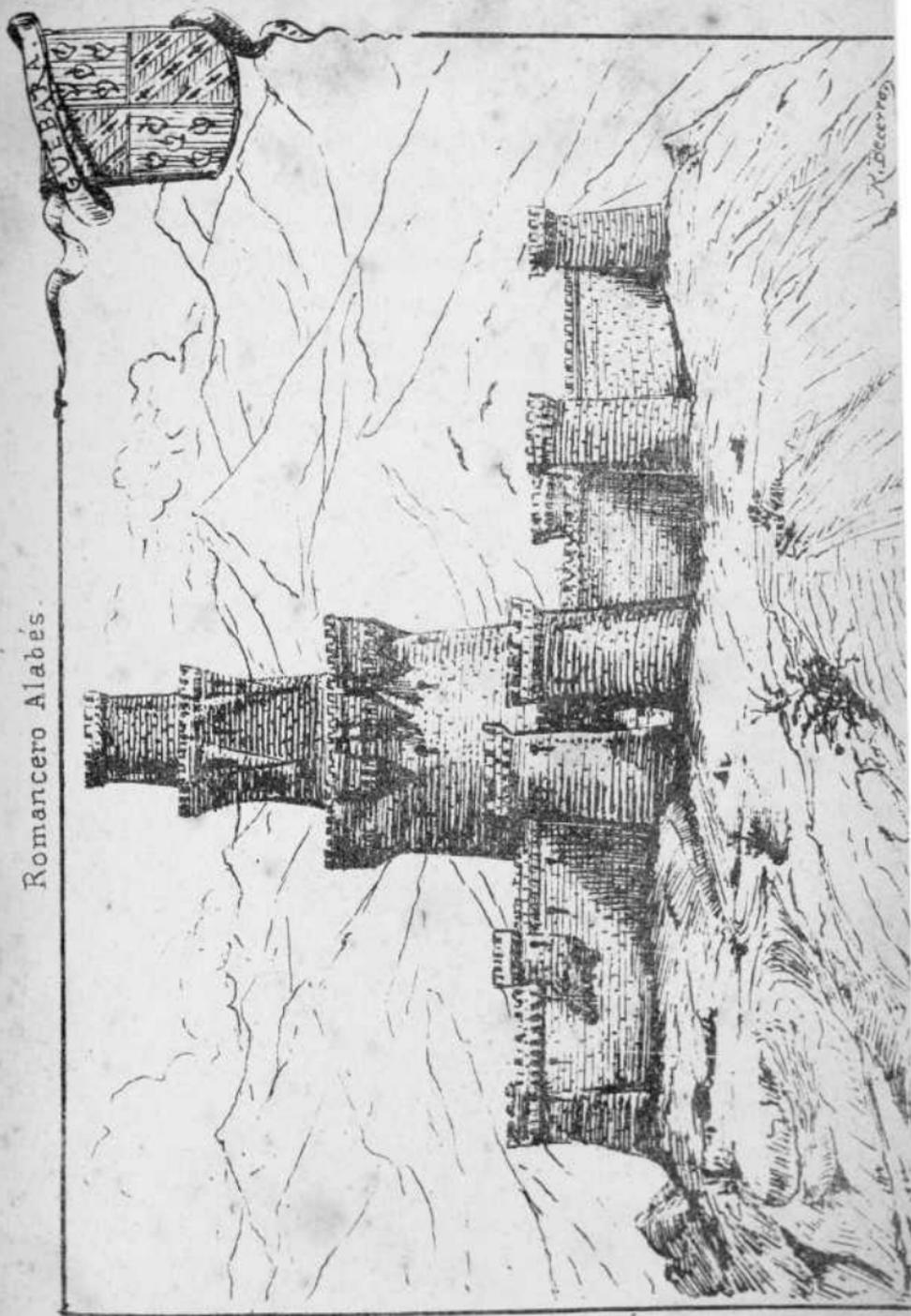
A sus tierras de Bizcaya
Múxica humillado torna,
y de Turrion las almenas
los libertados desmochan.

En la campa de Barajuen
plantan encina frondosa,
y sus Juntas y sus leyes
libres, hacen á su sombra,

y mientras ella se eleva
Turrion se desmorona,
y ante el fuerte y noble amparo
de la Hermandad poderosa
es sólo señor de nombre
el que su Conde se nombra,
en tanto que vive libre
el Valle de Aramayona.



Romancero Alabés.





LOS REYES CATOLICOS.

I.

FERNANDO V EN GUEBARA.

18 DE JUNIO DE 1476.



x la ciudad de Vitoria
está el rey Fernando quinto,
con cincuenta mil guerreros,
que en el llano ha repartido.
Va sobre Fuenterrabia,
á la que pusieron sitio,
por órden del rey de Francia,
cuarenta mil enemigos.

Alabeses y bizeainos
dieron á Guipúzcoa auxilio,
y aquella ciudad defiende
Juan de Gamboa el invicto.

Con el conde de Salinas,
de la provincia Merino,

Lazcanos y Salazares
marchan entre los caudillos.

No cede Fuenterrabía,
por los esfuerzos unidos
de las tres nobles provincias,
que tienen allí á sus hijos.

Es el señor de Guebara,
conde de Oñate, don Iñigo,
el noble prócer que atiende
de la guerra á los arbitrios,
y con el rey en Vitoria,
de las gentes que han venido
cuida, y prepara en su obsequio
los pueblos y los caminos.

En el cerro de Guebara
derruyó el baluarte antiguo,
y, de guerrera opulencia
haciendo alarde magnífico,
erigió sobre la cumbre
inespugnable castillo,
que es asombro de los pueblos,
que otro mejor nunca han visto.

Desde léjos se divisa,
con su torreón altivo,
con sus redondas almenas
y su doblado recinto.

A honrarlo con su visita,
al rey invita don Iñigo,
que tal torre y tal alcázar
de un rey, sin duda, son dignos.

Hácia Guebara caminan,
entre cortejo escogido,

el rey y el conde escoltados
por numeroso gentío.

Los vasallos que á la guerra
van, custodian estendidos
por Ilárraza y Arbulo
y Mendijur, el camino.

En el señorial palacio,
del Zadorra sobre el rio,
Guebara ofrece al monarca
alojamiento dignísimo.

Despues, hasta el cerro suben,
y desde el nuevo castillo
contempla el rey en los llanos
alabeses, estendidos
por Vitoria y Salvatierra,
mas de cien pueblos distintos.

A la espalda alza gigante
la sierra los blancos picos,
del Araz y San Adrian,
por donde pasa escondido
entre la peña Horadada,
de Francia el alto camino.

Detrás se ocultan de Aránzazu
y Aitzgorri los bravos riscos,
y al pié está Oñate, que sufre
de Guebara el señorío.

Este es el rico condado
que heredó y rige don Iñigo
poderoso cual sus valles,
como sus peñas altivo.

Entre agasajos y fiestas,
no se olvida el rey solícito

de los negocios urgentes
ni del público servicio,
y en la casa de Guebara
firma decretos distintos,
que son, al través del tiempo,
de su visita testigos.

Cuando á seguir se dispone
del puerto el alto camino
y sus gentes por Narbaja
y Galarreta han partido,
recibe la alegre nueva
de que levantando el sitio
de Fuenterrabía, á Francia
los franceses han huido,
porque no quieren sin duda,
luchar con Fernando quinto .

Este triunfo se celebra
en Guebara y su castillo,
y en Vitoria y su llanada
con festejos repetidos.

Los cincuenta mil guerreros
á sus hogares pacíficos
regresan, ya que Guipúzcoa
libró bien de su peligro.

Bien libró Fuenterrabía
por los esfuerzos unidos
de Guipúzcoa y de Bizcaya,
de Alaba y de sus caudillos.

Hasta hoy, las tres contra el moro
mandaron juntas sus hijos,
desde hoy, contra los franceses
juntas lucharán lo mismo,
que ha de ser Fuenterrabía,

en luchá de algunos siglos
de la independencia pátria
el baluarte más firmísimo.

Mejor que con sus murallas,
resistirá al enemigo
con los indomables pechos
de los euskaldunas inclitos.

II.

LA ENTREVISTA DE VITORIA.

AGOSTO DE 1476.

DESDE Vitoria á Guernica
ha partido el rey Fernando,
á jurar las viejas leyes
al pié de aquel roble santo.

Allí, porque contra ley
de esta tierra, entró el prelado
de Pamplona, sin tardanza
de Bizcaya le expulsaron,
y hasta el polvo que pisó
fué recogido y quemado,
y lanzadas sus cenizas
al furor del Océano.

Con el rey, venga rencillas
de ayer, el conde de Haro,
que á la sombra del monarca
bien puede mandar ogaño.

A Vitoria vuelve el rey,
sabiendo que á visitarlo
viene su padre don Juan,
de Aragon el rey anciano.

Desde Vitoria en su busca
sale, de Elorriaga al campo,
y en vano, al verle, pretende
cual hijo, besar su mano,
ni cabalgar á su izquierda
ni en su posada dejarlo,
cuando llegan á Vitoria,
su gran respeto mostrando,
que el viejo rey de Aragon,
no quiere que el soberano
de Castilla, su señor
aquí en sus propios estados,
cual humilde hijo se porte,
sino como rey preclaro.

Don Juan de Aragon no oculta
su gozo inmenso, exclamando,
al mirar á su hijo rey
de un pueblo del que fué echado:

“¡No permitais desde el cielo,
santos bien aventurados,
que este dia tan alegre
se torne en oscuro y malo;
que si la prosperidad
cuando es mayor dá gran cambio,
si yo pequé, y castigarme
quereis, sea yo el penado,
y no mis queridos hijos
ni mis amantes vasallos!.”

Veinte dias en Vitoria,
entre regocijos varios,
pasan los reyes poniendo
su afan en negocios árduos,
que á Navarra y á Aragon
y á Sicilia dedicaron.

La corona aragonesa
ceder á su hijo Fernando
quiere, más no está Castilla
en calma para lograrlo;
y el hijo al padre aconseja,
que deje al tiempo el encargo
de tal sucesion precisa,
llamada á enlazar al cabo,
en uno, los dos poderes
que rijen al suelo hispano.

III.

EL JURAMENTO EN EL PORTAL DE ARRIAGA.

VITORIA CORTE DE CASTILLA.

1483—1484.

CON sus miserables bandos
vive revuelta Bizcaya,
que pueden más sus señores
que el pueblo y las ordenanzas.

Oñez y Gamboa luchan
sin tregua y se despedazan,
con escándalo del reino
y de sus nobles monarcas,

Quiere la reina Católica
sosegar estas montañas,
y con su corte en Bilbao
de hacer firme arreglo trata.

Garci Lopez de Chinchilla
por su mandado, se encarga
de dar á Orduña y Bilbao
de Vitoria la ordenanza,
ya que el resto de la tierra,
á sus leyes aferrada,
ni ahora, ni despues, se ajusta
á las leyes castellanas.

Chinchilla despues, en vano,
violento, hace observarlas
que en cuanto partió Chinchilla
fueron leyes olvidadas.

Desde Bilbao á Vitoria,
de Altube por las gargantas
viene la Côte, escoltando
á la egrégia soberana.

El gran Cardenal Mendoza,
nieto de la tierra de Alaba,
como primer consejero
en su viaje la acompaña.

Don Alfonso de Aragon
el duque, con ellos marcha,
guia el conde de Aguilar
á la escolta castellana,

y el de Salinas, Sarmiento,
con alabeses la guarda.

A saludar á la reina,
con vítores entusiastas,
acuden las hermandades
de los valles y llanadas.

Y cuando el régio concurso
se aproxima á las murallas
de Vitoria, se detiene
ante sus puertas cerradas.

Fuera del portal encuentran,
ostentando ricas galas,
y en respetuosa actitud,
gran comitiva formada.

A su frente el diputado
don Lope Lopez de Ayala,
con muchos Procuradores
y Alcaldes de Hermandad, se halla.

Por la ciudad ha acudido,
con sus clarines y mazas,
el doctor Perez Lequeitio
alcalde, que en ella manda;
y en nombre del vecindario,
por sus principales casas
están: Ibañez de Aguirre,
y Juan Martinez de Arratia,
Juan Fernandez Paternina,
Diego Perez de Legarda,
los bachilleres Insunza,
Mendieta, Oñate y Arana;
los hijos-dalgo Marquina,
Esquivel y Maturana,

Zuazo, Arrieta, Saenz de Ugalde,
Estella y Ruiz de Vergara
y el escribano del rey
Diego Martinez de Alaba.

Detenida está la Córte
en frente al portal de Arriaga,
entre el convento y el muro
que de Barrencalle llaman.

Con respetuoso ademan
Lequeitio y Lopez de Ayala,
hasta la soberbia mula
en que la reina cabalga
llegan, y besando humildes
la mano á su soberana,
el alcalde de Vitoria
la dirige estas palabras:

—“¡Oh, reina, nuestra señora,
unidas Vitoria y Alaba
suplican, y por merced
os piden, pues sois llegada
á esta ciudad, que os digneis
vuestras leyes y ordenanzas
observar y confirmar,
y hacer que sean guardadas;
que jamás de vuestro amparo
ciudad, ni provincia salgan;
y el privilegio guardéis,
que los gloriosos monarcas
vuestros mayores, un dia
nos dieran y confirmaran.

Si lo haceis serán abiertas
las puertas que están cerradas.

si nó, acabad con nosotros,
y abridlas despues, ganándolas.,”
—“Me place el hacerlo así.,”
la reina Isabel exclama;
y solícita, apeándose,
de su corte acompañada,
hácia donde varios clérigos
rodean el ara santa,
en que están los Evangelios
abiertos, mira, y avanza

En sus manos los eleva
el gran Cardenal de España,
sobre ellos la cruz coloca,
y la multitud, postrada,
contempla cómo Isabel
de su diestra el guante saca,
toca con su mano el libro,
y con noble acento exclama:
“¡Por Dios vivo y verdadero
juro, y por su Madre santa,
y por este augusto libro,
guardar y observar sin falta,
y hacer guardar y observar
las leyes, usos y prácticas,
libertades y exenciones
de Vitoria y tierra de Alaba,
que jamás de mi corona
han de ser enagenadas
y por que así ha de cumplirse
siempre, os doy mi real palabra!.,”

Una aclamacion inmensa
en torno á Isabel se alza,

que hizo explosion la alegría
en tantos pechos guardada.

A los vivas que Vitoria
desde sus almenas lanza,
únese el marcial estruendo
de las encendidas salvas,
y los himnos de las músicas
y el clamor de las campanas,
y los ujujús alegres
de las gentes bascongadas.

Abre sus ferradas puertas
el ancho portal de Arriaga,
y entra la reina, y el pueblo
acude á besar sus plantas.

Está la gente de fiesta;
como nunca engalanada;
hay lujosas colgaduras
en balcones y ventanas;
bellos tapices decoran
los bajos de las fachadas,
y fina arena en el suelo,
con las flores y espadañas,
es aromática alfombra,
por la que la Corte pasa.

Por Santo Domingo suben
de El Campillo á la esplanada,
donde la iglesia mayor
de reconstruir se acaba.

Al viejo templo románico,
que ostentó siempre en el ara
á Santa María, imágen
que *De la Esclavitud* llaman,